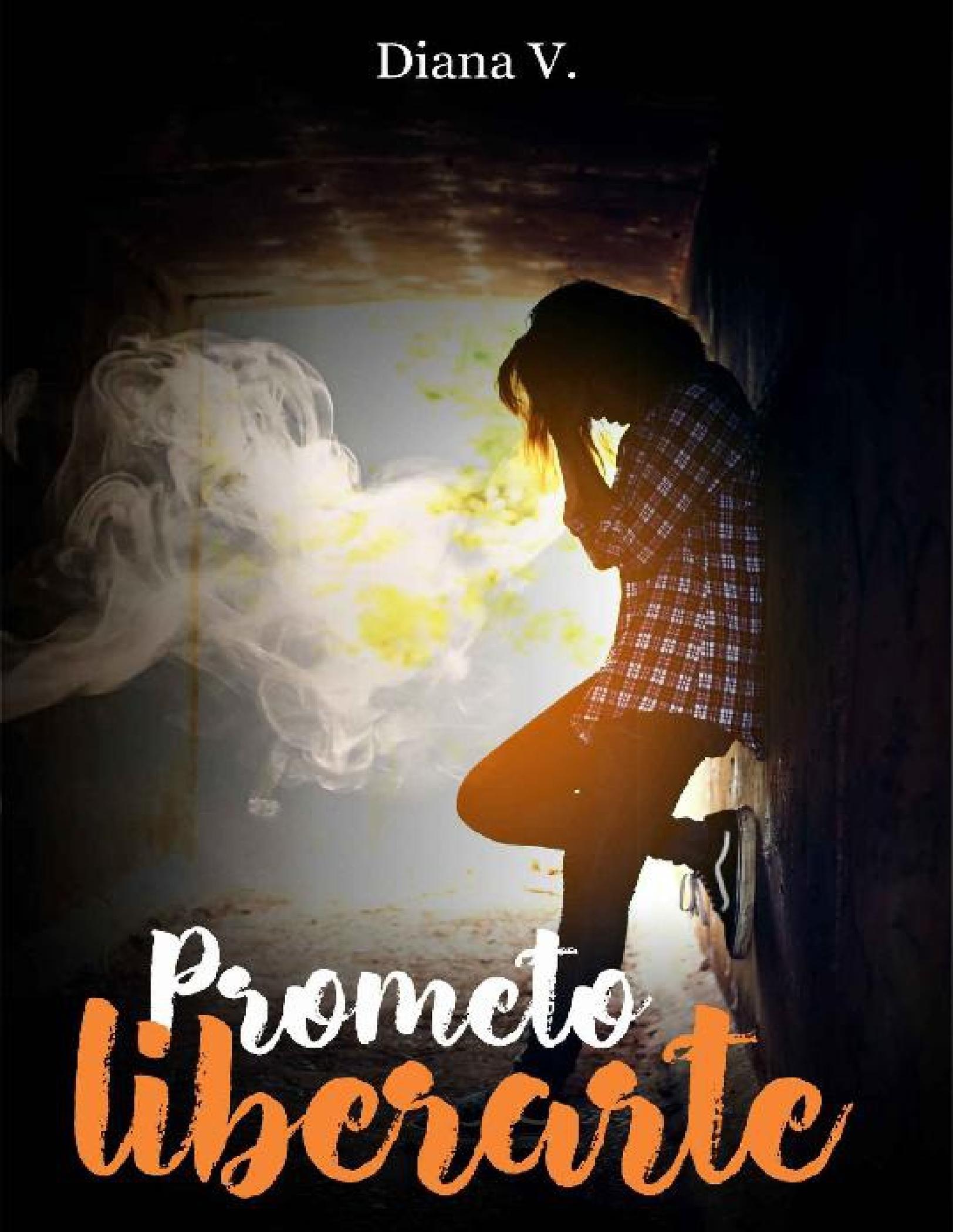


Diana V.



Prometo
liberarte

Prometo
liberarte

© 2018, Diana V

Imagen de portada: © Jcomp Freepik

Tipografía de Portada: © Hensa

A mis sueños, que antes de esto, dormían tranquilos en un cajón.

1

Desde que tengo conocimiento, Andy es un chico callado. Mi casa está frente a la suya, por lo que me consta que de pequeños siempre estaba enfermo. Rara vez lo veíamos fuera de casa. Seguramente es esa la razón de su blanca y pálida piel. Cada mañana lo observo salir de su hogar junto a un hombre adulto, que asumo, debe ser su padre. No habla mucho, pero sube a su auto y sin mirar atrás emprende rumbo a la escuela. Acto seguido salgo yo, en mi bicicleta. Es así desde que tengo unos diez años. No es que esté obsesionada con sus encantadores ojos negros, sino que hay algo en él que me preocupa. Bueno, por culpa de esa angustia que su mirada perdida me provoca, muchas veces ni siquiera alcanzó a tomar todo mi desayuno, pues si demoro más de lo estimado, no alcanzaré a observarlo antes de que comience la clase.

Me siento junto a él desde que tengo memoria, pero jamás me ha hablado, y por si fuera poco, ha rechazado absolutamente todos mis intentos de diálogo. Creo que deje de intentar ser su amiga hace unos tres años, luego de que casi matara a golpes a Thomas en el patio de la escuela. La verdad, nunca lo había visto así, descontrolado por completo. Recuerdo como de sus ojos furiosos caían lágrimas con cada golpe que le propinaba al matón de la clase. Fue un espectáculo horrendo, a tal punto, que ningún estudiante fue capaz de arrebatarse al chico de las manos, hasta que Thomas por sí solo se desplomó perdiendo la conciencia. Andy se levantó con sus manos ensangrentadas y limpió su rostro, dejando marcas rojas como si se tratara de un asesino caníbal deseoso del aroma que ella expele. Realmente parecía un monstruo.

Esa mañana lo seguí como cada día, me senté a su lado en el salón y mientras él se perdía observando a la ventana, me dediqué a examinarlo. Es cierto, tal vez no debía hacerlo, pero no pude ignorar el pequeño hematoma

que sobresalía de su chaqueta por su cuello. ¿Qué habría ocurrido? Tal vez había golpeado sin piedad a otra persona, o quizás alguna novia se había excedido en sus cariños. Era común que bajo su camisa apareciera alguna diminuta marca, pero con lo salvaje que suponía que era, no me extrañaba. Me preocupaba, por supuesto que lo hacía, pues temía que por esa incontrolable sed de violencia resultara envuelto en algún problema mayor.

No tenía idea de lo que me esperaba.

Sin más, comenzó la clase y mi vida de estudiante. De pronto era incapaz de comprender lo que la maestra ponía en la pizarra. Posiblemente, era hora de que abandonara mi lugar junto a Andy y me ubicara más adelante, podría captar mejor si mi encantadora distracción no fuera tan ridículamente hermosa. De inmediato volví a observarlo, perdido una vez más entre sus pensamientos. No entendía cómo él podía obtener siempre excelentes calificaciones, si con suerte tomaba su lápiz para garabatear algunas líneas. Era muy injusto que además de guapo fuera un genio.

Andy volvió a casa en completo hermetismo, como siempre. Esa tarde no lo seguí, quise estudiar un junto a Alex y Alicia en la biblioteca de la escuela, ya que pronto serían los exámenes de mitad de año y si no me concentraba, reprobaría matemáticas. Me quedé ahí, hasta que las luces se apagaron y notamos que en cualquier momento cerrarían el edificio. Era invierno y oscurecía mucho más temprano, por lo que al llegar a casa ya todo estaba cubierto por la noche.

Pedalee tranquila hasta mi hogar, con el frío entumiendo mis mejillas, y estacioné mi bicicleta para observar la oscuridad de la casa de enfrente. ¿Estaría allí? No sé porque, pero una extraña valentía se apoderó de mí, obligándome a cruzar en busca de explicaciones. ¿A qué? No lo sabía. Solo necesitaba verlo para regresar a la tranquilidad de mi hogar. De inmediato

noté que no había nadie en casa, pues el silencio reinaba en todo el rededor, aunque podía ver una tenue luz al fondo del pasillo. Muy despacio trepé uno de los árboles para ayudarme a saltar la cerca que rodeaba su vivienda. Una vez allí, me arrepentí como nunca antes. Pero no había opción. Me era imposible devolverme, a menos que encontrara algo para subir e impulsarme a saltar. En busca de algo para ayudarme, avancé sigilosamente a través del patio oscuro y desordenado, hasta que vislumbré aquella luz que emanaba desde el interior. Asomé con cuidado mi cabeza, y lo vi: estaba sentado en una pequeña escala que conducía al interior de su casa fumando un cigarrillo, apenas alumbrado por aquella luz. Hermoso y perfecto, casi besando con una delicadeza extrema el filtro para dejar huir el humo de forma elegante y ceremoniosa. Estaba bien, por lo que ya podía volver a casa.

Retrocedí tratando de ser cautelosa, pero erré. Uno de mis pies se atrapó en un tarro de pintura vacío, provocando un estrepitoso ruido que alertó a Andy, obligándolo a dejar su cigarrillo a medio fumar y caminar hasta donde estaba. Sus ojos hermosos me miraron con odio.

—¿Qué demonios? —dijo acercándose hasta mí.

Lo único que sentí, fui pánico. Asustada intenté escapar, recordando la escena con Thomas en el patio de la escuela. Temí por mi vida y retrocedí, provocando aún más ruido.

—¡Shhhht! —susurró exigiéndome silencio.

Unos pasos se oyeron desde dentro de la casa y mi pánico se triplicó. Estaba segura de que moriría ahí, pues el rostro de Andy se desfiguró de miedo. Con más fuerza de la que necesitaba para sostenerme, me presionó por los brazos, y con absoluta seriedad, ordenó:

—No importa lo que veas, no importa lo que escuches, quédate donde estás y no hagas ruido —murmuró.

Asentí, temblando en la oscuridad.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz de un hombre acercándose hasta él.

—No es nada, un gato tal vez —contestó Andy, apoyándose en uno de los pilares de la terraza y dejándome sola, cubierta por la noche.

Una sombra alta y corpulenta avanzó hasta él, era un hombre relativamente joven. Tomó su rostro y acarició su cabello. Luego bajó hasta su pecho y se ubicó tras él, atrayéndolo hasta su cuerpo con violencia. ¿Lo estaba seduciendo? ¿Quién era?

—¿Un gato? —repitió él, deslizando su mano por el pantalón de Andy y girándose hasta que sus rostros estuvieron frente a mí.

Era el mismo hombre que cada mañana lo llevaba a la escuela. Tal vez era su novio y vivían juntos, pensé.

—¿Es necesario que sea aquí? —dijo Andy en tono despreocupado.

Volví a poner atención y noté como aquel hombre sujetaba el cuello de Andy de forma brusca. Intenté hacer algo, pero Andy me observó fijamente y me obligó a callar. El hombre entonces comenzó a besar su cuello, y otra de sus manos viajó hasta la parte delantera de su pantalón para acariciarlo al mismo tiempo que lo apretaba contra su cuerpo. Quise cerrar mis ojos, pero mi mente me traicionó y seguí observando como aquel ser humano frotaba a Andy contra sí mismo,

—Yo decido dónde y cuándo —sentenció.

E inclinó a Andy hacia adelante para meter su mano en la parte trasera del pantalón. Cubrí mi boca sin saber qué hacer. Necesitaba huir, no quería ver al amor de mi vida tener sexo con otro hombre.

—Despacio —murmuró Andy, sin poder disimular un pequeño gemido de dolor.

Volví a abrir mis ojos, Andy me observaba fijamente. Me pidió silencio, el hombre realizó un movimiento brusco con su mano y un nuevo gemido escapó de los labios de mi amor. Solo ahí, se detuvo.

—Bien. Basta de hacer ruido. Te veo arriba.

El hombre sacó su mano y entró dándole unas palmadas en el hombro. Andy suspiró, acomodó su ropa y arregló su cabello. Tardó unos segundos en voltearse hacia mí, y cuando lo hizo, pude ver su expresión avergonzada y dolorida. Yo estaba impactada, mi voz no salía y las lágrimas inundaban mi rostro. Caminó hasta estar frente a mí, sacó el tarro silenciosamente de mi pie y desvió la mirada.

—Vete —ordenó—. Olvida todo esto y no vuelvas a aparecer por acá. Ellos son peligrosos, y la próxima vez no te ayudaré.

Yo no pude moverme. Realmente no podía asimilar lo que había visto. Quise tocarlo pero él cortó mi movimiento en seco y me llevó hasta la cerca.

—Vamos —bramó. Me levantó en sus brazos y me arrojó fuera de allí.

¿Qué era todo eso?

¿Andy estaba en peligro? Eso claramente no era una relación consensuada.

Me sentí pésimo por abandonarlo, pero sobre todo, por no ser capaz de preguntarle si estaba bien. Necesitaba saber si todo aquello era contra su voluntad, aunque aquello significara atentar también contra mi vida.

Si estaba en peligro, buscaría la forma de sacarlo.

No importaba como, pero lo haría.

2

Apenas pude dormir aquella noche. El sonido de la voz de Andy gimiendo de dolor inundaba mi cabeza y me hacía sentir culpable. Observé hacia su casa muchas veces, intentando descubrir algo a través de la ventana, pero nada ocurrió.

Por la mañana, no esperé a que saliera de su hogar como todos los días, tan solo me apresuré en llegar a la escuela y esperé sentada en mi pupitre a que él llegara. No tardó mucho en cruzar el umbral de la puerta, con su aspecto sombrío y su mirada perdida. Caminó despacio, pero valientemente me interpuse. Él me observó profundo. Sus ojos azules parecían atravesar mi alma y desnudarla por completo. Mi voz tembló, pero tomé fuerza y hablé de igual manera.

—¿Estás bien? ¿él te obliga a hacerlo? —dije tratando de sostener mi mirada. Él lanzó una carcajada que me hizo sentir estúpida y dio un paso hacia adelante. Yo me apresuré a bloquear su camino y repetí—. Andy, te lo ruego...

Andy me observó con asombro, y rápidamente cambio su mirada por una de odio, quitándome de enfrente sin dificultad. Tomó asiento en su lugar de siempre, y me ignoró. Por lo tanto, fui hasta su mesa y me agache hasta estar a su altura. Él volvió a mirarme asombrado.

—Te dije que olvidaras todo. Es por tu bien —bramó.

—No me interesa mi seguridad, me interesas tú —contesté.

Andy otra vez soltó una carcajada burlona.

—No sabes quién soy —dijo amenazante mientras acercaba su rostro al mío—. Soy *el monstruo*, ¿lo olvidas?

—No lo eres —respondí, tratando de sonar valiente.

—Si lo soy. Y no me molestaría repetir la escena de Thomas contigo. Desaparece de mi vista y no vuelvas a intentar nada estúpido, o te arrepentirás el resto de tu vida —amenazó.

Eso sí logró intimidarme. Me levanté molesta y volví a mi lugar. *Estúpido Andy*, pensé. A esa altura, ya era obvio que aquello no era una relación sana. ¿Y si solo era víctima de abusos? Aunque, había una posibilidad que no estaba considerando. ¿Y si él deseaba estar ahí? ¿Y si la relación con aquel hombre le agradaba? Sonaba descabellado, pero todo era posible si se trataba de él.

Durante la escuela no volví a cruzar palabra con él, y me apresuré en regresar a mi hogar para idear un plan que me permitiera volver a entrar a su casa y reunir más información. Me sentí una acosadora, pero si algo malo estaba sucediendo allí dentro, no quería ser cómplice y callar. En casa me ubiqué en mi escritorio, situado junto a la ventana que daba a su hogar. Esperé y esperé hasta que lo vi entrar. Aún no estaba allí el auto de su ¿padre? ¿novio?, por lo que tal vez era mi oportunidad. Revisé mis posibilidades desechando la primera y más obvia: entrar como un visitante normal. ¿Qué otras opciones tenía? El patio, repitiendo la hazaña del día anterior o subir hasta su balcón para colarme por su ventana.

No lo analicé mucho, pues no sabía de cuánto tiempo disponía. Así, valiente y decidida me apresuré y comencé a trepar el árbol, aunque, llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Subí un poco nerviosa hasta estar frente a su ventana. Respiré profundo, y brinqué hasta el balcón. Gracias a dios la ventana estaba abierta y en cuestión de segundos estuve dentro.

Esa era la alcoba de Andy. Lo sabía porque cientos de veces lo había espiado desde mi hogar como una sinvergüenza. Él no estaba ahí, pero su ropa estaba tendida sobre su cama. Junto a su almohada, una mesita donde reposaban restos de cigarrillos y un libro a medio leer. Bajo la ventana, un escritorio con sus cuadernos. Dios, era increíblemente ordenado. Como respaldo de su cama, un enorme espejo que reflejó mi espanto al escuchar abrirse la puerta principal. Volteé espantada mientras buscaba un lugar para esconderme, hasta que de pronto una delgada mano abrió la puerta. Comencé a temblar histérica, pensando en que ese peligroso hombre aparecería de la nada.

Afortunadamente, era Andy. Iba desnudo, cubriendo la parte inferior de su cuerpo con una toalla blanca. Su cabello mojado lucía increíblemente sexy y su torso desnudo, aunque extremadamente delgado, casi me provocó un paro cardíaco. Él no dijo nada y cerró con rapidez la puerta tras él.

—Shhht —dijo haciendo un gesto de silencio.

Se acercó hasta mí, pudiendo ver entonces las marcas que ocultaban sus tatuajes. Iba a preguntar, pero unos pasos sordos comenzaron a subir por la escalera. Andy se alarmó y me tomó por el brazo para llevarme hasta su armario.

—Quédate aquí —murmuró. Me miró molesto y agregó—: No sé porque haces esto. Guarda silencio, y ya sabes, no importa lo que veas o lo que escuches, jamás salgas de ahí, o ambos estaremos muertos.

Me quedé aterrada. Andy cerró la puerta de prisa, y los pasos avanzaron hasta escucharse fuera de su habitación. Él se alejó dejándome en el armario, la puerta se abrió y el mismo hombre de la noche anterior entró a la alcoba sin siquiera pedir permiso. Andy no lo miró, pero eso al hombre parecía no importarle.

—¿Estás listo? —preguntó acercándose hasta él.

Acarició su torso desnudo y lo volteó violentamente, ubicándolo frente al espejo. Una vez ahí, pasó su lengua por el cuello de Andy, que parecía inmutable tras aquel acto. Luego quitó la toalla de su cuerpo, dejándolo completamente desnudo. Dios. Su desnudez. El sueño de mi vida.

—Acabo de bañarme —dijo él, inmutable—. No quiero hacerlo de nuevo.

El hombre rio y pasó su mano por el ombligo de Andy, bajándola lentamente hasta tocar su sexo. No logré identificar bien sus movimientos, pero oí a Andy quejarse un poco molesto.

—Si vas a hacerlo así de fuerte, no podré hacer nada más.

El hombre volvió a reír mientras subía su mano hasta el cuello de Andy.

—¿En serio crees que puedes decirme qué hacer? ¿Qué te está pasando? —dijo presionando su cuello.

Fue ahí cuando decidí salir, pero Andy volteó y me hizo un gesto de silencio mientras aquel hombre besaba su espalda. Él estaba ahí, desnudo frente a mí. Ya no era mi sueño hecho realidad, y lo cierto es que ni en mi peor pesadilla había imaginado algo así. Estaba en pánico, pero ¡maldición, no lograba quitar mi vista de encima! No sabía que me pasaba. De pronto, sin entender razones, mis ojos comenzaron a llorar mientras el hombre, seguro de su poder, se sentaba sobre la cama y empujaba a Andy contra su cuerpo, sentándolo en su regazo, justo frente a mi mirada desconcertada. Con violencia le abrió las piernas, e igual de fuerte comenzó a frotar su miembro, aunque Andy se mantuvo ajeno a lo que allí sucedía, sin demostrar absolutamente nada.

—Maldito niño —dijo finalmente, jalándole con fuerza el cabello.

Aquel hombre se puso de pie para lanzar a Andy sobre la cama.

—De rodillas —ordenó.

Y mientras él acomodaba su menudo cuerpo sobre la cama, el hombre se ubicó a sus espaldas para besar su trasero. Lo vi. ¡Lo vi, maldición, lo vi! Introdujo sus dedos en él, bajó el cierre de su pantalón y justo antes de penetrarlo, se detuvo.

—Volveré por ti en la noche —murmuró—. Ahora voy por lo demás. Ponte guapo, que al menos tres vienen solo por ti —ordenó.

El hombre salió de la habitación a pasos apresurados. Lo escuché descender, avanzar por el pasillo, salir de la casa y arrancar el auto. Andy seguía recostado sobre la cama, y yo temblando desde el armario, donde había visto todo lo ocurrido. Muy despacio, abrí, para acercarme hasta él. Seguía desnudo sobre el edredón, y dispuesto a ignorarme.

—¿Andy? —murmuré mientras me acercaba a su rostro—. Andy, dios mío, salgamos de aquí —dije en tono desesperado.

—¿Lo disfrutas, cierto? —dijo molesto—. Por eso volviste, porque lo disfrutas...

No podía creer lo que escuchaba. Lo único que deseaba era sacarlo de ahí y su mente tramaba semejante argumento. Sí, lo acepto, había observado. Pero no lo disfrutaba. Sin poder contenerlo, lágrimas de frustración comenzaron a salir abruptamente de mis ojos. Tomé el cuerpo de Andy y lo obligué a voltearse, para confirmar que las mismas lágrimas brotaban de sus ojos. Recuerdo que abracé su torso desnudo y tembloroso antes de que él, amablemente, me pidiera que volviera a casa.

—Anna, te suplico que no vuelvas aquí de esa manera... no sé qué cosas horribles podrías presenciar —suplicó, hundiendo su rostro en mi cabello.

No pude observarlo, porque Andy esquivo mi mirada cada vez que intenté hacerlo.

—No lo haré, solo si prometes dejar de ignorarme. Quiero saber qué ocurre, entender lo que pasa contigo y sacarte de aquí cuanto antes —dije secando mis lágrimas.

Andy se alejó de mí y cubrió su cuerpo con la toalla que minutos antes llevaba ceñida a su cintura.

—No puedes, Anna. Pero agradezco tu preocupación —respondió, con el mismo tono desinteresado y ausente que lo caracterizaba.

—Tu solo déjame a mí —contesté, sin evaluar bien lo que mis palabras decían.

Camine hasta estar tras él y lo abracé cariñosamente. Andy no huyo de mis brazos y eso me sorprendió. Luego, besé su espalda con dulzura, y me alejé.

—Lamento haber tardado tanto —dije antes de desaparecer.

Esa misma noche me propuse sacarlo de ahí, costara lo que costara.

3

La mañana siguiente, Andy estuvo mucho antes que yo en el salón. Cuando lo observé al fondo en su asiento, supe que ya no éramos desconocidos. Él me observó, por primera vez desde que había llegado a la escuela, hace casi diez años. Andy, *el monstruo*, me miraba en clases. Claro que su mirada no era cordial. A cada paso que daba sentí su odio atravesándome. No lograba entender que me repudiara tanto, si lo único que deseaba era ayudarlo. Me senté junto a él, hasta que ya no soporté su tétrica mirada.

—Ya detente, ¿quieres? —regañé, deseando que terminara esa tortura —. Deberías reservar ese odio para aquellos que te dañan.

Mi comentario causó aún más ira en él, que se levantó de su asiento para tomar mi rostro y acercarlo al suyo.

—No sabes Anna, realmente no sabes a qué estás jugando. ¿Crees que lo que has visto es doloroso? Espera a que te atrapen. Desearás no haber nacido, Anna.

Lo miré aterrorizada. Andy estaba furioso, y no parecía mentir, a tal punto que su mentón tembló ligeramente antes de que continuara hablando.

—¿Sabes por qué estoy tan seguro de eso?

Negué con la cabeza, sin quitarle los ojos de encima. Andy no titubeó ni por un segundo.

—Porque llevo años deseando morir a manos de alguno de ellos —

contestó.

No supe que responder.

Mi alma se partió en dos cuando escuché aquellas palabras. Estaba enamorada de aquellos ojos tristes desde el día mismo en que la maestra nos lo presentó. No quería escucharlo decir algo así. Mi vista se nubló y él se levantó para volver a su lugar. Inmediatamente me puse de pie para detenerlo tomando uno de sus brazos, Andy volteó y a unos treinta centímetros de altura por sobre mi cabeza, sonrió.

—Está bien —dijo, apartándose de mí—. De todas formas, agradezco tus años de preocupación, pero por sobre todo, lamento que te hayas enterado de todo esto.

¿Mis años de preocupación? ¿Andy había notado mi interés en él? Volvimos a nuestros lugares y el silencio nos acompañó durante toda la mañana. A la hora del descanso, Andy no se levantó de su silla.

—¿No vas a comer? —pregunté acercándome a él. Andy me miró sin odio, pero vacío.

Negó con la cabeza y volvió a perder su vista a través de la ventana. No quise insistir para no parecer impertinente, pero volví cuanto antes llevándole algo de almuerzo, pero ya no estaba ahí y sus cosas habían desaparecido. Seguro había vuelto a casa, por lo que no perdí tiempo y en cuanto las clases terminaron, pedalee lo más rápido que pude hasta estar frente a su hogar. El auto no estaba en el estacionamiento, por lo que supuse que aquel hombre todavía no volvía a casa, lo cual agradecí, pues repe ágilmente el árbol hasta entrar por su ventana. ¿Qué clase de seguridad era esa? Cualquier persona podía entrar ahí sin hacer mayor esfuerzo.

Andy estaba recostado boca abajo sobre su cama, durmiendo. Me acerqué a su rostro tranquilo y lo acaricié. Él tomó mi mano en seco y me jaló

hacia él.

—¿Qué demonios haces acá Anna? ¡Maldición, dijiste que no volverías! —bramó furioso.

—¡Tú tampoco cumpliste tu promesa!

—¡No he prometido nada! ¡Anna, maldición, ellos estarán aquí dentro de poco, por favor déjame en paz!

No me aparté de su lado y acaricié su cabello oscuro lentamente. Andy comenzó a calmarse y poco a poco me soltó.

—Vete de aquí, te lo suplico —murmuró clavándome su mirada—. No me gusta la lástima con la que me miras.

Andy se levantó de la cama y sus piernas temblaron al intentar avanzar. Volvió a sentarse y tomó su cabeza con pesar.

—¿No has comido? —pregunté.

Andy negó y se recostó sobre su espalda. Sin pensarlo salió rápidamente por la ventana para tomar algo de la tortilla que mi madre había preparado. Cuando tuve todo en una pequeña bolsa, crucé para treparme hasta su ventana, y mientras entraba, oímos el ruido del auto de padre. Andy me jaló hacia dentro y me pidió que guardara silencio.

—Tienes que salir, pero no puedes hacer ruido —dijo hablándome al oído, en un tono casi dulce.

Le dejé la comida y salí sigilosamente, volviendo a observarlo a través de la ventana. Lo único que deseaba en ese instante, era que aquel hombre no entrara en su habitación aquella noche.

4

Desperté sin apenas poder moverme esa mañana. No sabía por cuanto tiempo mi cuerpo iba a resistir el ritmo que mi vida estaba tomando, aunque realmente no me importaba. Cuanto antes acabara todo, mejor. Con dificultad caminé hasta el armario, tomé un poco de ropa y en el suelo encontré el pañuelo que Anna llevaba sobre su cabello la noche anterior.

—Maldición... —murmuré en voz alta.

Todo se había vuelto aún más horrendo. Tomé su pañuelo, aun podía sentir un poco de su aroma, y lo até en mi muñeca. Nunca me había molestado la mirada constante de Anna en la escuela, o sus intentos por hacerme salir a jugar cuando éramos niños, incluso cuando descubrí que me espiaba desde su ventana sentí que era la única a quien de verdad le importaba mi vida. A pesar de que jamás hablamos, saber que estaba atenta a todo lo que ocurría me hacía sentir bien. Hasta que su curiosidad sobrepasó los límites. Si soy honesto, verla siendo capaz de romper el miedo que de seguro me tiene me dio un poco de alegría. Y si soy aún más honesto, que Damián me tocara frente a ella me provocó cierto placer. Aunque no contaba con que volvería a aparecer por aquí, y mucho menos que entraría ayer a casa.

No sé lo que me provocó verla. Sé que me vio desnudo, que observó cómo Damián pasaba sus manos por mi cuerpo, pero no esperaba que él intentara hacerlo ahí, frente a ella. Me sentí realmente humillado cuando sus manos me tiraron a la cama, pero fue peor cuando sus dedos comenzaron a entrar en mí. Gracias a dios no continuó, porque no habría sido capaz de

resistirlo. Si Damián me hubiera violado ahí, con sus ojos sobre mí, habría apresurado todo y me habría colgado de una puta buena vez.

Me vestí rápido y me fui a clases, Anna aún no llegaba. Una vez que atravesó la puerta me encargué de hacerle saber que no la deseaba por mi casa nunca más, pero su mirada de lástima me destrozó incluso más que las noches en que Damián, Diego o alguno de sus clientes pasaba por casa. Para Anna yo no era un hombre. No quise quedarme ahí, soportando la forma en que me observaba, así que hui. Nadie estaría en casa y podría descansar tranquilo. Se acercaba el viernes, y mi hogar, si es que podía llamarlo así, se transformaba en un antro lleno de drogas. A veces perdía la cuenta de los hombres que pasaban por mi habitación, así es que necesitaba dormir, o simplemente no podría con ellos.

Descansaba tranquilo cuando sentí una mano delicada acariciándome. Me habría gustado disfrutarlo, pero ya era tarde, y los demás entrarían en cualquier momento. Anna me observaba cariñosamente, pero de igual forma la rechacé. Quise levantarme, pero mis piernas temblaron. Recordé que no comía nada desde el día anterior, y ella, con su infinita paciencia, desapareció de mi habitación solo para traerme comida. Me dolió echarla de ahí, pero no quería que volviera a presenciar nada vergonzoso. Esa tarde Diego volvía con la mercancía, y siempre pasaba directo a mi habitación.

No podía permitir que me humillara frente a ella.

Anna salió con rostro preocupado, le prometí que iría a la escuela y que almorzaría con ella, pero le rogué que se fuera. Esa vez, me asegure de cerrar la ventana y las cortinas.

Comí de prisa y tomé un baño, acababa de vestirme cuando escuché el ruido del motor. Diego o Damián, uno de ellos estaba en casa. Me recorrió un escalofrío. Llevaba años siendo el juguete de esos retorcidos hermanos, pero

aun temblaba antes de que entraran a mi habitación.

—Vaya... —dijo Diego, abriendo la puerta—. Cada día estás mejor, querido Andrew.

Caminó hasta mí y me rodeó con uno de sus brazos, mientras deslizaba una de sus manos por la parte trasera de mi pantalón.

—¿Estás listo? La noche es joven y tengo muchos juegos nuevos para ti —bufoneo, introduciendo uno de sus dedos en mi cuerpo—. Vamos, abre tu boquita, tengo una de estas para ti —dijo enseñando una de las pastillas.

—Hoy no —respondí—. Mañana tengo escuela y esa mierda no deja que me concentre.

—Oh, qué valiente ¿Quieres que te lo meta así, lúcido? Ya estás hecho todo un hombre, ¿no? Pero, ¿sabes algo?, me gustas más cuando estás drogado. Abre la maldita boca y trágatela de una puta buena vez, que después tendrás que tragar mucho más —bramó abriéndome la boca y metiéndome una pastilla de éxtasis.

Quise vomitar, pero su lengua recorrió mi boca con violencia.

—Vamos Andrew, quítate la ropa, ya sabes que si lo hago yo termino por romperlo todo. Hoy, Andy, solo deseo romperte a ti —murmuró apretando mi miembro con fuerza.

Gemí, pero no era placer lo que sentía. Me quité la ropa mientras el abría una botella individual de cerveza. La bebió rápido, secando su boca con la manga de su sweater al mismo tiempo que recorría mi cuerpo con sus ojos. Era repugnante.

—Hazlo rápido —dije, tendiéndome en la cama.

Diego comenzó a reír en forma desquiciada. Observó la botella de cerveza y luego se acercó a mí. Abrió mis piernas sin cuidado, y yo deseé que

la droga comenzara a hacer efecto pronto.

—¿Crees que entre? —dijo lamiendo la punta de la botella. Me estremecí por completo, aterrado—. Tranquilo, cariño. No voy a hacerlo... solo bromeaba. No quiero lastimarte —dijo avanzando sobre mí.

No le creía, por ello, cuando puso la botella a un lado, aproveché para alejarla. No quería arriesgarme a sus perversas ideas. Diego comenzó a besarme como si realmente me quisiera, pero era nauseabundo. Se quitó su sweater y comenzó a masturbarme. Yo ya no sentía nada. Me volteó violentamente y comenzó a besar mi trasero, introduciendo su lengua con furia en mi ano. Luego sentí que mi temperatura aumentaba, mi respiración se aceleró, y supe que la droga comenzaba a hacer efecto. Agradecí enormemente que me hubiese puesto esa puta pastilla, mientras comenzaba a penetrarme, sintiendo como el dolor de su cuerpo destrozándose se disipaba.

Yo ya no sentía nada.

5

Escuché sonar la alarma unas seis veces antes de abrir definitivamente los ojos. El maldito de Diego apenas me había permitido dormir. Traté de incorporarme, pero me dolía todo el cuerpo. *Maldito cerdo*, pensé. *Y estúpida Anna*. Si no necesitara tanto deshacerme de ella, me quedaría en casa todo el día. Ya era jueves y mañana sería un día del demonio. La mercancía ya estaba en casa y los distribuidores de toda la ciudad acudirían por ella, y por mí.

Me levanté de allí aún con el repugnante olor a cerveza y sudor de Diego, me sentía asqueroso, al igual que ellos. De hecho, ya era uno de los suyos.

Tomé una ducha, todo en mí ardía como el mismo infierno. ¿Cuánto tiempo me quedaba? El dolor de su sexo violento punzaba hasta mi abdomen. ¿Por qué no solo me mataban? Mi cuerpo resistía mucho menos, y cada vez me metían más drogas en él. *Me gustas drogado*, repetía siempre Diego. Y lo estaban logrando. Me estaban convirtiendo en un adicto, solo para controlarme. Sentí el odio que ambos me provocaban, y la repugnancia que sentía hacia mí mismo por ser incapaz de huir. La frustración crecía en mí, sabía que el fin que había planeado estaba cerca. Era un maldito cobarde.

Tomé un poco de jabón y me froté con fuerza buscando alejar todo rastro de Diego de mi cuerpo. Me daba asco. Miré mi desnudez y me sentí absurdo... De pronto, comenzaba a pensar en Anna. Ella se preocupaba por mí, me buscaba y trataba de entender que ocultaba tras mis silencios. Repetí su nombre mientras recordaba su mirada preocupada al salir por la noche de mi

habitación, sus ojos negros me suplicaban quedarse. Apoyé mi frente en la pared y sentí caer el agua despacio sobre mi piel.

—Anna... —murmuré en voz baja.

Bajé mi mano temblorosa hasta mi pene y lo presioné con furia, provocándome un intenso dolor. Ya no sentía nada más que eso. Ni siquiera podía masturbarme porque mi cuerpo había bloqueado toda sensación de placer. En mí, solo había sufrimiento.

Lo primero que vi al cruzar el salón, fueron los ojos preocupados de Anna. Caminé hasta mi asiento sintiendo su mirada sobre mí, hasta que estuve a su lado. Ella se acercó rápidamente y acarició mi mejilla.

—¿Estás bien? —dijo suavemente.

Quise decirle todo lo ocurrido, hablarle de esa enferma pareja de hermanos que gozaba haciéndome daño, decirle que me dolía cada músculo, y que ya casi no tenía orgullo. Pero callé. Yo no iba a atormentarla.

—Vine solo para almorzar contigo —respondí.

Ella se sonrojó levemente y volvió a su asiento.

Efectivamente, almorzamos juntos. Anna había llevado comida deliciosa para los dos, y no me estaba molestando con preguntas. Hasta ese momento, todo marchaba bien. No hablamos de nada, pero me sentía acompañado y protegido. Esa estúpida niña me volvía a hacer sentir persona. A su lado, ya no era un objeto con el que se juega para luego lanzar a la basura. Tras comer, volvimos al salón, y antes de que la clase terminara, le pedí que marchara antes que yo.

—Si me ven contigo será un problema —dije.

Ella me observó dudosa. El timbre sonó y lo primero que hizo fue

acercase a mi lugar.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te hicieron? ¿Qué van a hacerte si te ven junto a mí? —preguntó temblorosa, temiendo tal vez encontrarse con una realidad que no pudiera soportar.

—¿Realmente deseas saberlo? —contesté.

Ella asintió despacio. Era mi oportunidad para alejarla.

—Entonces te lo diré. Damián se meterá en mi alcoba, me lanzará a la cama y me hará el amor hasta la madrugada. Luego me drogaré un poco junto a Diego, y continuaré cogiendo con él. ¿Quieres saber algo más? —dije, intentando parecer molesto.

Anna me miraba con la boca abierta de espanto.

—¿Te agrada? —dijo ella.

Yo la miré consternado y sonreí.

—El pene de Diego es tan jodidamente enorme, que cada embestida me provoca la misma cantidad de dolor, que de placer —agregué.

Anna me miró conteniendo el asco. Esa era la misma expresión con la que yo miraba a los enfermos con los que vivía. Pero debía mentirle. Si no lo hacía, ella terminaría siendo descubierta, y si eran crueles conmigo, no quería imaginar cómo serían con Anna.

—Eres asqueroso —dijo.

Y se fue. Complacido, sonreí por haberla sacado de en medio, pero la única verdad, era que estaba destruido por dentro. No fui capaz de ir a la escuela el día viernes, y me dedique tan solo a esperar por mi destino. Uno que anunciaba que esa noche, todo en mí se haría trizas.

6

Vi luz en su alcoba hasta entrada la madrugada. Andy había faltado a la escuela y probablemente no lo volvería a ver hasta el lunes. Incluso a pesar de lo que me había dicho, estaba preocupada por él. Sabía que existía una pequeña posibilidad de que hubiese estado mintiendo, porque lo había visto llorar de frustración el día en que me escondió en su armario. Había visto la violencia con que ese hombre lo trataba y el deseo perverso al tocarlo. Era imposible que se sintiera a gusto ahí.

De igual forma ignoré sus advertencias y vigilé su hogar hasta que la oscuridad reinó. Luego, desee con toda el alma correr hasta él para saber cómo estaba. Pero debía mantenerme alejada, o solo le provocaría más problemas.

Traté de dormir concentrándome en la belleza del azul profundo de sus ojos, pero mi mente me jugó malas pasadas, haciéndome recordar la escena que había presenciado desde el armario, pero cambiando aquellas grotescas manos que lo acariciaban por las mías. Casi podía escuchar los gemidos de placer al recorrer su torso desnudo para luego masturbarlo hasta que cayera rendido. Desperté en medio de la noche agitada por la culpa de fantasear con algo así, sintiendo vergüenza por no pensar con claridad. Su cuerpo me cegaba y me volvía una más entre quienes tanto lo deseaban. Aclaré mis pensamientos, molesta por mi actitud superficial y asomé mi cabeza por la ventana. Vi nuevamente luz en la habitación de Andy y retrocedí asustada. No me importó estar en pijama, solo pensaba en él y en esos hombres que no lo

dejaban en paz.

No iba a permitir que algo de sucediera.

Sin abrigarme ni un poco, salí por la ventana para trepar hasta la suya, con extremo sigilo, y una vez allí, noté que Andy había cerrado las cortinas, por lo que husmear hacia dentro me fue muy difícil. Agudicé mi oído y me concentré en colar mi vista por entre los visillos, presenciando aquello que tanto temía.

Desgastada y débil, la gruesa voz de Andy suplicaba que aquello terminara. Estaba recostado boca abajo, levantando apenas el cuerpo mientras un hombre macizo de pelo colorín lo embestía sin piedad. Andy parecía sufrir entre gemidos de dolor, y yo no podía soportarlo. Quise abrir la ventana, pero el muy astuto la había bloqueado con seguro. El ruido que hice alertó al hombre que ahora se detenía, para avanzar curioso hasta la ventana. Trepé un poco más y lo vi abrirla de par en par, buscando aquello que lo había sacado de su paraíso personal.

—¿Qué mierda? —dijo volviendo a la cama de Andy.

—No más... por favor —rogó el, volteándose a mirarlo.

—Cierra la maldita boca, niño —bramó el hombre.

Bajé rápidamente y lo observé tirarle el cabello con fuerza. Andy volvió a gemir, pero cada vez lo hacía más despacio, como si su voz se perdiera en medio de las embestidas furiosas que ese grotesco ser humano.

—Aguanta, estoy a punto de correrme —dijo el hombre mientras volvía a Andy a su posición.

Continuó penetrándolo hasta que de golpe se levantó.

—Maldición, estoy muy drogado —gruñó.

Golpeó con fuerza el trasero de Andy y se cubrió con una bata,

mientras él quedaba rendido sobre su cama.

—Cerraré con llave —musitó Andy, con un hilo de voz que parecía extinguirse.

El hombre abandonó la puerta y Andy se incorporó con dificultad. Comenzó a avanzar hasta la puerta pero se derrumbó a escasos centímetros. Me apresuré a entrar, cerré la puerta con pestillo y lo tomé entre mis brazos. Estaba tan cansado.

—¿Andy? —murmuré, volteando su rostro hasta mí. El me miró y sonrió.

—No te rindes, Anna —dijo.

Intentó ponerse de pie, sudado, pegajoso, sucio. Andy apenas mantenía el equilibrio.

—Voy a darme un baño —murmuró.

Pero solo caminó sin rumbo, para volver a caer al suelo. Así no llegaría a ningún lado. Le ofrecí una mano y le ayude a llegar hasta la cama. Una vez allí, Andy me acarició el rostro con ternura.

—Mátame —dijo—. Te lo ruego Anna... Mátame.

Mi corazón se detuvo de dolor. No podía creer lo que me pedía. En silencio, lo abracé, y ambos comenzamos a llorar.

7

Esa noche, Andy se durmió entre mis brazos, exhausto. ¿Qué le habían hecho para que estuviera en ese estado? Lo observé rendido sobre la cama, completamente desnudo. Aun así, a segundos de haber estado sufriendo bajo el cuerpo de otro hombre, se veía irresistible. Con cariño acaricié su espalda y, en un acto reflejo, Andy apoyó su cabeza en mis piernas. De inmediato comencé a sentirme nerviosa, y me obligué a desviar la mirada para no aprovecharme de su decadente situación. Tomé una de las sábanas y cubrí su cuerpo, notando pequeños rastros de sangre en ella. Dios mío, debía sacarlo de ahí cuanto antes.

Aun así, descansó tranquilo por casi dos horas, mientras yo me mantenía alerta a todos los movimientos y ruidos que provenían del primer piso, los cuales al llegar el amanecer, comenzaron a extinguirse. Me acerqué a él e intenté despertarlo, pero Andy no reaccionaba.

Lo dejé en su cama y tomé algo de ropa de su armario, la puse en una bolsa y lo remecí con más fuerza.

—Andy, despierta, vamos a irnos —ordené.

Andy abrió sus ojos, y obedeció sin hacer preguntas. Le puse un suéter y un pantalón, pues él apenas era capaz de ayudar. Dios, tocar su cuerpo era demasiado para mí. Sus tatuajes eran tan sexys, los huesos de su cadera se marcaban y al subir su pantalón no pude evitar acariciarlo. Lo habría besado de pies a cabeza, pero debía concentrarme y pensar. La excitación no nos sacaría de ahí, aunque habría pagado por unos segundos de su sexo dentro de

mi cuerpo.

Abrí la ventana, Andy no parecía estar consiente.

—Debes bajar por el árbol, hazlo despacio y en silencio —murmuré.

No sé cómo lo hizo sin caer, pero me obedeció, pues bajé primero y lo recibí intacto para cogerlo de la mano y cruzar corriendo hasta mi hogar. Gracias a Dios mis padres no llegarían hasta el domingo, pues no existía evento en el casino que se perdieran.

Llevé a Andy, guiándolo como un niño hasta mi habitación. Él se quedó de pie observando el vacío, sin decir nada, y sin moverse ni un centímetro mientras preparaba la tina para llevarlo hasta ahí, donde volví a quitarle la ropa. Dios mío, estaba a punto de morir. Estaba cumpliendo el sueño de mi vida.

Saqué cada una de sus prendas y lo ayudé a entrar en la bañera. Andy estaba cubierto de semen seco y restos de sangre. No podía creerlo. Despacio, entró al agua y se sentó en ella, para inmediatamente comenzar a temblar. Me arrodillé junto a él, tomé el mando de la ducha y comencé a limpiar su espalda con suavidad. Poco a poco comenzó a salir del shock en el que estaba. Se recostó sobre su espalda, tomé un poco de jabón y froté su pecho. Podía sentir su respiración cálida sobre mi cuello. Volví a cubrir mis manos de jabón, y bajé a su ombligo. En ese lugar sus bellos comenzaban a tomar una disposición demasiado sensual. Seguí bajando, no iba a tocarlo, pero Andy tomó mi mano y la puso sobre su pene.

—Hazlo —dijo.

Lo observé sonrojada, tratando de ignorar su petición

—Hazlo —repitió.

Y comenzó a mover mi mano alrededor de su pelvis. Quitó mis dedos,

volví a aplicarme jabón, y froté con suavidad su pene. Lo hice con mucho cuidado, excitada y embobada con los gemidos que delicadamente Andy emitía para mí. Despacio, quité la espuma y me acerqué a su rostro.

—No es solo tu cuerpo... —murmuré, avergonzada—. Quiero verte bien, Andy. Me gustas, me has gustado toda la vida. No voy a aprovecharme de ti.

Andy me miró con asombro y sonrió.

—Desearía que te hubieses fijado en otro.

Con esa triste sonrisa, me pidió que lo dejara solo por un momento, para terminar de asearse por sí mismo. Dejé una toalla y bajé corriendo para prepararle algo para desayunar. Unas tostadas rápidas y un café serían suficientes, porque de seguro querría volver a dormir. Cuando volví a mi alcoba, Andy acababa de salir de la ducha, cubierto solo por una pequeña toalla. Al oírme, se volteó, cabizbajo.

—Esto ha sido peligroso. No sé cómo me trajiste hasta acá. Ellos van a matarme, y luego te matarán a ti —murmuró.

Andy parecía no recordar nada. Dejé el desayuno sobre la mesita de noche y le pedí que se sentara. Me hincó frente a él, y Andy rio despacio.

—¿No me masturbas si te lo pido, pero me la vas a chupar?

Lo miré furiosa. Me levanté de ahí sintiéndome estúpida, pero Andy me tomó por uno de mis brazos y me sentó en sus piernas.

—Lo siento —dijo, con su voz sexy y profunda en mi oído—. Diego acostumbra usar drogas, luego muchas veces no recuerdo lo que pasa. ¿Qué viste? —preguntó.

No sabía si debía responder, pero él insistió.

—El estaba dentro tuyo... con... ya sabes... sexo... y tú estabas muy

cansado. No lo soporté y te traje aquí.

—Ese es el efecto de las drogas. Jamás habría aceptado venir estando cuerdo.

—¿Y lo habrías aceptado a él? —pregunté, aún sobre sus piernas.

Andy apoyó su rostro en mi cuello y me abrazó con fuerza.

—Siempre te veía por la ventana cuando golpeabas la puerta buscándome. Me encantaba que te preocuparas por mí. Te contaré algo, es un secreto... la primera vez que me masturbe, lo hice pensando en ti —dijo con tono juguetón.

Quise arrancar, pero me apretó con más fuerza.

—No huyas ahora, Anna —dijo acariciando mis piernas.

Luego me soltó y me ubiqué frente a él. Sus intensos ojos me observaban profundamente. Toqué una de sus mejillas, y él se deshizo de la toalla. Comencé a sonrojarme, él sonrió y se recostó. Yo lo seguí, ubicándome junto a él, mirando su cuerpo desnudo como si de una escultura se tratara.

—En esa casa nadie tiene principios. No hay reglas que valgan, no hay decencia, no hay pudor —dijo, recorriendo su torso con sus manos—. Siempre pensé que Diego me quería como a un hermano, hasta que entró a mi cama y me violó. Eso fue hace tres años. La misma escena comenzó a repetirse hasta volverse habitual. Luego Damián lo descubrió, y comenzó a usarme como un juguete —murmuró. Sus manos bajaron a su ombligo, me empujó contra él, y tomó una de mis manos, obligándome a tocarlo—. Luego vinieron las fiestas, los amigos, el descontrol. Por alguna razón, los hombres en mi cama aumentaron, y terminé rindiéndome ante ellos—. Apretó mi mano y luego la abrió, para poner su pene dentro de ella—. A veces lo disfruto. Me permite olvidar que estoy solo, que no valgo nada. El dolor me gusta... —dijo, presionando mi mano con fuerza contra su miembro y gimiendo despacio—.

Me gusta el dolor, el olor de mi sangre corriendo por mis piernas cuando he perdido la cuenta de los hombres que han pasado por mi cama. Me gusta el dolor, porque es lo único que siento Anna. El placer es algo que jamás volveré a sentir...

Me estremecí, un escalofrío me recorrió, y noté lo húmeda que estaba mi ropa interior. El relato de Andy me había excitado. Su cuerpo sintiendo como lo dañaba había logrado encenderme. Me sentí culpable, intenté quitar mi mano, pero él la retuvo.

—Hazme un poco más de daño, Anna. No puedo sentir tu deseo si no lo haces —suplicó, luego presionó con mucha más fuerza, volvió a gemir y me alejé bruscamente de él.

—Estás enfermo, Andy... —suspiré.

Él se sentó, abrió sus piernas y comenzó a presionarse fuertemente sus genitales. Sus ojos comenzaron a enrojecer, a medida que la fuerza aumentaba, provocándole gemidos doloridos. Me acerqué hasta él, Andy continuó lastimándose mientras me miraba fijamente. Tomé sus brazos, algunas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y alejé con toda la fuerza que tenía sus manos de su pene y lo besé. Lo bese muchas veces, mientras su rostro húmedo botaba toda su frustración. Cuando comenzó a calmarse, entrelacé nuestros dedos y besé su cuello.

—Yo no voy a hacerte daño. No permitiré que nadie más lo haga. Y no permitiré que tú te lo hagas. Te apartaré de todo lo malo que pueda suceder, voy a cuidarte, Andy. Voy a amarte y reemplazaré todo rastro de dolor con placer —murmuré junto a su oído.

Él me abrazó profundamente, y devolvió mi beso.

—Entonces, Anna, lo primero que debemos hacer, es buscar una excusa que no nos deje en el cementerio. Ese par de enfermos no nos

perdonara la vida si no logramos distraerlos —sentenció.

Apenas sonrió tras ese beso culpable, para luego dormirse profundamente.

Yo cuidé su sueño, mientras imaginaba la excusa perfecta para mantenerlo sano y salvo.

8

Desperté jadeando asustado. Abrí mis ojos y lo primero que noté, fue que aquella no era mi habitación. Me incorporé, y el dolor de mi cuerpo me devolvió a la cama. Conocía muy bien esa sensación. Intenté recordar, pero mis memorias estaban nubladas por el uso de las drogas. No sabía cuánto había consumido. Si eso seguía así, no alcanzaría a terminar con todo como estaba planeado.

Volví a apoyar mi cabeza contra la almohada. Levanté el edredón lila que me cubría y pude ver que aún estaba desnudo. Intenté nuevamente levantarme y un dolor punzante atravesó mi abdomen. Toqué despacio para saber qué ocurría, pero solo parecía estar hambriento. Bajé mi mano y rodeé mi miembro suavemente. También dolía. Logré sentarme, mi cabeza parecía que estallaría en cualquier momento. ¿Dónde demonios estaba? ¿Dónde estaba mi ropa? Me levanté y el dolor de mi espalda fue insoportable. Entendí entonces que aquello que dolía en mi abdomen, además del hambre, era el rastro de ellos dentro de mí. No les importaba hacerme daño. Pero Diego era el peor. Un viernes al mes traía a casa la droga: pastillas, ácidos, hierba, coca... Su falta de escrúpulos había convertido el sótano de nuestra casa en un antro de perdición, entre alcohol y prostitutas. Pero no todos se daban por satisfecho con eso, y Damián no había dudado a la hora de proponérselo a Diego. Muchos de ellos, sobre todo aquellos que tenían más dinero, esperaban pacientes su turno masturbándose con mis gritos afuera de mi alcoba. Uno tras otro entraban, solo para disfrutar de mi cuerpo que se extinguía.

Los odiaba. Más aún al enterarme de que me habían visto crecer, ansiando que mi cuerpo fuera lo suficientemente fuerte para usarlo a su conveniencia.

—¡Maldición! —bramé furioso.

Diego me mantenía de pie solo con pastillas. Ningún cuerpo podría aguantar esa basura estando limpio y lucido. Me dolía, por dios. Sentí el ardor en mi interior y gemí despacio. Ya no podía soportarlo.

A los pies de la cama encontré mis boxers y mi pantalón. A penas podía vestirme. Luego busqué mi sweater, pero no lo veía por ninguna parte. Caminé hasta el baño y algunas imágenes me bombardearon. Yo había estado ahí, lo sabía. Y también recordaba unas manos delicadas sobre mí.

¿Qué demonios?

De pronto escuché una puerta abrir, luego unos pasos pequeños hasta el baño y la puerta abrirse de golpe.

—Dios santo, estas aquí... —suspiró Anna, muy preocupada.

La observé con asombro. Ella no se movió de ahí, volvió a mirarme y se sonrojó.

—Así es Anna, nosotros los hombres, meamos de pie —dije sacudiendo mi pene para guardarlo y lavar mis manos.

Anna salió avergonzada de ahí y me esperó sentada en la cama. Salí disimulando el dolor de mis piernas y mi espalda y me ubiqué a su lado.

—Ten —dijo ella, acercándose mi polera y mi sweater—. Ya están secos. Tuve que lavarlos.

—¿Lavarlos? —pregunté asombrado.

Ana me miró con desconcierto.

—¿No lo recuerdas? —negué con la cabeza y le pedí que hablara.

—Ayer te sentías mal. Dijiste que habías consumido...

—Maldita bocota la mía —interrumpí—. ¿Qué más te dije? —Ella me observó aún más confundida.

—¿No recuerdas nada, nada, nada?

Pasé mis manos por mi cabello e intenté concentrarme. Solo recordaba a Diego abriéndome la boca para meterme una pastilla mientras me frotaba con una de sus manos. Luego entró Julián, desesperado por utilizar su tiempo al máximo, comenzó a besarme y me lanzó a la cama donde me quitó la ropa. Recuerdo que levantó mis piernas y pasó su lengua por mi ano. Metió su lengua muchas veces, me chupo, y luego me volteó furioso. "Así que no piensas correrte, niño", gruñó en mi oído. Comenzó a desabrochar su pantalón con una mano mientras tiraba mi cabello con fuerza. Me amenazó con metérmelo sin dilatarme y sin usar lubricante si no le suplicaba suavidad. Estaba asqueado. Me quedé en silencio y el cumplió su palabra. Recuerdo sentir el dolor de su penetración, hasta que de pronto ya no sentía nada. Luego vinieron imágenes sueltas, alcancé a recordar a Julián, a Esteban, a Daniel, a Damián y a Diego. ¿Cuántos más habían sido a parte de ellos? No lo sabía. Y no sabía en qué minuto había huido hasta acá, ni porque había decidido hacerlo.

—¿Te hice daño? —pregunté, temiendo que su respuesta fuera positiva.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—¿Vomitó sobre mi cama cuenta cómo daño?

—Dios, lo siento tanto —dije, imaginando lo asqueroso que tuvo que haber sido para ella limpiar ese desastre—. ¿Hice algo extraño, Anna? —agregué.

Ella me observó directo a los ojos. Era hermosa y pura. No podía mantener esta ambigua amistad con ella. Si se involucraba más, tarde o temprano saldría lastimada y no iba a permitirlo.

—Nada... —murmuró.

Y de inmediato supe que mentía.

—Anna, lo siento si hice algo que te molestara. No estaba cuerdo y esa mierda no me deja pensar con claridad.

Ella bajó la vista y me esquivó.

—No fue a mí, Andy...

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Habría golpeado a alguien? Anna se volteó hacia mí y acercó su mano hasta mi pantalón.

—¿Te duele? —preguntó.

Entonces recordé los arañazos que había en mis piernas y el dolor que punzaba en mis genitales. Una lluvia de imágenes se abalanzó sobre mí: me había hecho daño a mí mismo de forma vergonzosa frente a ella, la había obligado a verlo y a tocarme y, para colmo, había vomitado su cama. Era una completa mierda. Tomé el sweater, me vestí y me apresuré en salir de la habitación.

—Lo siento mucho Anna... pero no vuelvas a acercarte a mí —sentencié, pero sus brazos rápidamente me rodearon.

Ella escondía su rostro en mi espalda. Era tan pequeña.

—No vuelvas ahí...

—No tengo otro lugar al que volver —respondí.

Ella se apartó de mí y me jaló del brazo.

—Escapemos —dijo.

Me pareció algo dulce su propuesta, y reí. Me acerqué a ella y la llevé hasta su cama donde le pedí que se sentara. Me arrodillé y le acaricié el rostro con toda la ternura que su preocupación me generaba.

—Ya no puedo huir, porque estoy hasta la mierda al igual que ellos. Soy adicto a la vida que llevo. No sobreviviría un día sin pastillas, y sin sexo sería aún peor.

—Puedo darte lo que quieres —dijo ella, uniendo su frente a la mía.

—No puedes, Anna. Jamás podrás darme lo quiero, porque eres buena, y jamás me harías daño.

—¿Lo recuerdas, entonces? —preguntó ella, sonriendo. Pero yo no sabía de qué hablaba—. Ayer... —murmuró.

—Ayer no era yo, Anna. Era un animal cualquiera. Uno sediento de violencia y dolor. Olvídalo todo, te lo ruego.

Besé su frente y crucé a mi hogar, trepé por el árbol y abrí mi puerta. Bajé en busca de comida y confirmé que nadie se había dado cuenta de mi ausencia. Sentí los pasos de Diego bajar por la escalera y avanzar hasta la cocina. *Ni siquiera me dejará comer* —pensé molesto. Bebí un poco de leche mientras se acercaba.

—Despertaste, cariño —dijo pasando su lengua por mi cuello—. Supongo que estás agotado. Sé que el acuerdo es permitirte descansar luego de un viernes de entrega, pero...

Continué bebiendo leche, incluso mientras Diego deslizaba su mano por dentro de mi pantalón hasta tomar mi pene y presionarlo. Gemí por el dolor, aun no estaba listo para que me lo tocaran.

—Vaya, parece que nos excedimos contigo ayer —murmuró quitando su mano para meterla por la parte trasera—. ¿Y por acá, duele mucho? —

bromeó, inclinándome hacia adelante para meter dos dedos en mi trasero.

Me estremecí de dolor y mi quejido lo detuvo.

—Me calienta tanto verte así —dijo agregando un dedo.

Volví a gemir y sentí su risa desquiciada.

—Quisiera dejarte en paz, pero estas tan delicioso —sentenció.

Pensé que iba a continuar, pero sacó su mano y me levantó, haciéndome a un lado.

—¿Ves? —murmuró, enseñándome los rastros de sangre que había en sus dedos.

Sentí náuseas y vomité en el lavabo. Diego lavó sus manos frente a mí.

—No queremos lastimar nuestro juguete preferido, ¿cierto? —bufoneó, y se retiró, dejándome con el pantalón abierto y el dolor punzante creciendo en mi interior.

Entonces pensé en Anna. Ella me quería. Ella me gustaba. Y después de tanto tiempo, sentí una erección crecer, junto al ardor de mi pene, el dolor de mi ano y el hambre de no haber comido bien en días. Me masturbé en la cocina y me corrí en el lavabo.

En esa casa, todos estábamos enfermos.

9

Andy salió de mi habitación, y no fui capaz de seguirlo. No podía soportarlo, pero él tenía razón. No podía ayudarlo aun cuando caminaba directo a la autodestrucción. Me odié por llegar tan tarde a su vida, por permitir, estando tan cerca, que toda esa mierda aniquilara su existencia. Lo seguí mientras se apartaba de mi vida, escuché el ruido que hizo al cerrar la puerta y lo observé trepar hasta su ventana. El hombre con el que había soñado desde los diez años estaba muerto. Aquel que había estado durmiendo en mi cama no era más que un fantasma.

Me prohibí volver a husmear hacia su habitación y olvidar lo sucedido. La culpa no podía destruirme a mí también.

Volví a la escuela el lunes por la mañana, y comprobé que él había tomado la misma decisión. No volvimos a cruzar miradas, mucho menos a hablarnos. Me dolía el alma verlo cruzar por delante y saber que había olvidado aquel beso con el que prometí protegerlo. Pero era así y debía aceptarlo. Al menos me tranquilizaba verlo bien, perfecto como siempre, envuelto en el silencio misterioso que siempre lo había acompañado. Sin que él lo notara, examinaba cuidadosamente su cuerpo cada mañana, en busca de alguna señal que delatara algún tipo de abuso. Por fortuna, todo parecía ir bien. Intenté imaginar que él tan solo llevaba una relación afectiva más allá del ser solo amigos con los hombres con los que vivía. Una relación tóxica, pero tomada por él al fin y al cabo, y debía respetarla.

Por otro lado, sabía que debía mantenerme alejada de él, pero me fue imposible ignorar el hecho de que Andy no comía en el instituto, por lo que comencé a llevar almuerzo extra para él. Aunque la primera vez, estuve a punto de morir: el salón se vació por completo y solo quedamos él y yo. Andy se recostó sobre su mesa ignorando mi presencia, con una actitud que definitivamente me esperaba.

—Ten —dije estirando mi mano y dejando a un costado de su rostro el termo con la comida. Me miró furioso—. No estoy pretendiendo ser tu amiga, me da igual si no lo comes —bramé, intentando sonar temible.

Pude ver como contuvo su sonrisa destrozando mi corazón. Volvió a recostarse y salí de ahí. Maldición, ¿si era así de adorable como haría para mantenerme lejos?

Al volver a casa, encontré en mi bolso el termo vacío. Andy había comido, y esa sola acción logró dejarme feliz y tranquila. Continué llevando su merienda día tras día. Él jamás me agradeció, pero cada tarde volvía segura de que al menos almorzaba.

Nuestra relación continuó así por semanas, hasta que su rostro cambió. Faltaba poco para el descanso de medio día cuando sentí el golpeteo de sus dedos sobre la mesa. Lo observé de reajo. Andy parecía estar enfermo. Su rostro sudaba y sus manos nerviosas no dejaban de moverse. El timbre anunció el receso y antes de que pudiera entregarle su almuerzo, se retiró del salón.

No debía hacerlo, pero lo seguí.

Caminó veloz y tratando de esconderse hasta uno de los gimnasios más alejados del instituto, entró a uno de los baños y tras él, Adam, uno de los futbolistas del equipo escolar. Ninguno se detuvo a observar si había alguien más ahí. A través del espejo, pude ver a Adam sacar algo de su bolsillo, ponérselo en la boca a Andy y luego morder su cuello. Él no se alejó, permitió

que lo manoseara un poco y levantó su rostro, encontrándose con mis ojos. Adam continuó pasando sus manos por él, Andy me miraba fijamente.

Salí de ahí y apoyé mi cuerpo a un costado de la puerta. Cubrí mi rostro odiando el momento en que decidí seguirlo. Sentí el jadeo de Andy y luego un par de insultos. Adam salió de allí a los pocos segundos notablemente molesto. Asomé mi cabeza y encontré a Andy arreglando su cabello tranquilo frente al espejo.

—Solo me dio dos pastillas, no podía pretender el trabajo completo solo por eso —afirmó, sarcástico.

Lo odie, con toda mi alma odie que usara su cuerpo de esa manera y que a él no le importara. Andy sonrió burlándose de mí y mi odio hacia él creció. Me repugnó, por primera vez, haberlo deseado tanto. Quería quitarlo de mí cabeza, de mi corazón, de mis labios.

—¿Vas a llorar, niña? No te ofusques, si tienes algunas de estas —dijo acercándose a mí, enseñándome una de las pastillas—, también puedo compartir mi cuerpo contigo.

Sentí asco. Pero no por él. Asco de mi misma por quererlo sacarlo de ahí. Asco por amar a un hombre que no sentía respeto por nada, y voltee deseando jamás haberlo conocido.

Esa misma tarde, Dominic, uno de los chicos del club de teatro, se acercó a mi asiento. Siempre había estado interesado en mí, lo sabía. Pero había perdido mi tiempo imaginando mi vida con Andy... que estúpida me sentía.

—¿Qué dices? —preguntó el joven.

Noté que no había estado escuchándolo, no sabía a qué se refería. Dominic ladeo su delicado rostro moreno y sonrió con sus hermosos ojos verdes.

—La obra de teatro, el sábado, por la tarde —repitió.

Lo observé a los ojos, luego pasé mi vista por sobre su hombro y noté la mirada aguda de Andy sobre mí. Y solo lo odié aún más.

—Claro, vamos —respondí animada.

Andy soltó una carcajada burlona. Nunca imaginé que podía odiarlo tanto.

No volví a llevar comida para él. Podía morir si así lo deseaba.

Yo... No pensé lo que decía.

Dominic estuvo encantador en el teatro. Era un hombre suave, tierno, caballeroso. Dios mío, mi madre lo amó cuando me dejó sana y salva en la puerta de mi hogar. Era perfecto. No podía entender que jamás le hubiese dado una oportunidad, era realmente estúpida. Hablé un poco con mis padres y se aprontaron a salir. Les encantaba pasar tiempo juntos cada vez que podían, y yo disfrutaba y agradecía esos momentos en que la casa era solo para mí. Saqué una caja de leche y subí a mi habitación.

Mordí la caja para abrir la puerta y comenzar a quitarme la ropa al mismo tiempo. Entré a mi alcoba dejando mi ropa en el suelo a medida que avanzaba hasta mi escritorio.

—¿No es encantador? —preguntó esa voz que conocía, sobresaltándome y haciendo temblar mi cuerpo—. Esos ojos verdes tan perfectos, su pulcritud italiana, su familia perfecta.

—¿Qué mierda haces acá? —bramé furiosa.

Andy se acercó despacio. Idiota infeliz, pensé. Él sabe lo malditamente irresistible que es y lo usa a su antojo.

—¿Qué hago? —dijo recogiendo el sweater que había tirado al suelo.

—Estas drogado Andy, sal de aquí —dije, asustada por su comportamiento.

Andy se detuvo sonriendo.

—Claro, siempre lo estoy. Siempre lo he estado. ¿Ahora te preocupa? Oh, claro, ahora eres la noviecita de Dominic Bianco y te has unido a su vida perfecta.

—Sal de aquí —repetí, abriendo la ventana.

Pero Andy fue más rápido y me tomó por la espalda. Sentí el olor a tabaco de su ropa, un ligero aroma a alcohol, sus manos en mi cadera y su rostro esconderse en mi cabello.

—Quédate con él, no me importa —dijo, desplazando sus manos por mi cintura. Quise voltearme pero no lo permitió—. Solo dame de comer, Anna. Estoy hambriento.

Me libré de sus manos y él volvió a sonreír.

—No soy tu empleada, Andrew —regañé.

Andy frunció el ceño y se sentó en mi cama.

—¿Andrew? ¿Por qué estás tan molesta?

—¿Porque entras a mi casa sin permiso luego de apartarme de tu vida, me ignoras por completo y luego haces como si nada hubiera pasado!

—Anna, mira... así está bien. Sigue alejada de mí, eso es lo más cuerdo que puedes hacer. Lo lamento, pero vine aquí porque no tengo otro lugar al que ir—. Andy tomó su cabeza y pasó sus manos por su cabello. Sonrió con lástima y me miró con dulzura—. Verás... realmente estoy hambriento. Estoy cansado, me duele la cabeza y... —Me acerqué y me arrodille frente a él. Andy bajó la cabeza y unió su frente a la mía. Dios, adoraba cuando hacía eso—, Anna, deja que me quede aquí esta noche. Lo

necesito...

Volví a romper una de mis promesas.

Sus ojos se veían angustiados. Andy no mentía. Acaricié su cabello, y como agradecimiento, Andy me regaló su intensa mirada por unos segundos. Maldición, era una debilucha frente a él.

Bajamos a comer en la mesa de la cocina, sin hablarnos en ningún momento. Pero lo observé atentamente. Sus ojeras estaban marcadas otra vez, sus manos temblaban levemente y algunas marcas se escapaban de lo que cubría su sudadera. Revisé el calendario en mi teléfono.

Una, dos, tres, cuatro...

Había pasado casi un mes desde que había salido de mi habitación. Ayer había sido viernes.

Viernes de entrega...

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza.

—Estoy bien... —murmuró.

Bajé a su rostro. Andy sonreía.

—¿En serio?

—No —contestó, y seguía sonriendo.

Esa noche, Andy durmió en mi cama.

10

Pensé que sería más fácil ignorarla, pero ella simplemente no salía de mi cabeza. Era una maldita obsesión. Verla pasar y desviar su mirada era una tortura. Deseaba hablarle, volverla a ver en mi ventana, escuchar su voz dirigiéndose solo a mí, con esa dulzura que me agobia y me fascina. Pero ya no me trata con delicadeza. A pesar de que sé que se preocupa por mí, llevándome comida y buscando como si no notara alguna huella en mi piel. Le doy asco.

Lo sé, lo vi en sus ojos.

Pero hubo un minuto en que la droga se acabó, y que Diego no volvía con ella. Tenía que conseguirla por mí mismo, y sabía bien cómo hacerlo.

Adam.

No tardó en contestar, igual que un perro me siguió hasta el baño. Me dio dos miserables pastillas. A cambio, pasó sus asquerosas manos frenéticamente por mi cuerpo, ante la mirada aborrecida de Anna. Me enfurecía tanto, maldición. Ella es buena, y yo le doy náuseas.

Maldita sea.

La volví a espantar, para asegurarme de que no le quedaran ganas de cruzarse en mi camino. Aunque Dominic me alivió el trabajo invitándola a salir con su aspecto delicado y perfecto. Anna aceptó enseñando una sonrisa que jamás ha usado conmigo.

Ahh, esta semana los odié a todos.

Pensaba que Anna por fin había logrado odiarme. Ya habían pasado cuatro días que no llevaba comida, pasaba el día con Dominic y se veía feliz. A pesar de lo molesto que fue verla con él, me alegró saber que sonreía. Y que por sobre todo, con Dominic no corría peligro alguno.

Esa tarde volví a casa hambriento, pero solo alcancé a beber un vaso de leche cuando Diego apareció.

—Aquí tengo lo tuyo, cariño —dijo enseñándome la bolsa de pastillas.

Ya no podía negarme... las necesitaba. Me quité la sudadera y él se acercó hasta morder mi cuello.

—Dámela —pedí.

Diego sonrió y metió uno de sus dedos en mi boca para depositar la pastilla en mi lengua.

—¿Dónde quieres jugar hoy? Subimos a tu cama, nos quedamos en la mía, o te tomo aquí mismo, en la cocina —murmuró subiendo su mano por mi torso, bajo mi ropa.

—Haz lo que quieras —respondí.

Diego me observó sonriendo.

—Siempre lo hago.

Tomó mi cabeza y deslizo su lengua por mi cuello. La droga aun no hacía efecto.

—Vamos a tu cuarto —ordenó. Me llevó hasta ahí sin dejar de tocarme para lanzarse sobre mí al llegar a la cama—. Muéstrame —dijo. Me quitó la ropa, dejándome completamente desnudo. —Empieza —ordenó, dejando mi mano sobre mi pene. Él quería que me masturbara frente a él.

—Ya sabes que no puedo —contesté.

Diego comenzó a reír.

—Eres un maldito enfermo —agregó, para voltearme con violencia y jalar mi cabello con fuerza.

Sentí su lengua, sus dedos, y luego a él. Yo seguía sin sentir algo. Diego comenzó a molestarse, me giró y tomo mi rostro fuertemente con sus manos y luego bajó a mi torso. Se acercó a mi boca, me besó y presionó fuertemente sus manos en mi cuello. Su mirada estaba perdida, sin ni una pizca de cordura. Abrí mis ojos espantado, el aire comenzó a hacerme falta. Estaba seguro de que iba a matarme. De pronto volvió en sí y se acercó a mi oído:

—Te amo... —dijo.

Levantó mis piernas y se corrió dentro de mí. Ni siquiera alcancé a limpiarme cuando Daniel entró.

—No es necesario —dijo, al ver el líquido blanco que corría por mis piernas—. Húmedo es más fácil.

Me tomó rápidamente tumbándome en el suelo. Mi rostro se golpeaba contra la alfombra con cada una de sus embestidas. ¿Qué demonios les pasaba? Si seguía así, esa noche moriría.

Daniel se fue de ahí, dejándome en el suelo de mi habitación. Realmente no recuerdo si me levanté. Solo sé que abrí mis ojos y Diego nuevamente estaba sobre mí, amenazándome con la maldita botella que había escondido si no me corría. No lo hice, y sentí la violencia de sus dedos dentro de mi cuerpo. Afortunadamente se detuvo a tiempo. Supongo que fueron mis suplicas las que lo hicieron volver en sí. Se corrió una vez más y se fue.

No logré llegar al baño y vomité en uno de los maceteros del pasillo. No sé cómo llegué a mi cama. No sé cómo no morí aquella noche.

Desperté al medio día, con el intenso dolor de cuerpo que me dejan los

viernes de entrega. Tomé un baño manteniéndome a penas de pie. Estaba mareado, hambriento, adolorido. Me vestí con dificultad y volví a dormir. Desperté solo con el ruido del motor marchándose a algún lugar en el que no quería estar.

Bajé por comida, pero no había nada más que leche. Mi cabeza seguía doliendo y volví a vomitar en el lavabo.

—Estoy muriendo —murmuré.

Siempre había deseado morir, debía estar satisfecho. Pero por alguna razón, entré en pánico. Recordé las manos de Diego ahorcándome sin piedad, sus amenazas, sus golpes. Y en cuestión de minutos me encontré trepando a la ventana de Anna, sin motivo alguno, más que el rogar que me salvara.

Pero ella ya no estaba interesada en mí. La vi llegar con Dominic, sonriendo feliz a su lado. Escuché su risa tranquila, su adiós tan dulce. Esperé a que subiera a su habitación y sentí su odio al verme. Me quería lejos de ella. La había perdido. Ahora ya no quedaba nada. Ni a ella, la única persona en el mundo que estaba atenta a mis movimientos, le importaba como estaba.

¿Nadie jamás se enteraría de que en la casa de enfrente moriría un joven drogado en medio de una relación sexual homosexual con uno de sus primos? ¿Nadie supondría que yo jamás lo quise y que me encontraba ahí porque no sabía cómo mierda salir?

Anna entró a su alcoba y me echó. Abrió su ventana y me pidió que la dejara. Pero yo deseaba un momento más junto a ella... antes de que Diego perdiera realmente la cabeza y acabara con mi vida, o muriera de inanición o sobredosis. La abracé, pero Anna escapó de mis manos. Ya no tenía fuerza para retenerla. Estaba hambriento, débil y con mi cuerpo hecho trizas.

Ella me observó y acarició mi cabello. Mientras que mi mente repetía una y otra vez que me salvara. Luego me alimentó, maldición, igual que a un

perro.

Eso era para ella.

Para todos.

Peor que eso.

Los perros no son vendidos a cambio de droga.

Los hombres no desean pasar sus noches con ellos.

Nadie intenta matar a un perro diciéndole que lo ama.

Anna me observó inmutable, y sin saber por qué lo hacía, me abrazó. Ni ella ni yo imaginamos el poder salvador de ese contacto.

Sentí su perfume a frutas, su pecho en mi espalda y me escondí entre sus brazos. Mi cuerpo temblaba de forma incontrolable, me dolían el alma y la piel, pero le dije que estaba bien, que no se preocupara. Sin embargo, ella me miró con sus ojos transparentes y me descubrió.

—¿En serio? —preguntó.

Y todas las imágenes de mi mierda de vida me golpearon. La noche anterior hizo eco en mis entrañas y me observé solo en el mundo, entre los brazos de una mujer que no me podía permitir amar. Todo se nubló para mí. *Lo siento, Anna, pensé. Lamento tanto que hayas sido tú.*

—No —contesté.

Ella se sentó en mis piernas y me abrazó. Alcancé a hacer una mueca de dolor que ella no notó. No podía decírselo. No podía pedirle que se apartara porque casi era incapaz de sentarme, porque tenía heridas en el cuerpo, porque...

No podía.

Esa noche, Anna me dejó dormir en su cama.

11

Cerca de las ocho de la mañana sentí la voz de Andy remeciéndome para que despertara. Maldición, me había propuesto velar su sueño y me había dormido contemplándolo. No tenía remedio. Todo en él me enloquecía.

—Ven a dormir a tu cama —murmuró una vez que abrí los ojos.

Estaba sonriendo con suavidad mientras me acariciaba en cabello. Al verme despertar, me tomó de la mano y me llevó hasta la cama, cubriéndome con el edredón y recostándose sobre él, a mi lado, cuidando que nuestros cuerpos no se tocaran de forma directa. ¿Cómo se suponía que iba a dormir si lo tenía tan cerca? Él realmente no dimensionaba su efecto en mí. Despacio y con cuidado, quité el cabello de su rostro. Él abrió sus ojos y sonrió. Nos observamos en silencio hasta que él bajó su mirada riendo con nerviosismo. Volví a acercarme para acariciar su rostro y Andy volvió a regalarme sus intensos ojos por un instante.

—Oh, vamos —dijo quitando mi mano de su mejilla—. No me tengas lástima —murmuró.

Sabía que hablaba de la noche anterior, en que se había dormido exhausto y tembloroso. Pero lo que me provocaba, estaba lejos de ser lástima.

—¿Qué debo sentir entonces? Soy incapaz de odiarte —contesté, recordando lo mucho que me molestaba verlo desperdiciar su juventud y subestimar el valor de su cuerpo y su vida.

—¿Por qué me odiarías?

—Por tratarte a ti mismo de esta manera... —sentencié.

Andy levantó una de sus cejas en un gesto de confusión, pero completamente seguro de lo que ello causaba en cualquier persona que lo observara. Era jodidamente guapo, y él lo sabía. Se acomodó sobre su espalda e inclinó su cabeza hacia atrás. Su manzana de adán sobresalía dejando entrever los rastros de la noche de viernes. Suspiró y llevó sus delgadas manos hasta su cabeza. En su muñecas, también habían marcas rosáceas que alguno de sus visitantes nocturnos había grabado.

—¿Ya probaste con el asco? —murmuró, con su vista fija en el techo de mi habitación.

Sus palabras recorrieron mi espina dorsal provocándome un escalofrío que hizo temblar mis manos. ¿Asco? Imposible. Sería incapaz de sentir algo así por él. Pensé en decirle todo lo que me hacía sentir, pero aún no era capaz de ordenar mis propios sentimientos. Molesta por lo que decía, volví a recorrer su cuerpo, deteniéndome en las marcas de su cuello. Aquellas marcas que un hombre desconocido, incluso tal vez para Andy, había dejado en su pálida piel. Fue allí que me propuse imaginarme junto a él, besarlo, abrazarlo... pero las escenas que mi mente creaba, distaban mucho de un romance puro y juvenil. De pronto me vi sobre su cama, mordiendo su cuello y metiendo mi mano bajo su ropa. Dios, me enfurecí tanto por la forma en que mi cuerpo lo deseaba. Yo quería amarlo, entregarle mi vida y proteger la suya, no apropiarme de su cuerpo y utilizarlo como ya estaba acostumbrado.

Sin hablar, me levanté y caminé hasta el baño, incapaz de mirarlo a los ojos. Cuando salí, ya no era posible contener mis lágrimas. Me voltee tratando de dominar en vano mi frustración, pero todo eso me superaba.

—No eres un objeto, Andy, maldición... No lo eres... —sollocé, al mismo tiempo que mis manos quitaban las lágrimas de mis mejillas.

No podía parar de llorar. No podía, porque en lo más profundo de mi corazón, yo misma lo consideraba uno. Él se levantó hasta estar junto a mí. Era tan alto, que su cuerpo me cubría por completo. Quitó mis lágrimas con sus pulgares y sonrió.

—Vamos, volvamos a tu cama. Tengo sueño... —bufó, golpeando mi cabeza suavemente con uno de sus dedos.

Andy se recostó sobre mi cama y estiró una de sus manos para que me acercara a su lado.

—¿Quieres hablar? —preguntó bostezando.

Tomó mi brazo y me jaló hasta estar sentada junto a él. Aún me sentía incapaz de mirarlo, pero él iba dos pasos adelante.

—Está bien si soy un objeto para ti —murmuró, incorporándose y sentándose frente a mí.

Iba a responderle, pero él se me adelantó.

—Lo he sido desde siempre, pero no lo noté hasta hace un par de meses. Ya estoy acostumbrado.

—¿Te hicieron daño? —dije, estirando mi mano hasta ubicarla sobre su pecho.

Él sonrió con una tristeza que me partió el alma.

—Sí —respondió, sin borrar la sonrisa de su rostro.

Bajó el cierre de su sudadera y levantó su camiseta hasta dejar su torso desnudo. Tomó mi mano y la llevó hasta las marcas que brotaban cerca de su ombligo.

—Aún me duele, aunque no recuerdo quien las hizo.

¿Cómo podía olvidarlo todo? Esa actitud tan despreocupada era

autodestructiva. ¡Podía pasarle cualquier cosa y él jamás se enteraría! Fue allí que las dudas me invadieron, y las preguntas salieron de mi boca sin pensarlas.

—Andy, ¿te cuidas? —pregunté, sentándome de rodillas frente a él, sobre la cama.

Él soltó una carcajada y noté el pequeño rubor de sus mejillas.

—Con todos. Es la regla... excepto con Diego —contestó, desviando su mirada hasta mi mano, que se alejó lentamente de su cuerpo—. Él es... digamos que... el oficial.

No sé qué cara habré puesto, pero Andy parecía avergonzado.

—Entonces eres gay —concluí.

Pero él se apresuró en negarlo.

—Me gustan las mujeres, Anna, tenlo claro. Tan solo es que... disfruto del sexo. Mucho.

—Pero él es hombre, y te hace daño...

—Si es hombre o mujer, a mí no me importa. Me gusta el sexo, y ya. Y con él no siempre fue así, Anna. Me quedé al cuidado de ellos cuando tenía unos ocho años. Eran lo único que tenía... aún lo son —corrigió—. Diego siempre fue el que más se preocupó por mí. Estaba atento a todo lo que me pasaba, me cuidaba cuando enfermaba, me ayudaba a estudiar, se preocupaba de que comiera bien y de que nada me faltara. A medida que crecimos, fui notando como su mirada se volvía más intensa cada vez que estaba junto a mí y los pequeños roces que teníamos se comenzaron a volver intensos. Cuando cumplí dieciséis, trajo a mi habitación un pastel y una cerveza para cada uno. Antes de que pudiera soplar la vela que había dispuesto sobre el chocolate que cubría la tarta, me giró hasta él y me besó. Mi primer impulso fue alejarlo,

pero me tomó con fuerza, cubrió mi boca y me llevó hasta la cama. Dijo que me amaba, mientras recorría mi cuerpo con sus manos. Sentí que me desvanecía por el asco, pero él fue más astuto. "Soy lo único que tienes" murmuró. "Eres lo más importante que tengo, jamás te dejaré, no tienes a nadie más, siempre me preocupo por ti" y muchas otras cosas que me hicieron olvidar que aquella no era forma de amar a nadie. Entonces me rendí, y él abrió mi pantalón. Lo único que había hecho hasta ese día era masturbarme pensando en ti —rio—, o en alguna de las chicas del equipo de natación. Él fue más allá, pero lo único que recuerdo, es que esa noche me corrí en su boca. No sabía cómo reaccionar. Me disculpé con él, pero era Diego quien debía rogar por su perdón.

«Pensé que había sido algo de una noche. Que tal vez estaba ebrio, pero solo dejó pasar un día antes de volver a mi alcoba. Estaba dormido, pero desperté con sus caricias sobre mi cabello. Cuando abrí mis ojos, él volvió a besarme. Me preguntó si podía intentar algo, que se detendría si se lo pedía, pero mi voz no pudo salir mientras me tomaba para él. Fue doloroso para mí, hasta que logré acostumbrarme. Y así siguió por meses, hasta que el alcohol empezó a aumentar, las fiestas se hicieron recurrentes y las drogas nublaron su cordura, arrastrándome con él.

«Sonará extraño para ti, pero la única persona que me ha acariciado con cariño ha sido Diego. Estoy segura de que aún me quiere, pero su vida se salió de control. Y la mía también.

Lo observé atónita. El relato de Andy era aterrador, pues confundía la toxicidad de su relación con Diego con cariño. Dios. ¿Por qué había tardado tanto en aparecerme frente a él? ¿Y qué demonios estaba pensando que no saltaba de una vez a sus brazos? Me levanté de ahí y entré al baño, dejándolo solo. Me observé en el espejo y mojé mi rostro. Tenía que reaccionar. Tenía que salvarlo.

Tomé una gran bocanada de aire y volví a salir.

—¿Ya ves? Eso es asco —sentenció, mirando en mi dirección.

—¿Asco? ¿Crees que te tengo asco? —dije, caminando hasta estar frente a él. Me acerqué, acortando la distancia entre nuestros cuerpos, y lo besé—. No eres un objeto, Andrew. Eres el hombre que me gusta desde que tengo memoria.

Andy me abrazó y escondió su rostro en mi cabello.

—No vuelvas a salir con Dominic, te lo ruego —murmuró.

Me dormí en el calor de su cuerpo hasta que el sol me impidió continuar.

Cuando abrí mis ojos, Andy ya no estaba a mi lado.

12

Desperté con Anna aún entre mis brazos. Su cabello oscuro inundaba la almohada y se enredaba entre mis dedos. La observé dormir tranquila, y desee poder contemplarla toda la vida. Era hermosa, y el sentimiento que tenerla cerca me provocaba era aún más hermoso que ella.

Fue allí que me detuve a pensar en el fin que tenía planeado para mi vida e imaginé que tal vez era posible un destino distinto junto a ella. Tal vez no estaba condenado a vivir en agonía si me quedaba a su lado, pero... ¿era justo estar con ella solo para salvarme?

Me deshice de su cuerpo y me incorporé despacio, procurando dejarla en la cama con suavidad. Acaricié su rostro y la besé para pedirle perdón, porque pensaría en mi supervivencia antes que en ella. La verdad, nunca había temido el morir, porque nunca había visto otra alternativa. Pero Anna me mostraba un camino diferente. Uno que no tenía idea de cómo avanzar, pero en el que al menos no sentiría vergüenza de mí mismo. Y eso era suficiente para abandonar la idea de colgarme en cuanto cumpliera dieciocho. Un escalofrío recorrió mi espalda cuando recordé la cuerda que yacía escondida bajo mi cama. La había comprado hace poco más de un año, cuando noté que ya no podía vivir sin pastillas y que no podía sentir placer si no había alguien haciéndome daño. Esa tarde, volví decidido a usarla, pero me acobardé. Aunque tras conocer a Anna, me tranquilizó saber que de haberlo hecho, ella

probablemente habría estado triste, a pesar de no haberme conocido. Y claro, si hubiese muerto, jamás habría dormido a su lado.

Volví a besarla y ella sonrió, en medio de su sueño.

¿Sería capaz de verla sonreír así cada noche? Sabía que para ello debía abandonar mis adicciones, y mi mente lúcida estaba consciente de que aquello era lo mejor para Anna, pero también para mi agotado cuerpo. Pero... ¿cómo se salía de un hoyo tan profundo?

Me puse mi camiseta y mi sudadera, arreglé un poco mi cabello y me dispuse a salir de su alcoba. Garabateé una nota y la puse en su mesita de noche:

Eres hermosa, Anna. No vayas a mi casa, no te preocupes por mí. Nadie me toca luego de las entregas, así que estaré bien. Mañana almorzaremos juntos.

La observé fugazmente antes de brincar por la ventana y bajar por su balcón.

Tengo que salir de esa mierda, me repetía mientras subía hasta mi habitación. ¿Pero cómo? Estoy hasta el cuello. Me mantiene vivo y la disfruto. ¿Cómo hago para salir? No iba a entrar a uno de esos programas de rehabilitación. Yo podía alejarme si concentraba mi energía en ello. Incluso, aunque no lo dejara por completo... incluso tal vez podría consumir menos y sobrevivir... tal vez podría comprarla con dinero, no con sexo...

Bajé la escalera en silencio. No deseaba cruzarme con ninguno de ellos, por lo que cogí sigilosamente la leche del refrigerador y el único paquete de galletas que había sobre la mesa y volví a mi habitación. No había ruidos en la casa, y lo agradecí.

Avancé un poco con mis estudios y al cabo de unas horas mi estómago volvió a revolverse de hambre. Intenté mantener la calma, pues sabía que no había allí nada más para comer. Volví a pensar en Anna y en la suerte que ella tenía. Una casa con comida, segura y querida. Quizás hasta la envidié un poco, pero me concentré en imaginar que así sería mi vida si me quedaba con ella. Lamentablemente, toda sensación de calma fue convirtiéndose en angustia, y su origen estaba muy claro para mí. Intenté convencerme de que podía hacerlo, que si pasaba esa tarde podía avanzar por el camino que Anna trazaba para mí.

Pero no pude.

Estaba acostumbrado a consumir cada día, y había pasado el sábado casi completo en casa de Anna y ya era domingo por la tarde.

Tampoco esta tan mal, me consolé. Es una buena forma de comenzar a dejarlo.

Sabía que mentía.

Me dispuse a bajar hasta la habitación de Diego para conseguir un par de pastillas, pero él se adelantó a mis intenciones y abrió la puerta. Estaba bien vestido, con sus jeans negros y una camisa a cuadros. En sus manos llevaba una bandeja con comida. ¿Qué estaba ocurriendo?

Diego aclaró su voz y se acercó hasta mi escritorio.

—No has comido —murmuró, dejando la bandeja sobre la mesa.

Lo miré tratando de disimular los temblores de mis manos y el sudor frío que recorría mi cuerpo.

—No tengo hambre —contesté.

Otra vez mentía. Y Diego sabía que lo hacía. Esperé una de sus violentas respuestas y mi reacción me avergonzó tanto como a él. Diego extendió una de sus manos sobre mi cabello, y mis ojos se cerraron

instintivamente. Él no me golpeo, ni tiró de mi cabello.

—¿Me temes? —preguntó, deslizando su mano entre mi pelo con devoción. Se acercó a mí y besó mi frente. Lo miré asombrado. No podía entender lo que ocurría—. Lo siento tanto... pero se va de mis manos. No sé cómo controlarlo.

Diego bajó hasta mi oído y volvió a susurrar.

—Me gustas demasiado...

Irguió su cuerpo y se retiró. ¿Qué demonios le sucedía? ¿Acaso pretendía remediar el daño que había causado con una bandeja de comida?

Comí furioso con él y conmigo, porque necesitaba alimentarme y rechazar su gesto me era imposible. Pero mi ira no solo estaba ahí, si no en lo que sabía que seguía. Mis manos no paraban de temblar cuando golpee su puerta.

—Adelante —dijo.

Abrí, y noté de inmediato su mirada lasciva. Intentó disimularlo, pero le era imposible.

—¿Tienes...? —murmuré.

Él volvió a esquivar mi mirada.

—¿Cuántas necesitas? —habló, mientras tomaba una llave de su camisa para abrir uno de sus cajones, y yo me preparé para pagar por ellas.

—No tengo dinero —contesté.

Me senté en su cama y me quité la sudadera dispuesto a sentir su deseo sobre mi cuerpo. Diego me siguió con la mirada y se levantó hasta estar frente a mí. Con sus manos abrió mi boca y puso una pastilla bajo mi lengua. Luego me besó, mientras sus manos bajaban de inmediato por mi espalda.

—¿Dónde estuviste ayer? —preguntó, con un tono dolido y molesto—. No dormiste aquí, y tampoco estabas en tu habitación durante el día. ¿Dónde fuiste? —repitió, esta vez inclinándose sobre mí hasta tenderme sobre su cama y depositar su mano sobre mi pecho.

—Dormí en la calle —respondí con firmeza.

Diego no podía enterarse de la existencia de Anna jamás. Por más buen chico que pretendiera parecer ahora, sabía de lo que era capaz.

—¿Por qué no duermes aquí hoy? —dijo metiendo su mano bajo mi pantalón.

Lo hizo con suavidad, por lo que mi pene apenas reaccionó a su contacto. Lo observé con indiferencia, sus dedos iban y venían, levantando mis piernas para jugar con mi ano mientras intentaba provocarme una erección.

—¿Realmente no sientes nada? —murmuró.

Negué con la cabeza y su mano presionó mi miembro provocando que un gemido se escapara de mi boca. Había olvidado algo: no solo era adicto a la mierda que Diego vendía. También era adicto a su cuerpo y al placer que me entregaba mientras destruía mi vida.

—No quiero hacerte daño, Andrew... Pero todo en ti es un maldito círculo vicioso. Me excita tenerte aquí, oler tu miedo y observar el dolor en tus ojos. ¿Por qué volviste? Debiste quedarte donde sea que pasaste la noche.

Diego desabotonó mi pantalón y bajo el cierre. De inmediato comencé a pensar en Anna y él siguió apretándome con fuerza, sin despegar sus ojos de los míos. Comenzaba a doler, y yo a disfrutar.

—¡Maldición, Andy! —gritó, furioso—. ¡¿Qué demonios te pasa?! ¡Te estoy haciendo daño! ¡Haz que me detenga, maldición!

Pero la euforia ya crecía dentro de mi cuerpo. Diego acercó su rostro

al mío. Y yo sentí mi erección.

—No quiero Andy, no quiero... —murmuró. Pero podía ver que solo estaba conteniéndose mientras uno de sus dedos invadía mi entrada—. No quiero hacerlo más, no quiero más dolor. Quiero amarte como lo hacía antes, no esto. Detenme por favor.

—Ya arruinaste mi vida. ¿Qué más te da el dolor? Me agrada. No te detendré, pero hazlo rápido, porque mañana debo ir a la escuela —concluí.

Fue mi desinterés el que enloqueció a Diego, que me volteó y sin pensarlo se introdujo en mí, con una sola y profunda embestida que provocó que ahogara un grito de dolor con una almohada. Mi espalda se curvo por el enfermizo placer de tenerlo dentro, remeciendo mis entrañas y reactivando las heridas que el viernes había dejado en mi cuerpo. Me gustaba. Pero de pronto, se detuvo, y salió de la alcoba sin decirme nada. Solo sentí un golpe en la pared y sus maldiciones una y otra vez. Me vestí y volví a mi habitación.

No entendía lo que pasaba con Diego, y tampoco me importaba.

Me recosté y escuché sus pasos. Abrió la puerta y fue directo hasta donde estaba. Sin decir palabra alguna comenzó a besarme mientras me quitaba la ropa. Yo no opuse resistencia. Rápidamente levantó mis piernas para acariciar mi sexo con suavidad. Uno de sus dedos se deslizo hacia atrás, introduciéndolo lentamente. Me dolía muchísimo, y Diego lo sabía. Pero no se detuvo. Fue un dedo, luego dos, tres... hasta que abrió su pantalón.

—No voy a hacerte daño, solo déjame sentir que eres mío —dijo mientras introducía su miembro.

Continuó besándome, lo sentí entrar despacio, moviéndose suavemente al compás de su respiración. El vaivén de su cuerpo me entregó el dolor que tanto deseaba, aunque no tardó en correrse para luego tenderse a mi lado.

—Nadie más volverá a tocarte —dijo—. Ahora estas seguro aquí.

Solo seremos tú y yo. Cuando necesites pastillas, solo dilo, no pediré nada a cambio de ellas. Lo único que deseo, es que no vuelvas a desaparecer. Eres mío, recuérdalo, porque si vuelves a huir, me encargaré de hacer tu vida aún más miserable.

Se levantó de ahí y se fue. Miré mi cuerpo desnudo, intenté terminar el trabajo que él había comenzado, pero el dolor se había ido. Pero necesitaba acabar. Necesitaba sacar el deseo que Anna y el cuerpo de Diego me provocaban. Necesitaba sentir más dolor para sentir placer.

—No soy de nadie, porque no soy un objeto —repetí, antes de tomar una navaja y cortar uno de mis brazos.

En ese minuto comprendí que ya no lo necesitaba. El dolor no tardó en hacer que mi erección volviera a crecer y la sangre que brotaba de mi herida hizo que me corriera más rápido de lo normal.

Sentí una retorcida satisfacción al verme. Ahora era capaz de dañarme a mí mismo.

Estaba enfermo.

13

Tomé su nota y la guardé entre mis libros. Repasé mi brillo labial y comprobé que mi cabello estuviera perfecto antes de salir y enfrentarme a él. Estaba ansiosa por ver a Andy, y preocupada. ¿Sería cierto que nadie lo toca tras las entregas? Me sonaba bastante lógico, sobre todo luego de ver las condiciones en que quedaba su cuerpo tras esos días, pero la verdad es que dudaba que esas personas sintieran un mínimo de interés en cuidarle. Pero bueno, para eso estaba yo. Y a Andy parecía agradarle que estuviera pendiente de él.

Diablos... es tan lindo.

Andy ya estaba en el salón cuando entré, y por fortuna su mirada se encontraba perdida en la ventana, porque el primero en acercarse a mí fue Dominic. Rayos. Lo había olvidado. Acabábamos de tener una cita exitosa y debía pretender que eso no había ocurrido.

—¿Pasa algo? —preguntó luego de que esquivara su beso en mi mejilla.

Sonreí pidiéndole perdón y lo llevé fuera del salón. Qué difícil fue explicarle que la realidad era que estaba irracionalmente enamorada de Andrew, aquel que toda la clase ignoraba, aunque todas las chicas lo desearan. Estoy segura de que me odia con todo su corazón, pero aun así, me sonrió.

—Él no es para ti —dijo.

Y volvió a la clase.

Entré en silencio, Andy aún observaba la ventana, pero se volteó alegre al escuchar mi saludo. Sus ojos sonrieron con él al mirarme y sentí como la flecha que llevaba en mi corazón me atravesaba por completo. Por un instante entendí que esos malditos usufructuaran de su cuerpo, pero deseché rápidamente ese pensamiento de mi cabeza. Sí, era sexy, pero no podía justificar con eso el tormento al que él estaba acostumbrado.

Le sonreí y me senté junto a él. Por fortuna los minutos avanzaron con rapidez y, casi sin notarlo, estábamos caminando juntos hasta el casino de la escuela. Se sentó a mi lado, puso una de sus manos sobre mi pierna y se giró para observarme con sus intensos ojos azules. Su cabello estaba un poco más largo, y su piel blanca y pálida contrastaba con la oscura ropa que llevaba. Sentí muchos ojos sobre nosotros y uno que otro comentario, pero no les presté atención. Sabía que él era el centro de las miradas en donde estuviera, pero allí, él estaba concentrado solo en mí. Me relajé, y sentí su mano acariciar uno de mis brazos. Pensé que me derretiría en ese instante, pero me contuve.

—¿Cómo estás? —dije tomando su mano y envolviéndola entre las mías.

Él se acercó hasta apoyar su cabeza en mi hombro. Pude ver a una de las chicas populares del curso hacer una mueca de asco y luego fulminarme con la mirada. ¿Pensaban que me importaría? Solo tenía cabeza para pensar en Andy y la ternura que estaba demostrando en ese momento.

—Estoy bien, ¿y tú? —contestó, hablando con su cabeza escondida en mi cuello, casi en un murmullo.

Su respiración tibia y relajada era exquisita.

—Bien...—susurré con la respiración entrecortada.

Dios, no podía controlarme. Andy soltó una risilla traviesa y se alejó.

Sabía que estaba ruborizada a más no poder, y estoy segura de que fue eso lo que hizo reír a Andy, que acarició mi mejilla con suavidad. Aclaré mi garganta y busque cambiar de tema.

—¿No te hicieron nada?

Él se volvió serio y bajó la vista al suelo. ¿Había estropeado el momento? Lo lamenté muchísimo, pero necesitaba saber si estaba sano y salvo. Él se apartó de mi lado y sonrió con pesar.

—Nada. Y ya no debes preocuparte. Diego notó que no estuve el sábado y está preocupado porque pueda huir. Él prometió que nadie me volvería a tocar.

¿Qué? ¿Así de fácil se había acabado todo? Maldición, por qué no había llegado antes. Le habría evitado tanto daño. Sonreí complacida y lo abracé con fuerza delante de toda la escuela. Nuestro primer obstáculo parecía estar superado.

Ahora debía concentrarme en que él confiara en mí y luego en que, juntos, superáramos las adicciones que tanto lo abrumaban. El tema de las drogas podía solucionarse con alguna terapia, aunque no tenía conocimiento sobre eso, no supuse que fuera tan difícil como lidiar con su adicción al dolor y el sexo. Bien, sexo podía darle, y me encantaría hacerlo. Pero era incapaz de provocarle algún tipo de daño. Eso me parecía más un trauma que algo con lo que él pudiera disfrutar. Tal vez solo tenía que enseñarle nuevas formas de amar y dar placer. Me sonrojé al pensar en eso, y estoy segura de que él lo notó, porque me besó la frente con ternura como si deseara que me tranquilizara. ¿Cómo lo haría? Estaba pensando en tener sexo con el hombre más sexy del mundo, que por cierto tenía ya una vasta experiencia en el tema, mientras que yo me mantenía pura y virgen.

Suspiré profundamente, y Andy me acercó a su pecho para abrazarme.

Dominic nos observaba desde una esquina y yo sentía que mis pies ya no estaban en tierra firme.

Andy estuvo a mi lado todo el día, y los siguientes también. Era mi sueño, y se sentía de maravilla. Él parecía atento a todo lo que pasara a mí alrededor, y vivía entregándome tiernos besos cada vez que se le antojaba. Me aseguró que nadie había vuelto a acercarse a él, y la verdad, es que se notaba mucho más tranquilo.

Una noche, al salir de la ducha, lo encontré sentado sobre mi cama observando uno de mis álbumes familiares. Me sobresalté y Andy me notó de inmediato.

—Espero que ya no te veas así —bromeó, indicando una de las fotos en que aparecía desnuda a mis tres años.

Se levantó hasta estar frente a mí y pasó sus manos por mi cabello húmedo para luego aferrarse a la toalla que cubría mi cuerpo.

—¿Puedo? —murmuró, pidiéndome permiso para quitármela.

Yo no respondí.

—Vamos, tú ya me has visto desnudo a mí —agregó.

Levanté mis ojos y él me observó por un minuto entero. Luego me besó y volvió a la cama.

—Ven aquí —dijo.

Y yo agradecí que mis padres no estuvieran en casa.

Me senté entre sus piernas, dándole la espalda y él me rodeó con sus brazos para luego besar mi cuello. Estaba temblando y eso no iba a ayudarme a calmarme.

—Andy... —susurré.

Sus besos continuaron y mi corazón comenzó a traicionarme mientras repetía su nombre.

—Tranquila... no haré nada más que esto —contestó.

Madre mía, ese muchacho me encantaba. Disfruté sus besos mientras todo en mí se volvía ansiedad. Me voltee y pude verlo sonreír satisfecho. Me levanté para ponerme sobre una de sus piernas y bajé la cremallera de su sudadera. Antes de quitársela, él me detuvo.

—¿Lo has hecho antes? —preguntó.

Negué con la cabeza y él me tomó en sus brazos para dejarme sobre la cama. Descubrió mi cuerpo y lo recorrió con sus dedos. Luego tomó mi mano y la puso sobre mis pechos, para hacerla bajar despacio hasta mi vagina. Un gemido se escapó de mi boca y él me besó, sonriente.

—No debo ser yo el primero Anna. Debes ser tu misma.

¿Qué significaba eso? Vamos, sí, me había tocado alguna vez, pero no iba a masturbarme delante de él. Y aunque estoy segura de que no lo dije en voz alta, él comenzó a reír.

—No estaré aquí, no te preocupes. Venía a decirte que ayer fue noche de entregas, y nadie me ha tocado. Pensé que te gustaría saberlo —dijo.

Me incorporé rápidamente. ¿Un mes? ¿Ya había pasado un mes desde que él vino a mi casa? Dios, ahora entiendo lo que es vivir en el paraíso. Había perdido la noción del tiempo y olvidado por completo aquello de lo que deseaba rescatar a Andy.

—¿Cómo estás? —pregunté de inmediato.

El recorrió mi cuerpo con sus ojos y pasó sus dedos por mi espalda.

—¿Ahora? —contestó mordiendo su labio.

Yo reí y lo abracé tan fuerte como pude. Él se deshizo de mi abrazo

muy rápido y volvió a murmurarme en el oído:

—Te dejaré con tu cita. Espero que te disfrutes. No sé si sirva de algo, pero voy a mi casa a masturbarme pensando en ti.

Me quedé helada y roja viendo como volvía a cerrar su sudadera y se alistaba para salir por la ventana.

—Hazlo aquí —dije sin pensarlo.

Él sonrió, travieso y sexy.

—Aún no puedo —respondió.

Y salió corriendo de ahí.

Una ráfaga de aire abrió mi cortina, por donde pude verlo trepar hasta su habitación. Me tumbé sobre la cama y recorrí cada parte de mi cuerpo. Estaba sola, por lo que me permití gemir cuanto quisiera, imaginando que eran sus manos las que jugueteaban con mi entrepierna.

—Andy... —murmuré antes de que la imagen de su cuerpo sobre el mío desapareciera dejándome un grandioso orgasmo de regalo—. Ya no fuiste el primero...

14

Solo cuando estuve dentro de mi habitación fui capaz de volver a respirar con normalidad. Anna era maravillosa y su cuerpo... Maldición, era perfecta. No podía quitármela de la mente. Mis manos aun parecían estar acariciándola e imaginarla tocándose me volvía loco.

Me quité rápidamente mi sudadera y desabotoné mi pantalón. ¿Realmente podía hacerlo? Apoye mi espalda contra el respaldo de la cama y metí mi mano bajo el bóxer para comenzar a masturbarme antes de que el recuerdo de su piel se esfumara. Hasta ese momento había logrado tener erecciones solo si me provocaba dolor; si eso no fuera así, la verdad es que me habría masturbado encantado frente a ella. Pero no sabía si iba a ser capaz, y no iba a arriesgarme a una vergüenza con Anna.

Comencé a rodear mi pene con las manos y sorprendidamente, la erección funcionó. Llevaba tanto tiempo sin sentir algo así, que el placer parecía multiplicado al mil por ciento. No tardé en comenzar a gemir, olvidando por completo a Diego y la necesidad de destrucción que su cuerpo me inspiraba. Quité mi camiseta con rapidez para pasar con libertad una mano por mi torso desnudo; mis brazos estaban cubiertos por cicatrices que aún dolían, lo que aumentaba aún más el enorme placer que sentía y evitando que mi erección se aflojara. Seguí deslizando mi mano a través de mi pene, presionando levemente y dejándome sorprender por el rápido orgasmo que había conseguido.

La verdad es que no había imaginado que acabaría tan rápido, pensé,

embobado mientras observaba mi mano sucia.

—No me esperaste —murmuró Diego, de pie junto a la puerta.

¿En qué momento había entrado a mi alcoba? Noté como me miraba, embelesado, para luego mojar sus labios con la lengua y acercarse a mí con sus ojos brillando por el deseo. Aún tenía mi respiración agitada cuando estiró su brazo para darme mis pastillas.

—Escuché tus gemidos y vine corriendo, pues supuse que algo malo te había pasado, pero veo que me equivoqué. Tu dosis —agregó. Tomó mi mano, cubierta por el espeso líquido y metió mis dedos a su boca—. Eres delicioso, Andrew —murmuró, mientras recorría mis dedos con su lengua.

Suspiró profundamente hasta subir por mis brazos y observar mis cicatrices con atención. Él ya lo sabía. Lo sabía porque me había visitado cada noche desde el momento en que prometió que nadie más me tocaría, a excepción de él.

Le había mentado a Anna.

Finalmente, la única solución a la irresistible necesidad de sexo que tenía había sido él. Pero eso estaba por acabar. Había comprobado, por fin, que Anna podía causarme el mismo goce. Esa sensación placentera y dolorosa al sentir que Diego prácticamente me partía en dos, o el olor de mi propia sangre al brotar de mis entrañas, o incluso cada vez que me dañaba al penetrarme con violencia, todo eso, era reemplazado con la suavidad de la piel de Anna y el simple recuerdo de su cuerpo desnudo. Si todo con ella era así de esplendoroso, no había duda de que el minuto en que me uniera a Anna, en que de una vez por todas entrara en ella para hacerla mía, o para hacerme suyo, mi vida cambiaría por completo.

Sonreí pensando en ella, y Diego besó mis cicatrices, luego mi pecho y mi ombligo para bajar hasta comenzar a jugar con los bellos de mi sexo,

masajeando mi miembro suavemente con sus dedos. Me tomó con su boca, sentí como su respiración se agitaba, hasta que volvió cerca de mi cuello. Se incorporó, abrió mi mesita de noche y tomó una de las navajas.

—Ven aquí —murmuró, mientras llevaba mi propia mano hasta mi sexo, para comenzar a frotarlo con fuerza.

Cuando comencé a hacerme cargo de mi erección por mí mismo, se sentó atrás de mí y me rodeó con sus piernas. Comenzó a besarme tiernamente en mi nuca, y luego cortó despacio mi brazo izquierdo. Un gemido de dolor se escapó de mis labios y él volvió a cortar. Mi pecho subía y bajaba, en una búsqueda frenética de oxígeno para continuar con aquello que tanto placer me estaba dando. Volví a gemir, casi a punto de acabar, pero Diego no había terminado conmigo. Lanzó la navaja y bajó mi pantalón para meter sus dedos en mi entrada y hacerme temblar.

Estaba hipnotizado. Mi mente solo pensaba en ella, en cómo había utilizado su propia mano para acariciarla, en sus muslos gruesos y su cintura pequeña; pero el resto de mis sentidos estaban perdidos en la sangre que salía de los cortes en mis brazos, en el dolor que ellos mismos me provocaban, en los dedos de Diego y...

—Anna... —murmuré.

Y todo quedó en silencio.

Diego sacó sus dedos de mi cuerpo al instante.

—¿Qué dijiste? —preguntó, confundido. Yo me limité a guardar silencio—. Repítelo —ordenó él.

Pero eso no iba a ocurrir. Diego comenzó a enfurecerse, pero contuvo su ira. Tiró con fuerza de mi cabello y me tumbó sobre la cama, penetrándome con violencia. Ahugué un grito en la almohada y continué sintiendo sus fuertes embestidas. Esa noche, Diego me tomó cuantas veces pudo, pero no me

importó. No podía dejar que me importara. No podía permitir que su rudeza nublara mi conciencia, o retrocedería al punto en que nada tenía sentido. Hoy, después de tanto tiempo, había visto la salida a todo, y él no me la arrebataría de mis manos. Ya había hecho suficiente daño y no le daría la satisfacción de volver a hundirme.

Diego se corrió dentro de mí, en mi espalda, en mi pecho, en mi cara, en mi boca... estaba asqueroso, sucio... sucio. No sé bien como lo hice, pero tomé una ducha y fui a la escuela. Diego y Damián aun dormían, por lo que fui caminando, tratando de sopesar el dolor mi cuerpo con la necesidad de ver a Anna.

Con paso lento avancé hasta el salón. Dominic estaba ahí, tan perfecto como siempre. No sé qué cara tenía, pero los pocos alumnos que estaban en el aula se voltearon a mirar. Lo siguiente fue un brazo firme que me llevaba hasta afuera. Dominic me arrastraba y mis pasos lo seguían con torpeza. Entramos al baño en donde tomó mi camisa por el cuello con ambas manos en un gesto intimidante. Sonreí. Dominic no me daba miedo, en lo absoluto.

—Aléjate de Anna —ordenó. Y esta vez la risa se volvió sonora—. Eres un asqueroso adicto. Aléjate de ella de una vez por todas. No pienses en arrastrarla contigo.

No me defendí, no pensaba gastar palabras con él y me solté de su agarre. Dominic volvió a tomarme por el brazo, justo en donde Diego había cortado, provocándome una evidente mueca de dolor. Dominic entrecerró sus ojos con duda y con rapidez levantó la manga de mi sweater, dejando la herida aun ardiendo al descubierto, rodeada por muchas cicatrices. Me observó confundido y soltó mi brazo con furia antes de salir. Me volteé y vi mi reflejo en el espejo. Estaba ojeroso, esquelético, y uno de mis pómulos lucía la evidencia de un golpe, seguramente provocado durante el sexo con Diego.

Sentí lástima. ¿Qué veía Anna en mí?

Negué con la cabeza, tratando de quitar todo pensamiento oscuro de mi mente, pero mis propios ojos en el espejo me asustaban.

Realmente era un asqueroso adicto.

Respiré profundo, la salida a todo lo malo que sucedía a mi alrededor estaba muy cerca, solo tenía que resistir un poco más.

Respiré...

Respiré...

Y hui.

15

Andy no fue a clases esa mañana, y no había imaginado hasta ese día lo solitario que se sentía no estar a su lado. ¿Qué podía haber sucedido? La noche anterior había estado en mi habitación y se veía relajado y alegre. Tal vez demasiado bien para ser real y la sola posibilidad de que alguien lo hubiese tocado o de que lo hubiesen atrapado escapando hacia mi ventana me tenía aterrada. Y evidentemente, Dominic no tardó en notarlo.

—¿Comerás sola? —me preguntó, una vez que llegó la hora del descanso y se pegó a mí por todo el recreo hasta que se decidió a hablar—. ¿Estás preocupada por él? Es el *Monstruo* Anna, no entres a su juego.

—Jamás vuelvas a llamarlo así —protesté.

Pero Dominic estaba empeñado en convencerme.

—Es lo que es, Anna. Él no me inspira confianza y dudo que estés segura a su lado. Hoy apenas podía mantenerse de pie...

—¿Hoy? ¿Él vino hoy a la escuela? —interrumpí, al mismo tiempo que me levantaba para correr en su búsqueda. Pero el brazo fuerte de Dominic me detuvo.

—No dejaré que vayas tras él ¡Es peligroso, Anna! ¡Vi sus cicatrices!

—¿Qué cicatrices?

—Anna... por Dios, escúchame... él está hasta el fondo, ya no puede salir de donde está, no lo hará. Las drogas lo consumieron por completo y no es tu responsabilidad.

¿De qué hablaba Dominic? Había estado con Andy y él estaba bien... ¿en qué condiciones había llegado hoy a la escuela y por qué había decidido huir? Mis ojos se nublaron y caí rendida en la silla, pero Dominic no me quitaba los ojos de encima, y yo necesitaba salir de ahí.

No sabía qué hacer.

Dom me acompañó hasta el baño, esperando en la puerta, pero sin pensarlo trepé por la ventana y escapé. Me daba igual abandonar mis pertenencias en la escuela. Sólo podía pensar en Andy.

En las afueras de su hogar, no había rastro del auto de sus primos, por lo que estuve con rapidez en su ventana, que se encontraba abierta y esperando a mi llegada. Andrew estaba recostado sobre su cama, con la vista perdida en el techo de su habitación.

—¿Qué haces aquí? —murmuró una vez que estuve a su lado.

Estaba pálido y con uno de sus pómulos de un tono violáceo. Lo acaricié despacio, y él se incorporó. Lo besé, pero Andy no me respondió. Algo le había pasado, era obvio, y el solo imaginarlo me hizo enloquecer. Tenía que comprobar si estaba bien, por lo que quité con rudeza su camiseta, algo innecesario, pues él no ofreció ningún tipo de resistencia, y al tener su torso completamente desnudo, me encontré con lo que Dominic decía. Sus brazos y parte de su torso, estaban cubiertos por cicatrices y algunas heridas que parecían ser recientes. Lo odié, por no decírmelo y permitir algo así, y dejé salir todo lo que sentía, golpeándolo en el pecho llena de rabia.

Andy recibió mis golpes uno a uno, hasta que me cansé. Caí rendida por el llanto entre sus piernas, y me quedé ahí, perdiendo la noción del tiempo. Aún sin obtener reacción alguna de su parte. Lo estaba perdiendo. Andy había perdido la batalla y se estaba rindiendo.

Y yo, ya no podía hacer nada.

—¿Qué pasó? ¿Fueron ellos? Contéstame...

Pero todo era en vano. Me abracé a su cuerpo, obligando a que se recostara para tenderme sobre él... intenté besarle, en su boca, en su pecho, en sus brazos, en cada una de las cicatrices... pero él me ignoraba por completo.

—Te amo —murmuré, dejándome caer a su lado, con el rostro invadido por las lágrimas.

Andy llevó sus manos al rostro y volvió a quedar inmóvil junto a mí, hasta que la noche empezó a caer.

—Debes irte... ellos estarán aquí en cualquier momento —dijo, al tiempo que se apartaba de mis brazos. Lo rodee por la espalda con mis manos, dejando caer mi boca sobre sus hombros—. Anna... si ellos te ven aquí será peor para ti.

—No me importa lo que me hagan, no me moveré de aquí sin ti —sentencié.

Pero fue muy tarde. El motor del auto sonó fuera de su hogar y Andy me levantó con fuerza de su cama para ponerme junto a la ventana mientras cubría mi boca. Jamás lo había visto así. Yo... sentí miedo de él.

—No tienes idea de lo que dices Anna... pero, ¿sabes algo?, si insistes en amarme, vete de aquí, y evita que ellos te vean, por qué a ti te harán daño, pero a mí van a matarme. ¿no quieres eso, cierto?

En el momento en que oímos abrirse la puerta principal, Andy me sacó al balcón furioso, me ordenó que me fuera, insistiendo en que sería él quien pagara las consecuencias de mi presencia. Afuera llovía y yo había dejado todo en la escuela. Tenía frío, miedo y mi ropa comenzaba a humedecerse. Andy me observó esta vez con ternura, entró a su alcoba y volvió al balcón con su sudadera negra para cubrirme con ella. Luego tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

—Vuelve a casa. Hazlo por mí. Confía en lo que digo y todo terminará pronto.

Él cerró la cortina, volvió a su alcoba y se recostó una vez más. Yo me quedé pasmada. No quería, pero tenía que regresar a casa. Independiente de lo que ocurriera, tenía que salir de ahí y dejarlo solo, en manos de ese par de enfermos. Como su novia y amiga, era un completo fracaso.

Mis pies seguían sin moverse y mis lágrimas no paraban. Diego entró en su pieza y fue directo hasta él. Lo vi manosearlo, besarlo y comenzar a quitarle su ropa. Andy estaba ajeno al mundo.

No podía...

No podía permitirlo...

—No lo toques —dije.

Pero mi voz se perdió entre el ruido de la lluvia. Abrí la ventana de un solo golpe y dos pares de ojos se posaron sobre mí.

—¡No lo toques! —grité.

De pronto el miedo me había abandonado. Diego se incorporó y me observó con ojos maliciosos y una risa tétrica.

—¿Anna? —preguntó.

Pero no alcancé a responder.

—No te atrevas —amenazó Andy.

Diego soltó una carcajada mientras me tomaba con firmeza de uno de mis brazos para acercarme hasta la cama.

—Andrew, ¿no ibas a presentarnos a tu amiga? —Puso uno de sus brazos sobre mis hombros y sonrió.

Él ya había decidido qué hacer con nosotros.

—No te atrevas —repitió Andy.

—¡Damián! —gritó Diego, y me arrojó con violencia sobre los brazos de Andy, que me tomó con rapidez y me besó en la cabeza.

Antes de que pudiéramos reaccionar, Damián estaba entrando en la habitación y su rostro cambiaba por completo.

—¿Te quedas con la chica?

Andy se levantó furioso y se ubicó delante de mí. El miedo me invadió otra vez, y estoy segura de que a él también, pues la mano que depositó sobre mis brazos no dejaba de temblar.

—No vas a tocarla, ninguno de ustedes va a tocarla —amenazó.

Y los hermanos comenzaron reír. Damián le murmuró al oído a Diego, que comenzó a acercarse a nosotros para hablar.

—¿Qué sugieres entonces? —preguntó.

Pasó su mano por su rostro y noté lo desquiciada que era su mirada.

—Estoy yo —contestó Andy, dando un paso al frente.

—Genial. Eso queríamos escuchar —contestó Damián—. Vamos a tomar a tu chica, pero no te preocupes, no le haremos nada.

—Será ella quien te lo haga a ti —sentenció Diego. Tomó a Andy con fuerza y lo lanzó sobre la cama—. Vamos chica, muéstranos qué sabes hacer.

Me empujó con suavidad hasta dejarme a horcajadas sobre él, y mi cuerpo empezó a temblar. Andy me abrazó y murmuró en mi oído que les obedeciera en todo y luego me sacaría de allí.

—Hazlo niña —murmuró Diego, acercándose hasta mi oído y acariciando mi cabello—. Haz que grite un poco. Lo haces tú, o lo haré yo.

Levanté mi vista y crucé mis ojos con los de Andy. Le pedí perdón,

todo había sido por mi error, y él tomó mi mano para posarla sobre su pantalón. Me incliné sobre él y me apoyé sobre su hombro mientras acariciaba su miembro, sintiéndolo endurecerse poco a poco. Diego se sentó a mi lado y puso sus ojos fijos en Andy, y en como su respiración comenzaba a agitarse. Deslizó una pastilla dentro de su boca, Andy la tragó y luego hizo un gesto a Damián para que me sacara de ahí.

—Tranquilo, no le haremos nada —aclaró, ante el gesto furioso de Andy—. Eres muy lenta niña —bufó—. Mi turno.

Damián me ubicó a un costado de Andy, mientras Diego comenzaba a manosearlo frente a mis ojos. No tardó en desabotonar su pantalón y quitarle su camiseta para besarlo y morderlo sin que le importara el daño que provocaba en él. Luego me miró. Él iba a hacer algo realmente malo, lo supe porque Andy derramó una lágrima antes de pedirme que cerrara mis ojos.

Escuchaba los gemidos de placer de Diego, podía sentir la brutalidad con la que lo penetraba, los sollozos de dolor de Andy y la risa diabólica de Damián, hasta que ellos pusieron una pastilla en mi boca y me obligaron a tragar. Luego, sentí como Andy suplicaba que se detuvieran, y como trataba de ahogar un grito para luego perder el control. Damián me obligó a mirar. Andy ya no era él mismo. Lo habían destruido.

Lo último que escuché, fue la voz de Andy diciendo que ya no lo soportaba.

Cuando abrí mis ojos, estaba en una sala de hospital. Mi madre me gritaba que jamás volvería a poner un pie fuera de casa, Dominic tomaba mis manos y papá la consolaba diciendo que debíamos agradecer que nada me había pasado.

No volví a saber de Andy.

Él había desaparecido de la escuela y de mi vida.

16

No recordaba la última vez que una persona me había defendido de algo, y aunque me hizo realmente feliz oír la voz firme de Anna pedir que Diego me dejara en paz, debo reconocer que el pánico me invadió sin permitirme disfrutarlo. ¿Cómo iba a sentirme alegre, si sabía lo que vendría? Iban a matarme, estaba claro. Y mi mayor miedo no era que ellos acabaran conmigo, si no que le hicieran algo a ella. Pero Diego sabía muy bien como pensaba y como era de esperar, se me adelantó. Maldito sicópata.

Solo allí noté que todo fue demasiado rápido. No me había dado cuenta de ello. De todo. Todo. La forma en que me convertí en una especie de hombre incapaz de pelear por mi propia vida, luego conocer a Anna, quererla, sentirla... y entonces esto.

Ella temblaba y lloraba sin control, buscando cumplir las enfermas peticiones de Diego, que la apartó de mis brazos, furioso, y se ubicó sobre mí.

—Ella o tú —murmuró a mi oído, cómo si necesitara preguntar algo así.

Observé una vez más a Anna, probablemente sería la última ocasión de mirar sus ojos, y el horror en su rostro me hizo lamentar no haber utilizado la cuerda que guardaba bajo mi cama. Debía haber muerto mucho antes. Ahora además dejaría en ella el recuerdo de un asesinato sucio y enfermo. Porque iba a morir en manos de dos desquiciados, que antes de acabar con mi vida me destruirían el alma. Si es que algo quedaba de ella.

—No mires... —pedí a Anna cuando él comenzó a manosear mi

entrepierna.

Lo siguiente fue una humillación constante, pero ya estaba acostumbrado a eso. Sabía que sus dedos rodeándome, entrando y saliendo de mí cuerpo, o su penetración violenta y dolorosa, no era nada para lo que eran capaces de hacer. Traté de olvidar que Anna estaba a mi lado, pero sus sollozos se mezclaban con la respiración agitada y los gemidos de Diego cada vez que me embestía. Ella suplicó que se detuvieran, y Damián la cayó metiéndole una pastilla en la boca para luego cubrísela con una mano e impedir que siguiera levantando la voz.

Solo ahí comenzó realmente el juego para ellos. Metieron otra pastilla en mi boca, la tercera, y se turnaron para estar conmigo hasta que fui incapaz de levantarme. Mi cuerpo ya no respondía, sentía dolor en cada músculo, arañazos en la piel, mi cabeza parecía que iba a explotar y casi no podía centrar mi vista. Pero ni siquiera eso no los detuvo.

—Mátenme ahora... —pedí.

Y ellos comenzaron a reír. Debí haber guardado silencio. Iban a matarme de todas formas, pero en el momento en que había exteriorizado mi más profundo deseo, ellos se adueñaron de él. Me dejarían ahí, quizás por cuanto tiempo, hasta que el dolor y el abandono me consumieran.

—Nadie me dice que hacer —bramó Diego.

Y estaba en lo cierto. En ese instante, hasta el privilegio de morir me lo arrebataron. Diego me tomó del cabello y levantó mi rostro hasta dejarme frente a Anna, que abrió sus ojos con más horror del que podía imaginar y vomitó. Luego él azotó mi cabeza contra la pared, y mis ojos se cerraron.

Sentí mi cuerpo desvanecerse, entre el olor a cerveza, sangre, fluidos y lágrimas...

Se había acabado para mí.

Por fin.

No sabía cuánto tiempo había pasado, si era día o noche, si estaba muriendo o entrando en el infierno cuando una patada remeció mi cuerpo. Todo parecía igual. Mi cuerpo seguía incapaz de responder y apenas podía abrir mis ojos.

—¿Dónde la dejo? —preguntó Damián.

Intenté levantar mi cuerpo pero solo logré girar un poco sobre mí mismo. Él sostenía a Anna en brazos. Ella parecía dormir, y aunque estaba pálida, se veía tranquila.

—Ella está bien, ¿dónde la dejo? —Volví a intentar abrir mis ojos, mover mi boca, pero no sentía absolutamente nada en mi rostro—. Mierda —murmuró él, con tono nervioso.

Entonces sentí que mi cuerpo comenzaba a temblar y que no podía controlarlo.

—Dominic... —murmuré.

Antes de que las convulsiones se apoderaran por completo de mí.

Cuando volví a abrir mis ojos, Dominic me arrebató a Anna de mis brazos. Traté de centrar mi mirada en él, levanté mi cabeza y note que era de madrugada o anocheaba, estábamos en algún parque y el perfecto joven de sangre italiana me maldecía lleno de odio mientras hacía llamadas nerviosas con su celular. Con manos torpes toqué mi rostro que ardía como el infierno mismo, pero no lo reconocí. Observé mis manos temblorosas cubiertas de restos de sangre, al igual que mi ropa, miré al cielo para pedir perdón por el daño que le había hecho a Anna y mi cuerpo se desvaneció en otra convulsión.

—El chico está más estable, aún no logra despertar por completo y nadie ha venido a preguntar por él. Así es, claro. Sí, la chica está con su familia y no recuerda mucho. Ajá. Bien, pero él aún es menor de edad, faltan algunos meses para que cumpla dieciocho, y si ningún familiar aparece tendremos que entregarlo a la Oficina de Protección al Menor. Bien. Bien. Lo siento, oficial, pero esa información solo puede entregarla el médico. Bien. Adiós.

La desconocida voz se acercó hasta mí tarareando una canción. Acarició mi cabello por un instante y suspiró.

—Despierta Andy. Todos aquí quieren escuchar tu versión...

Aquella persona fue mi única conexión con el mundo por, al parecer, mucho tiempo. No sabía quién era exactamente, porque mis momentos de conciencia eran muy escasos, pero estaba seguro de que era la misma que acariciaba mi cabello en las noches, tarareando siempre las mismas antiguas melodías. Gracias a ella supe que estaba en un hospital, abandonado por todo el mundo. Y esa misma voz me susurraba constantemente que Anna estaba bien, en casa junto a sus padres y que habíamos tenido mucha suerte.

—...Anna nunca quiso creerlo, pero eras realmente un monstruo. Será mejor que no despiertes, porque allí afuera me encargaré de que te hagas responsable de todo. Por suerte ella está a salvo de ti ahora. Muérete de una buena vez...

Por fin oía una voz conocida, y aunque escuché como se lo llevaban de ahí regañándolo por entrar sin autorización a hablarme de esa manera, pude sentir como la calma se apoderaba de mí. Anna estaba segura, por fin. Dominic me lo acababa de asegurar, deseándome la muerte sin ningún pudor. Y eso era lo único que me mantenía vivo.

—¡Código rojo! —gritó alguien a mi oído mientras tomaba mi cuerpo con sus manos.

El ruido de la alarma comenzó a desvanecerse. Otra convulsión sobrevino a la anterior, y caí en un pozo oscuro y silencioso.

Por fin...

17

Me costó unos minutos comprender la situación, pero cuando lo hice, sólo su nombre salió de mis labios. ¿Dónde estaba él? ¿Qué había pasado con nosotros? ¿Cómo habíamos llegado a ese hospital y en qué condiciones? Algunas imágenes bombardearon mi cabeza y las lágrimas brotaron a mares desde mis ojos somnolientos. Mamá se acercó hasta mí, pero no iba a consolarme como esperé. Ella me giró el rostro con una sola bofetada y papá la sacó de la habitación. Dominic se acercó hasta estar lo suficientemente cerca para abrazarme y continué llorando hasta que caí en un profundo sueño en donde lo único que veía era a Andy suplicando porque esa tortura terminara.

Horas más tardé escuché el murmullo de mi padre, y cómo se acercaba hasta mi cama para acariciarme. Sollozó un poco, y luego se alejó. Fue ahí cuando logré abrir mis ojos.

—¿Cómo estás? —dijo la voz amable de Dominic.

Pasó su mano por mi cabello y se sentó a mi lado con rostro preocupado. Mi voz aún temblaba, pero debía averiguar los detalles de lo que había sucedido.

—¿Dónde está Andy? ¿Cómo está?

—No lo sé, Anna —contestó.

No estaba segura de la honestidad de Dom respecto de Andy, pero no iba a quedarme de brazos cruzados esperando a saber de él. Sin pensarlo demasiado me levanté de la cama dispuesta a correr de ahí.

—¿Qué haces? No puedes salir aún de aquí —bramó Dom tomándome con fuerza de uno de mis brazos.

Bajé la mirada hasta el agarre de sus manos, mirándolo extrañada por su impertinencia. ¿Qué nivel de confianza creía tener conmigo?

—No te pases, Dom —sentencié—. Si no sé nada de Andy, iré a su casa.

—No irás —reclamó él.

—¿Qué demonios te pasa? —agregué un poco incrédula.

Dom me soltó y cambió su tono de voz a uno más suave antes de continuar.

—Anna, desapareciste un día entero... nosotros te buscamos por todas partes. Estaba desesperad, y tus padres... no eres capaz de imaginar la angustia que sentían. Sabía que estabas con él, y tan solo imaginar lo que podía ocurrirte entrando a su mundo me aterraba. Cerca de las seis de la mañana me enviaste un mensaje con tu ubicación, y te aseguro que ni siquiera lo recuerdas. Y realmente espero que tampoco recuerdes la condición en la que estabas.

Lo observé confundida e intenté repasar los detalles de la última noche, pero mis recuerdos se detenían en el momento en que Damián me había puesto una pastilla en la boca. Me senté en la cama una vez más y entonces lo vi: El rostro cansado de Andy, un delgado hilo de sangre que caía de la comisura de sus labios y su rostro cubierto por la esencia de Diego. Mientras vomitaba, sentí un fuerte golpe y luego un tétrico silencio. Comencé a temblar al recordar el sonido sordo de la cabeza de Andy contra la pared, y entonces temí lo peor. Despacio comencé a desvanecerme, y tres enfermeras me rodearon en el acto.

Dos días después volví a casa, consumida por completo por la tristeza

e incapaz de mirar nuevamente hacia la ventana de enfrente y de hablar. El silencio me acompañó por los siguientes días, y mi existencia se limitó a la innata necesidad de respirar. Andy ya no estaba a mi lado, y aunque debía intentar consolarme el hecho de que en donde estuviera nadie más lo tocaría, me era imposible. Sentía que al menos la mitad de mi vida se había ido con él, dejándome solo la culpa de mi inepta actitud. No había podido hacer nada por él, además de amarlo. Pero por si fuera poco, estaba consciente de que había sido yo la responsable de ese horrible final al decidir ignorar sus advertencias. Había empujado al hombre que amaba a un abismo. Era mi culpa, y de nadie más.

Sé que llevaba días en la cama cuando el sicólogo del hospital me visitó. Tras hablar con él, intuí que había alertado a mis padres de mi situación, porque Dominic y ellos se turnaron para estar a mi lado en todo momento. Nadie volvió a hablar del tema, y lo agradecí. De todas formas, ya no había nada que hacer. Entonces decidí abandonarme, con la intención de remediar en algo el daño que le había causado a Andy y un día, mi cuerpo solo rechazó la vida. Ya no podía comer, no tenía fuerza suficiente, y aunque la tuviera, no lo deseaba.

Fue ahí que mi padre se armó de valor y se acercó a mi cama para hablarme.

—Hija... necesito que hables conmigo. Si no me dices que pasó, no podré ayudarte. Tu madre quiere que vuelvas al hospital, y si esto no mejora, tendré que apoyarla en eso.

Me incorporé hasta estar a su altura, dispuesta a hablar, pero volví a oír el sonido que se había llevado a Andy de mi vida. *Andy ha muerto, Andy ha muerto, Andy ha muerto*, repetía mi cabeza.

—Fue mi culpa, fue mi culpa —sollocé.

Los brazos firmes de mi padre me abrazaron y él se rebeló contra todo.

—Se acabó —dijo, poniéndose de pie—. Vístete rápido. Vamos donde tu amigo.

Mis ojos se abrieron ante el eco de sus palabras. ¿Realmente había enloquecido?

—¿De qué hablas? —susurré.

Papá sonrió de la misma forma en que lo hacía tras revisar que mi habitación estuviera libre de monstruos cuando solo tenía cinco años. Besó mi frente y puso la ropa sobre mi cama.

—Andrew está en el hospital aún. No ha despertado hace casi cuatro semanas... Iremos a verlo, ¡pero ninguna palabra de esto a tu madre o a Dom!

Terminó de hablar y sentí cómo el alma volvía a mi cuerpo. Él estaba bajo mi mismo cielo, y la muerte no iba a arrebatármelo.

Me vestí tan rápido como pude, mi padre me obligó a beber un poco de leche antes de salir y nos subimos al auto. Antes de bajar, frente al hospital en que yo misma había estado, decidí que era tiempo de hablar. Al menos para agradecerle a mi padre el arriesgarse por mí.

—Ellos abusaron de él...

Se volteó horrorizado y comenzó a preguntarme una y otra vez si yo estaba bien, si algo me había sucedido o si me habían tocado. Negué con la cabeza y sentí su profundo suspiro.

—Intenté ayudarlo, pero solo agravé la situación... Ellos lo hicieron delante de mí... pensé que ambos íbamos a morir...

Él me abrazó y prometió que nada más pasaría. Me pidió que me detuviera, y que continuara el relato solo cuando me sintiera capaz de hacerlo. Bajamos del auto y avanzamos hasta el mismo pasillo en dónde tres semanas

atrás había estado hospitalizada. Habíamos estado tan cerca el uno del otro y nadie me lo había dicho. Que estúpida me sentía.

—Es la habitación 412 —dijo él, caminando a mi lado.

Estábamos tan solo a seis habitaciones, cuando una alarma sonó y enfermeras y doctores corrieron a través de nosotros. Los seguimos hasta verlos entrar en la habitación de Andy. Mi corazón se detuvo cuando uno de los paramédicos me apartó de la puerta para cerrarla.

Él estaba ahí, con sus ojos abiertos fijos en el techo, como si nada malo hubiese pasado jamás. Hermoso, pálido y delgado. Una enfermera se encontraba sobre él mientras el doctor le pedía que bajara para poder reanimarlo con los instrumentos.

Estoy segura de que mi padre se arrepintió de haberme llevado hasta él.

Grité su nombre, y me desvanecí.

18

Cuando abrí mis ojos, descansaba en uno de los sillones del hospital con mi cabeza apoyada en las piernas de papá. Tardé solo unos segundos en aclarar mi mente y recordar la imagen de Andy en esa camilla, sintiendo volver en mi pecho la angustia. Me incorporé con rapidez, y papá se apresuró a intentar que me calmara.

—Andrew está bien, cariño, está bien —oí por fin, y me abracé a él tan fuerte como pude.

Nunca había sido muy abierta con mis padres, porque en realidad había vivido como una niña mimada. No conocía lo dura que podía ser la vida hasta que conocí a Andy, y recién con el correr de nuestra *amistad* logré despojarme de mi niñez. En ese minuto, en aquella sala de espera, tenía que abandonar todo rastro de inmadurez, porque tenía que apoyarlo. Debía ser fuerte para enmendar mis errores y acompañar a Andy en el camino que tendría que recorrer para superar todo lo que había pasado.

Mis lágrimas se detuvieron y avancé por el pasillo en busca de sus manos, y antes de entrar a la habitación 412 pude ver en los ojos de mi padre la tristeza de perder a su pequeña hija, debido a la necesidad imperiosa de madurar, saltándose tal vez preciadas experiencias, pero seguro de que al menos, el amor lo había conocido.

Mi pecho se apretó cuando la luminosidad de la habitación cegó mis ojos, y el microsegundo en que pestañee para fijar mi vista sobre la camilla pareció eterno. No pude ver su rostro, pues una mujer de bata blanca se

interponía entre los dos. Parecía bastante mayor, de unos cincuenta años o más, con rostro bondadoso y mejillas coloradas, cabello perlado y grandes anteojos. Ella sonrió con amabilidad al verme, y noté como quitaba una mano del rostro de Andy para hablarme.

—Tu padre es una persona increíble, Anna. Te felicito —dijo, y yo sonreí. Sabía que lo era—. Me alegra mucho que estés aquí. Necesitamos esclarecer lo ocurrido con Andrew, y tus padres no nos han autorizado a hablarte de ello. Aún eres menor de edad y eres libre de hacerlo cuando estés lista, pero él también es menor, y nadie lo está protegiendo como hacen contigo.

Ella habló con una enorme bondad en su voz, pero todo ello sonaba a recriminación. Pero estaba de acuerdo. Para Andy todo era injusto... yo tenía una familia detrás, y él no tenía a nadie.

—¿Puedo verlo antes? —pregunté. Ella me observó recelosa, y comencé a inquietarme—. Soy su novia —agregué. Pero no provoqué cambio alguno en su rostro—. Sé lo que piensa, pero nadie me dijo que él estaba aquí. Estaba muriendo en casa, pensando que lo había perdido para siempre... le ruego que no me aparte de él.

Supongo que mi voz sonó confiable, porque una leve sonrisa emergió de sus labios antes de apartarse y permitirme avanzar hasta estar junto a Andy. En su rostro ya no había rastro de golpes o sufrimiento. Él solo dormía, hermoso y tranquilo, con su cabello negro extendido sobre la blanca y pulcra almohada. A sus brazos solo caía suero, por lo que parecía tomar una plácida siesta. El amor que sentía me inundó por completo y besé su rostro cálido mientras apretaba una de sus manos. Habría saltado sobre él para despertarlo, pero no sabía en qué condiciones se encontraba su cuerpo. Volví a revisar sus brazos cubiertos de tatuajes y lo acaricié hasta volver a acercar mi rostro al

suyo. Junto a su oído, le supliqué volver. Miles de veces le rogué despertar para estar a mi lado, pero su respiración pausada fue lo único que obtuve como respuesta.

—Estoy segura de que tan solo está esperándote —dijo la mujer a mi lado. La observé y pude ver su mirada perdida en la imagen de Andy—. ¿Te parece si hablamos un momento? Pero salgamos de aquí, estoy segura de que él puede escucharnos.

No tenía ganas de soltar su mano, pero había decidido colaborar en todo lo que pudiera, por lo que me desprendí de su piel y comencé a avanzar junto a la Doctora hasta la puerta. Y él despertó. Aunque solo escuchamos una débil voz llamarme, eso bastó para que la doctora citara a todo su equipo, mientras yo corrí para estar junto a él.

—Estoy aquí, estoy aquí —repetí mientras lo miraba abrir sus ojos.

El perfecto azul se clavó en el techo y luego volvió su rostro a mí. Sentí que mis ojos iban a estallar, pero no rompí mi promesa, y me mantuve fuerte, besando su frente y sus labios. Fueron sus lágrimas las que se mezclaron en nuestro beso, y ya no pude contenerme.

—Estamos juntos, Andy —murmuré.

Y para cuando el equipo médico entro, ya estábamos abrazándonos y llorando como niños pequeños.

Nos separaron sin presiones, y me alejé de la habitación con el sonido de los sollozos de Andy de fondo, que cubría su rostro con uno de sus brazos. Estuvieron con él cerca de una hora, y para cuando conseguí entrar, él ya estaba tan cansado que apenas pudimos abrazarnos por otro largo rato antes de que volviera a dormir.

Ese fue mi turno de hablar. Les conté todo a los doctores, con mi padre en todo momento junto a mí, y detallé el último día que había pasado junto a

Andy. Todos ellos me miraban con asombro, y en reiteradas ocasiones me increparon por no haber denunciado mucho antes lo que él pasaba, y yo no tenía respuesta para ello. Supongo que ver la seguridad de Andy me impidió tomar las decisiones correctas, empujándolo más aún tal vez hasta el abismo.

—Solo es una niña —agregó la doctora que había estado junto a nosotros antes, que en ese momento supe que tenía por nombre Eileen.

Recién ahí los demás se relajaron. Pidieron a mi padre que me llevara a diario para acompañar a Andy en el proceso que seguía, y agradecí su buena disposición con todo.

Ahora debía enfocarme en apoyarlo, porque según los doctores, todo sería más complejo para él. Ellos suponían que su nivel de estrés era tan alto que su sistema nervioso lo había arrastrado hasta el estado de sopor en el que se encontraba. El mayor problema, era indagar si además su sistema inmune se había debilitado y esperar los resultados de los exámenes de enfermedades de transmisión sexual que estaban próximos a entregar, además del trabajo de rehabilitación de su adicción a las drogas y una probable depresión profunda que sería evaluada por dos psiquiatras. Todo indicaba que Andy no sería dado de alta pronto, lo que nos llevó a plantearnos otra gran duda: ¿A qué casa se iría cuando dejara el hospital? Él no podía regresar con su familia, corría gran riesgo con ellos, pero era el único lugar que tenía. Y por otro lado, ¿qué iba a suceder con Diego y Damián? Papá estaba decidido a hacer las denuncias correspondientes al haberme dañado psicológicamente, pero ¿quién haría las denuncias por Andy? ¿Quién se haría responsable de él, de cubrir sus gastos médicos, de orientarlo o tan solo contenerlo? Él aún era un chico, pero no había un futuro prometedor para él.

Miré a papá para intentar convencerlo que fuéramos nosotros quienes lo recibiéramos en casa, pero Eileen se nos adelantó.

—Me haré cargo de todo. Pero quiero que se aseguren de que el chico reciba lo mejor del hospital. Mañana mismo haré las gestiones con la Fiscalía y Servicios Sociales. Andrew no volverá a estar solo.

Sentí la determinación en sus palabras, a pesar del silencio incrédulo de sus colegas. Ella me abrazó con fuerza y me hizo prometer que no fallaría, que no sería fácil mantenerme a su lado, pero que Andy me necesitaría más que nunca.

Nos dijimos adiós, y aunque nadie podía ingresar a las habitaciones después del horario de visita, me permitieron pasar a despedirme de Andy, aprovechando que había despertado una vez más.

—Estas aquí —murmuró al verme. Volví a besarlo y esta vez sonrió. Acarició mi rostro y me abrazó acercándose hasta su boca—. ¿Puedes repetirlo? —preguntó.

Y supe de inmediato a lo que se refería.

—Te amo —dije, besando sus labios.

Él curvó un poco su espalda con un gesto de incomodidad, que a mi parecer se sintió terriblemente sexi, y me besó de vuelta.

Eileen tosió para separarnos y tras un último abrazo volví a casa. Aunque Andy no había correspondido a mi *te amo*, estaba feliz por tenerlo de vuelta. Sin embargo, la preocupación de Eileen no me abandonaba.

—Tememos por su sistema inmune. Espero que no se trate de...

Ella habló de VIH, lo cual sonaba aterrador e imposible.

Sobre todo, imposible.

19

Incluso para morir resulté ser un cobarde. Llevaba tiempo soñando con alejarme de todo el dolor que había acumulado año tras año, pero el solo murmullo de la voz de Anna bastó para retenerme. Verla de pie, junto a mí, con sus ojos nublados de emoción fue el empuje que necesité para no dejarme vencer.

Creo que esa fue la primera vez que sentí su abrazo de forma tan desesperada. Sus manos rodearon mi rostro y sus lágrimas cayeron sobre mis ojos. De inmediato sentí el dolor en mi espalda, pero ello no me impidió rodearla con mis manos. Me habría quedado así por horas, sintiendo su tibia respiración en mi cuello al mismo tiempo que entrelazaba sus dedos en mi cabello y besaba con suavidad mi mejilla. Pero el equipo médico nos separó rápidamente para corroborar mi estado.

Estoy seguro de que analizaron todo lo que podían analizar. Termómetros, linternas, agujas y martillos invadieron mi cuerpo y mi espacio sin pudor. Al menos Anna ya no estaba en la habitación.

Uno a uno, enfermeras y doctores se alejaron. Solo una mujer, de entrada edad se mantuvo junto a mí, con una sonrisa cálida en su boca.

—Soy Eileen —murmuró, tomando una silla y posándola a un costado de mi cama—. ¿Cómo te sientes?

La observé con rostro confundido. ¿Cómo me sentía en realidad? Estaba consciente de todo lo que había pasado, de cómo me habían despojado de toda dignidad, del espanto en el rostro de la chica que amaba, del dolor

físico que había sentido y del pánico al imaginar que algo pudiese pasarle a ella. No podía responder a esa pregunta...

—¿Cómo está Anna? —pregunté, y sentí un poco de vergüenza.

No era capaz de defenderme a mí mismo, pero era horrible no ser capaz de defenderla a ella. La había arrastrado al abismo junto a mí. Mi voz se quebró y un quejido se escapó al sentir de nuevo una punzada en mi columna. Eileen me acarició el rostro, buscando calmarme, con un gesto dulce y maternal. Una sensación que había perdido cuando era apenas un niño pequeño, incapaz de hilar una frase completa.

—Ella está bien. No le pasó nada... al parecer te arriesgaste para protegerla.

Sonreí ante lo que parecía una broma de mal gusto, y el dolor de mi espalda se expandió por mis piernas, provocándome un temblor involuntario bastante molesto. Quería preguntar más, saber si estaba solo, qué había pasado con Diego y Damián y que pasaría conmigo, pero Anna golpeó la puerta, y estar junto a ella me pareció una mejor idea.

Volvimos a abrazarnos y me sentí aliviado.

Le rogué que me repitiera que me amaba, y escuchar esas palabras salir de su boca fue maravilloso.

Pero aún no podía responderle. No porque no lo sintiera, sino porque no era capaz. Me aterraba la idea de exponer mis sentimientos y que ella se viera atada a mí. No deseaba hacerla responsable de mi vida, aunque la realidad era que me tenía prácticamente en sus manos.

Esa tarde volvió a casa dejándome cientos de besos y caricias, y prometió volver al día siguiente. Yo estaba tan cansado, que me dormí en cuestión de minutos.

En mis sueños me preguntaba a mí mismo cómo me sentía. Estaba feliz de ver a Anna, de no haberla perdido, pero sentía que había perdido mi vida. Ya no tenía a nadie, no tenía familia alguna, incluso aquellos que me querían solo para satisfacerse me habían desechado. Anna era lo único que me quedaba.

Poco a poco me sumí en un profundo sueño que comenzó agradable, pero que se fue tornando oscuro y tenebroso. De pronto, volvía a sentir esas manos que recorrían sin permiso mi cuerpo, el dolor de aquella noche, y de todas las otras noches se abalanzó sobre mi camilla haciendo que mi cabeza se sintiera explotar. Necesitaba ayuda, quería que me salvaran, y rogué porque alguien apareciera en mi habitación para sacarme de ahí. Desperté en medio de un grito de horror, empapado en sudor y con temblores incontenibles en el cuerpo. Eileen estaba junto a mí, intentando calmarme y pidiendo a la enfermera una dosis de tranquilizantes.

Mis ojos comenzaron a volverse pesados a medida que las gotitas caían en la vía intravenosa, pero el pánico no se iba.

—No quiero dormir —alcancé a murmurar.

Pero mi voz era apenas audible. Me esforcé por mantenerme despierto, sintiendo como los temblores me abandonaban, hasta que todo se silenció.

Desperté con la suave voz de Eileen y poco a poco logré incorporarme hasta estar sentado. Mi cuerpo ya no temblaba, pero mi cuello dolía un montón. Eileen pasó su mano por mi rostro, y empujó mi mentón para mirarme a los ojos.

—¿Bien? —dijo, alumbrando mis ojos con su pequeña linterna.

Asentí con la cabeza y ella sonrió. Acercó una mesa con un desayuno mucho más contundente de lo que estaba acostumbrado y desordenó mi cabello.

—Vamos, come —agregó, y se volvió a sentar a mi lado, sin quitarme la vista de encima.

Solo cuando intenté tomar la taza de leche noté el temblor de mis manos. ¿Qué me estaba sucediendo? No necesité voltearme a preguntar. Eileen envolvió mis manos en las suyas y volvió a revisar mis ojos y mis reflejos. Pasó sus dedos por mi cabello y habló.

—¿Qué drogas, exactamente, estabas consumiendo? ¿Y en qué cantidad?

Bajé la vista avergonzado. Ni siquiera tenía claridad sobre lo que Diego metía en mi cuerpo y debía responder algo así.

—No estoy seguro... muchas veces no era yo quien decidía qué o cuánto tomar. Creo que lo más común era éxtasis, pero no tengo claridad. Y lo hacía... muy seguido. Cada fin de semana, al menos.

Eileen me miró consternada, y se sentó en el borde de la cama.

—En las pruebas que te hicimos, encontramos restos de inhalantes, barbitúricos y anfetaminas. Hijo —dijo en un suspiro—, creo que tienes suerte de estar aquí. Los días que vienen no van a ser fáciles. Todo esto es el llamado *Síndrome de abstinencia*. Nosotros vamos a ayudarte, en especial con los barbitúricos, porque para dejarlos es realmente necesaria la ayuda de fármacos. Vamos a transferirte a la unidad de psiquiatría. Estoy preocupada por ti, cariño. Pero no voy a dejarte solo. Aunque aún más importante, es que te apoyes en Anna. La rehabilitación puede llegar a ser muy dolorosa y sumado a todo lo que ha ocurrido, creo ella será vital.

Intenté sopesar lo que ella decía, pero algo no encajaba en todo lo que había escuchado.

—¿Qué será de mí? —balbuceé. Eileen me miró confundida, y solo pude sonreír—. Me quedé solo. ¿Quién pagará todo esto? ¿Qué haré después?

¿Ya no tengo futuro? ¿Se acabó para mí?

Eillen alejó la mesa de la camilla, notando que volvía a temblar. Lo último que sentí, fue mi torso curvarse hacia atrás y una inyección en mi brazo.

Desperté con el cuerpo de Anna abrazado al mío, sobre la cama. Sentía sus sollozos suaves en mi pecho y su respiración entrecortada. Aún estaba adormecido, pero al menos podía besar su cabeza. Ella levantó sus ojos y sonrió, besándome con suavidad.

—Te amo tanto —murmuró, rompiendo a llorar.

Estuvimos así por largo rato, hasta que logré convencerla de que estaba bien. Más tarde me dio de cenar como a un bebé y reímos hasta que su padre le indicó que ya era hora de partir.

Creo que en ese momento decidí todo.

—Te amo, Anna —dije, mirándola a los ojos.

Su mirada se nubló y se apretó a mi cuello tanto como pudo. Se alejó de mi habitación con una hermosa sonrisa en sus labios y dejó la puerta entreabierta para Eileen, que se acercó hasta mi cama con tranquilidad. Volvió a despeinarme y se sentó en la cama, junto a mí.

Estaba decidido.

—Eileen, no quiero que Anna me vea pasar por todo esto. Voy a hacerlo solo... pero realmente lo haré. Le pediré que me espere... volveré por ella y espero tener algo para entregarle. Hoy... así... —sentí sus manos acariciar mis brazos, intentando darme apoyo, alentándome a que mi voz sonara firme y segura. Pero estaba perdido. Ya no podía hablar sin que mi voz se quebrara, y que sonara como un debilucho, tal como me sentía hasta ese día —, así como estoy no valgo nada. Toqué fondo hace meses, y quiero salir por mí mismo. Ella va a esperarme, estoy seguro...

Solo dejé una carta para Anna, y la abandoné. Estaba siendo egoísta, lo sabía, pero si no era capaz de recuperar mi propio valor, mi propia autoestima, mi dignidad, mi vida... no podía quedarme junto a ella.

Iba a ser difícil, pero si realmente nos amábamos, nos íbamos a esperar.

Al menos yo lo haría.

20

Sé que Eileen me lo advirtió, pero en ningún rincón de mi mente habría imaginado que todo se volvería una pesadilla aún más horrorosa que la que ya vivía. Debo reconocer que me arrepentí como nunca de haber decidido dejar mis adicciones, porque aquella ya era la octava noche que necesitaba calmantes para dormir. Iba a abandonar las drogas, seguro iba a lograrlo, pero me haría adicto a los somníferos.

El problema no era solo la dependencia, sino los angustiantes sueños que acompañaban mis intentos por descansar, y esa ocasión no sería distinta. No sé con seguridad qué deliraba, pero desperté sintiendo el dolor de mi cuerpo al curvarse con violencia. Una sensación que espero jamás repetir. Ese era mi cuerpo, debía ser capaz de controlarlo, pero parecía estar separado por completo de él. Eileen me ayudó a centrar mi vista en ella, y poco a poco comencé a calmarme, suplicándole en medio de mi tormento que trajera a Anna, que le rogara volver porque la necesitaba para seguir.

Volví a cerrar mis ojos, aun sintiendo los espasmos de mis brazos hasta perderme en el silencio. El sueño que me recibió por fortuna resultó ser más dulce, tanto así, que las caricias de Anna me parecieron reales, al menos lo suficiente para ayudarme a sopesar el torbellino que se avecinaba.

Cerca de las once de la mañana recibí la visita del Servicio de Protección al Menor, quienes estuvieron hablando conmigo por cerca de tres horas. Nadie conocía el paradero de Diego y Damián, y corroborar que ellos

me habían abandonado me hizo sentir incluso peor. Me explicaron algo acerca de la casa, pero no profundizaron. En concreto, no podía sacar nada de allí porque todo eran pruebas importantes. Supe que ellos, como institución, habían elevado una demanda en contra de quienes eran mis tutores legales, y que necesitarían mi cooperación para esclarecer su paradero y su responsabilidad. Preguntaron sobre Anna y mi relación con ella, les dije que era mi novia y que en el último tiempo se había convertido en mi único soporte. Ellos me aseguraron que la contactarían para servir de testigo y que de seguro nos encontraríamos mientras el proceso estuviera en marcha. Intenté que abandonaran esa posibilidad, pero fue imposible. Para ellos no importaba lo humillante que era para mí hablar de todo lo que me había sucedido y por lo que pasaba ahora mismo delante de la mujer que amaba.

Estaba bien, era capaz de entenderlo, Diego y Damián debían pagar por todo el daño provocado, tan solo aún no estaba preparado para hablarlo.

Eileen comprendió mi angustia y excusándose con motivos médicos espantó a los funcionarios para quedarse junto a mí.

—No te estreses demasiado. Habla solo cuando te sientas listo...

Pero no sabía cuándo iba a suceder.

Esa tarde supe que no estaba contagiado con ninguna enfermedad de transmisión sexual, y la felicidad de saberme sano se multiplicó al imaginar mi cuerpo unido al de Anna. Una vez que saliera de allí, nada, absolutamente nada nos iba a limitar.

Esa noche, a pesar de que necesité somníferos como acostumbraba, fue la primera de muchas en que no tuve pesadillas.

Mientras, recibía cartas constantemente de Anna, diciéndome lo mucho que me extrañaba, que venía cada día a saber de mí, que esperaba con ansias mi recuperación y que el minuto en que la llamara, estaría aquí para mí. Me emocionaba leerla, me llenaba de vida y todo parecía ir mejor.

Y así fue.

Semana a semana, mes a mes, los fármacos desaparecieron de mis noches y recuperé el control de mi cuerpo. Había pasado cuatro meses en el hospital cuando cumplí la mayoría de edad; levanté los cargos contra Diego y Damián y recibí la última carta de Anna.

Me dijeron que estas bien, que pronto estarás de alta. ¿Por qué has frenado la investigación? ¿Por qué aún no me buscas? Estaré en casa, esperando por ti. Ya no soporto esto, te extraño y no me permites acercarme. Estás solo a unos pasos, y no puedo ver tus ojos. No has respondido ninguna carta. Ya no me alejes más... Te amo, y ni siquiera sé si aún tu sientes lo mismo.

Me quedé con sus letras entre mis manos, mientras me daba un último plazo. Ya podía retomar las riendas de todo, pero necesitaba un poco más de tiempo.

Eileen me llevó a su casa, pero las terapias con el psiquiatra continuaron. Perdí el año escolar, y aquel plazo que me había impuesto se volvió insuficiente. Intenté ir a visitarla, me armé de valor y caminé hasta llegar a mi antiguo barrio sin problema, pero no fui capaz de acercarme. Me aterró cruzarme con uno de mis primos y perder todo lo que había avanzado.

Hui, es cierto. Pero confiaba en que ella seguía amándome. Lo hacía porque con cada herida que lograba cicatrizar, me amaba más a mí mismo, y eso era igual que amarla más a ella. Nunca imaginé que nuestro vínculo podía estar quebrándose...

Eileen me apuntó en una escuela de verano en donde podría recuperar parte de los meses que había perdido o tomar alguno de los tantos cursos que impartía. Nunca había estado en un lugar así. Jamás un profesor me había visto a los ojos al saludarme por la mañana o me había preguntado con real interés como me sentía. Sabía que era porque todos ellos pensaban que era hijo de Eileen y que de seguro estaba gastando una gran cantidad de dinero en eso, aún sin que lo mereciera realmente.

Pasé directo a hablar con la encargada de orientar a los estudiantes, Isabel, y tras una larga charla, decidimos que aún no volvería de lleno a los estudios.

—Prueba con algo que ayude a relajar: arte, música, canto... demos un paseo.

Recorrimos los salones de arte mientras ella hablaba sin cansancio. Yo solo pensaba en Anna, que en esos días debía estar preparando su prueba de ingreso a la Universidad. Imaginaba la forma de volver a su hogar, ahora mucho más decidido, cuando el sonido de una batería irrumpió mis oídos. Me detuve a observar a un chico moreno abstraído por la música que generaba a través de sus baquetas. Frente a él, tres chicos más, estudiando con detalle lo que había frente a ellos. Una vez que se detuvo, debatieron unos segundos antes de que uno de rasgos asiáticos tomara la palabra:

—Estas dentro —afirmó.

Y un apretón de manos cerró su trato. Isabel trató de advertirme que aquellos chicos no eran precisamente el mejor referente de la escuela y me alejó. Pero aquel sonido me acompañó por el resto del día, desplazando por primera vez a Anna de mis pensamientos.

Volví a casa con una alegría desconocida, Eileen me esperaba cariñosa

como siempre, dispuesta a escuchar todo lo que quisiera contar. Me hizo decir todo lo que había ocurrido mientras me atiborraba de mimos y cuidados. Ella sonreía feliz, consciente de que mi seguridad y confianza se habían disparado, hasta que se levantó para abrazarme.

—Puedes hacer lo que desees, Andy. Te apoyaré en todo lo que te propongas mientras te haga feliz.

Y lo hice.

De forma casi inconsciente me apunté en canto y en cuestión de días me uní a la banda. Nunca en mi vida había soñado con algo así. En ese grupo de raros pelinegros y oscuros, yo no era más un *monstruo*. Louis, Christian, Jim y Frank me adoptaron como uno de los suyos, y la verdad es que encajamos a la perfección. Además del rato que pasábamos ensayando, comenzamos a salir y de pronto tenía planes para los fines de semana que no incluían hacerme daño o que alguien abusara de mí. Me sentía pleno. Nada me faltaba.

Hasta que una chica intentó coquetear conmigo.

Solo ahí recordé a Anna, y aun a pesar de la hora, fui hasta su hogar, acompañado por Louis en su auto. Estaba eufórico, necesitaba que me viera así, alegre, sonriente, sin ninguna sombra en el rostro o el alma, tanto, que las cintas policiales que impedían el paso a la casa abandonada frente a mis ojos no me provocó absolutamente nada.

Baje del auto y me apresuré en llegar hasta la puerta. Golpee con energía, esperando ver sus ojos, arrepintiéndome en el momento en que su madre abrió, borrando la sonrisa en forma automática de su rostro.

—¿Qué necesitas? —preguntó, cerrando la puerta tras ella, dejándonos a ambos afuera.

—Necesito ver a Anna —contesté, enseñando mi nueva y encantadora

sonrisa.

Ella me odió, lo sé, por cómo me miró. Ella me culpaba de todo, incluso de aquello que jamás había sido mi responsabilidad.

—Está con su novio, Dominic. No vuelvas por aquí, no eres bienvenido.

La miré, y sonreí. No le creía nada. Pero debía lograr que volviera a casa para poder trepar a la ventana de Anna.

—Oh, no lo sabía... —murmuré.

Si ella hubiese podido escupirme al rostro, lo habría hecho. Pero se contuvo, limitándose a volver a su casa. Ese era mi momento de actuar, y ante los ojos sorprendidos de mi nuevo amigo comencé a subir para verla. Sabía que estaría ahí, para mí, como siempre. Mi corazón emocionado por sentirla cerca se aceleró y casi resbalé por los nervios. Su ventana estaba abierta, como acostumbraba. Y en su escritorio, sentados muy cerca uno del otro, su melena oscura y el cabello trigueño y perfecto de Dominic. La escuché reír con soltura mientras él pasaba una de sus manos por su hombro.

No me quedé a averiguar lo que vendría.

Anna no me había esperado...

Algo en mí se había roto, una vez más...

Pero ahora no estaba solo, no estaba perdido...

Esa noche volqué mi rabia junto a los chicos, entre cervezas y música.

Y no volví a saber de Anna.

21

No podía creer que Andy me pidiera eso. Si, tenía lógica que necesitara recuperarse a sí mismo, pero podía hacerlo conmigo a su lado. Así lo amaba, así lo quería... después de lo difícil que se había vuelto todo, él continuaba escapando. Eileen me abrazó con fuerza y se sentó junto a mí, acariciándome el cabello.

—Andrew piensa que no tiene nada que entregar... Solo es cuestión de tiempo. Él va a volver a ti, pero quiere hacerlo con un futuro que ofrecer. Yo puedo mantenerte informada, puedes venir cada día y te contaré todo lo que suceda... es importante que él este seguro de que no lo abandonarás.

—Jamás lo haría —contesté, muy segura de lo que hablaba.

No mentía cuando lo dije. Jamás hubiese podido alejarme... el amor que sentía era más grande que cualquier lógica. Él podría huir para siempre, y aun así yo seguiría amándolo. Cada vez que miraba a sus ojos sentía que observaba su alma, tan dañada como hermosa... No, no podía dejarlo. Andy, era lo único que existía para mí.

Estuve día a día en la sala de espera, solo para que Eileen me dijera que todo marchaba bien, que había noches que él no podía dormir pero que su cuerpo comenzaba a limpiarse, por fin. Supe que estaba sano, que había ganado un poco de peso y que comenzaba la terapia psiquiátrica. Mis padres me quitaron levemente los ojos de encima y pude volver a la escuela. Comencé a pasar con mi uniforme al hospital, y lo hice por semanas que se hicieron eternas. Estuve allí cuando cumplió dieciocho y cuando supe que había

detenido la investigación.

—Él cree que será peor si Diego y Damián son encontrados... creo que aún tiene miedo de enfrentarlos, por lo que el proceso lo tenía bajo un estrés muy grave —dijo Eileen.

Y aunque me consoló saber que podía volver a abrir el caso cuando se sintiera preparado, debo reconocer que el sentimiento de rabia que me invadió fue el que me hizo tomar la peor decisión de mi vida.

Entre lágrimas de frustración intenté explicar a aquella cálida Doctora que ya no podía seguir ahí. Andy jamás me había respondido, y por más que ella intentara excusarlo, simplemente no era capaz de entenderlo. Me sentía vacía, inútil y abandonada. No había faltado nunca, y era incapaz de entender que él no se hubiese acercado ni para recordarme que aún me quería.

Incluso pensé que me culpaba de todo... y la verdad, hasta yo lo creía.

Primero bajé la frecuencia de las visitas, hasta que un día sencillamente no lo encontré. Había sido dado de alta, y Eileen había pedido sus vacaciones. No supe nada de él por un mes entero, cuando logré encontrarla en uno de sus turnos vespertinos. Ella me observó con lástima, y volvió a abrazarme. Entonces fui capaz de adivinarlo.

Andy me había dejado.

No había argumento, Eileen solo dijo que estaba bien, que había conocido a algunos chicos y que tampoco era capaz de entender porque no deseaba verme aun. Por desgracia, ella, además de hacer de Médico de Cabecera con él, había adoptado el papel de madre, y no iba a hacer nada que su *hijo* no deseara. Por más que lloré, solo disculpas salieron de su boca. Me invitó a volver, que seguiría contándome todo acerca de Andy... pero ella no podía entenderme.

Lloré como nunca... necesitaba un refugio... alguien que me dijera que todo eso no era culpa mía...

Dominic.

Aunque sus brazos me consolaban, me sentía aún peor, sabiendo que había llamado al único no iba a cuestionarme. Intenté ser clara, decirle que no buscaba nada más, que solo necesitaba su apoyo; pero mi corazón sabía que él no iba a entenderlo.

Lo más triste de todo, fue que se mantuvo a mi lado sin importarle que cada día lamentara no tener a Andy entre mis brazos. Él esperó, paciente y sin prisa, que mis lágrimas se evaporaran para dejarme solo el vacío de un amor que nunca pude disfrutar como habría deseado.

Dominic me visitaba a diario, me ayudó a estudiar para mis exámenes de ingreso a la universidad, me ayudo a encontrar una carrera que se adecuara a mis habilidades, me llevó a mi primera clase como Estudiante de Arte, almorzó junto a mí día a día, vio renacer mi sonrisa cuando cumplí diecinueve años y me abrazó un día entero cuando supimos que la casa del frente había sido vendida.

Cumplí veinte en el otoño de mi segundo año de universidad, y decidí que era tiempo de darle una oportunidad. Andy jamás iba a volver, y era momento de asumirlo.

Celebramos nuestro noviazgo en un bar del centro, aparentemente, todo recuerdo de mi antiguo amor había quedado atrás, porque sus besos no fueron tan malos como imaginé.

Tras esa noche, todo en mi vida cambió de color. Con Dominic todo era genial y romántico. Sin duda, era un chico perfecto. Mantenerme a su lado era sencillo, porque siempre estábamos bien. No había discusiones, jamás se

olvidaba de algún detalle y nos divertíamos muchísimo.

Eso, hasta que una noche, en su departamento, un pequeño anuncio se escapó del bolsillo trasero de sus jeans. Antes de siquiera leerlo, me encontré con los ojos que tanto había amado. Mis manos temblaron con Andy entre mis dedos mientras Dom me devolvía una mirada de espanto.

—No sabía si querías verlo... —contestó.

Yo me enfurecí, pero no con él. ¿Deseaba verlo realmente? Al parecer estaba bien, y debía bastarme con eso. Me levanté de la cama y comencé a vestirme, sin analizar del todo lo que hacía.

—Anna... —murmuró.

Tomé el papel entre mis manos y lo leí en voz alta, para él.

—Black Heartbreaker, Viernes veintitres horas. No sé si quieres ir conmigo, pero quiero verlo por mí misma. Necesito hacerlo... es la única forma de cerrar el ciclo.

Dom no aceptó, solo caminó a mi lado hasta un oscuro bar cerca del centro de la ciudad, repleto de individuos que lucían exactamente iguales y con una asombrosa cantidad de chicas. Nos ubicamos en el fondo del recinto mientras un ruidoso grupo interpretaba algo parecido a música.

Pedimos cerveza y preguntamos si la banda ya había estado en el escenario. La camarera, con una enorme sonrisa, nos confirmó que sería el grupo que cerraría, por lo que aún teníamos mucho tiempo a nuestro favor. El suficiente, al menos, para emborracharme un poco y no salir huyendo al escuchar su nombre, aunque las palabras del presentador se perdían entre los ensordecedores gritos de las personas que parecían esperarlos solo a ellos.

Nos subimos a nuestras sillas para poder observar mejor, Dom me tomó de las manos y entonces sucedió:

Uno a uno, cuatro chicos subieron al escenario, en medio de la desesperación de la audiencia. Un quinto caminó entre ellos y todos allí perdieron la cabeza. Andy ya no era un niño, y su cuerpo entero lo demostraba. Sonrió al ver la cantidad de gente frente a él, de una forma que jamás había visto. Quitó su cabello del rostro y sonó tras él una potente batería, seguido de guitarras y bajo. No supe más del mundo, envuelta en la música y en lo malditamente sexy que eran los cinco tipos que tenía en frente. Andy seguía sonriendo, esperando su turno para participar, y solo allí comprendí que lo que mejor había hecho, era desaparecer de su vida.

Su voz salió poderosa, gruesa y perfecta. ¿Aquel era mi Andy? ¿Mi Andy que había estado sumido en el silencio? ¿Mi Andy que había visto llorar y rogar por su vida? ¿Mi Andy que creía no tener valor para vivir?

No, él era un chico diferente.

La canción avanzó y un grito profundo se metió en mis huesos.

Bajé de mi silla, y salí de ahí, junto a Dom, con mi corazón al borde de la locura. Esa noche no dormí con él, ni lo volví a hacer los días viernes, cuando BH tocaba en aquel antro, porque comencé a asistir a todas y cada una de sus presentaciones. Siempre desde un rincón, deleitándome en secreto con la intensidad de su música. Sin embargo, una noche antes de escabullirme a aquel mini concierto, Dom no pudo más con su mentira, se sentó a mi lado y comenzó a disculparse.

—No quería perderte... —sollozó. Y pude intuir lo que ocurría—. Me encontré con él hace meses, Anna... quería verte y hablarte, solo para saber de ti. Me entregó uno de sus afiches y me dijo que estaría allí cada viernes. Yo quería decirlo pero estaba asustado... tú sabes, él no es para ti, nunca lo ha sido y...

Mis oídos bloquearon sus excusas y en cuestión de minutos estaba de

camino al bar.

Esa noche no quise escuchar desde un rincón.

Me acerqué cuanto pude al escenario, pero Andy jamás me notó.

Cuando sus labios pronunciaron esos versos, salí de entre el público, buscando un poco de aire y calma. Desde la puerta de acceso podía escucharlo cantar...

Porque no importa cuán fuerte grite, te amaré.

Porque no importa cuánto duela, te amaré.

Porque aunque mi nombre ya no salga de tus labios, te amaré.

Aun cuando conoces mis secretos.

Aun cuando conoces mis miedos.

Aun cuando conoces la verdad sobre mi vida.

Mis ojos se nublaron, y una rabia descomunal brotando desde mi pecho me sorprendió. Luego la música cambió...

Caminé hasta el camerino. Gracias al cielo nadie estaba ahí, ya que todos estaban perdidos por completo en el espectáculo. Esperé, sin saber con exactitud qué deseaba hacer, hasta que unas contagiosas risas me distrajeran. Levanté la vista y sus ojos azules me parecieron más hermosos que nunca.

Todo se detuvo. Sus amigos lo observaron impresionados mientras una chica rubia y hermosa se soltaba de su mano. Entonces noté que mis mejillas estaban empapadas por completo. Estaba llorando frente a unos extraños que hace segundos lucían felices y orgullosos. Un guardia se acercó hasta mí y Andy lo detuvo, manteniendo su distancia conmigo.

—Anna... —murmuró, con esa voz que ya no era la que recordaba.

Él ya no era un adolescente indefenso. Era un hombre. El hombre que

me había abandonado. Me lancé a su pecho y lo golpeé con fuerza, le grité que había sido un desgraciado y que lo odiaba con todo mi corazón. La chica rubia se interpuso y me alejó de él, diciéndome que era una perra histérica.

Perra histérica...

—Te odio, Andrew —sentencié.

Antes de salir de aquel lugar.

22

Ella se alejó de allí gritándome lo mucho que me odiaba. Me volteé para ver su silueta desaparecer por la escalera que conducía al primer piso, tratando de suprimir el deseo de perseguirla y abrazarla hasta que cambiara de opinión o hasta que su llanto se detuviera, porque a pesar de lo terrible que fue oírlo, verla triste era mil veces peor. Me quedé inmóvil hasta que Camille volvió a entrelazar sus dedos con los míos para acercarse y apoyar su frente en mi brazo.

—¿Estás bien? —murmuró.

Y fui incapaz de responder, pues mis sentimientos estaban revueltos. La emoción de verla, la angustia al notar sus lágrimas, el dolor de escucharla decir aquello y la rabia por no ser capaz de sentir lo mismo se mezclaban en mi pecho. Ella me odiaba, pero ¿por qué? ¿por continuar con mi vida tal como había hecho ella? ¿o por jamás haber dado señales de vida? Realmente me habría gustado considerar la segunda opción, aunque tampoco la liberaba de culpa. Tardé, lo sabía, pero había sido el tiempo necesario para avanzar. Era eso, en efecto, lo que me impedía comprender su rencor. Mi vida había sido destruida por completo, los recuerdos seguían siendo dolorosos, pero lo había logrado. Me había levantado de esa cama, había salido al mundo limpio de adicciones, alcanzando a momentos incluso la libertad de estar sin ella. Lo había hecho por mí mismo y eso a Anna no le había importado. Anna no me amaba como decía. Eso era imposible; porque yo seguía queriéndola, a pesar de su abandono, y ella me odiaba.

—Estoy bien —contesté.

Camille me abrazó con fuerza antes de besarme. Los chicos volvieron a reír mientras nos alistábamos para celebrar una excelente noche más. Volvimos al bar de siempre para terminar con el cuerpo lleno de alcohol en la cama de mi novia. No sé si fue la borrachera o el recuerdo de Anna, pero me fue imposible siquiera acariciarla. De todas formas agradecí que mi cuerpo fuera incapaz de mantenerse erguido, porque habría sido horrible hacerle el amor pensando en otra chica. Ella no se lo merecía. Camille era buena conmigo, me quería, me cuidaba.

Dormimos abrazados, muy cerca uno del otro. A veces me preguntaba si en algún momento iba a dejar de sentir esa intensa necesidad de compañía, de cuidado... porque no siempre me parecía sano. Quería tener la confianza suficiente para estar solo, pero aún no lo lograba del todo. Necesitaba saber que las personas se preocupaban por mí y que era importante para ellas... pero por sobre todo, necesitaba sentirme seguro. Cuando dormía solo, las pesadillas tendían a volver, despertándome entre gritos ahogados, esperando que en cualquier momento la puerta de mi habitación se abriera para revivir aquello que deseaba borrar de mi memoria. Camille lo intuía, o al menos eso pensaba; Jamás le había contado mi historia, pero era una chica, y ellas siempre lo saben todo.

Cuando desperté, ella ya no estaba a mi lado. Había dejado una nota en donde se excusaba por salir tan temprano, pero que me sintiera cómodo. Camille volvería para almorzar y podríamos pasar la tarde juntos.

Tomé una ducha rápida, necesitaba quitarme el olor a humo y cerveza, para luego tomar una de las tantas camisetas que Camille me había robado y recuperarla. Mientras anudaba mi cabello, recorrí con mis ojos el interior de mi muñeca.

Anna.

Camille nunca me había preguntado por ese nombre tatuado para siempre en mi piel, pero presentía que era tiempo de hablarlo. Tal vez me pediría borrarlo y yo... no sabía si aceptaría algo así.

Mi teléfono sonó cuando aún recorría las letras con mis dedos, como si ella supiera que mi mente estaba ocupada en otra.

—No cocines, yo llevo todo listo —dijo entre risas.

Puse algo de música y me senté a esperar. No quisiera sonar repetitivo, pero realmente me era imposible concentrarme en los versos que oía. De hecho, ni siquiera sabía lo que sonaba. Podrían haber estado sonando las Spice Girls y yo no me habría dado cuenta. Un beso en mi cuello y la risa contagiosa de Camille fueron los que me sacaron de mi burbuja de recuerdos.

Se sentó tan rápido como pudo sobre mis piernas y dejamos pasar un poco el tiempo entre besos y caricias. Hasta que ella, finalmente, lo preguntó:

—¿Era ella, no es así? —mi rostro pálido fue la respuesta que esperaba—. Quiero conocer su historia... cuéntame. ¿Por qué la llevas en tu piel y por qué te odia tanto?

Me habría gustado decirle la verdad, pero eso significaba contar toda mi historia, y no estaba dispuesto a dañar la imagen que Camille tenía de mí. Ella me quería así, sin lástima de por medio, sin preocupaciones por mi pasado y sin preguntas sobre las marcas de mi cuerpo. Así estaba bien, para ella era solo un chico más, común y corriente... sin nada que ocultar. Y le mentí. Le dije que había sido mi primera novia y que un día, sencillamente, había desaparecido de su vida.

—Estuve deprimido y no sabía bien qué hacer con mi vida... la abandoné sin darle explicaciones, y ahora me odia.

Ella sonrió satisfecha, y me abrazó. Había sido fácil mentirle. O eso creía.

—¿Me quieres? —inquirió. Asentí y la besé. Sus brazos me rodearon y sus piernas me envolvieron—. Entonces vas a perdonarme. Supuse que no me dirías la verdad... hoy estuve con Eileen...

—¿Tu qué? —agregué, sorprendido, pero sin soltarme de su abrazo.

—Ella me dijo donde vivía Anna... no me contó nada... y Anna tampoco.

La miré confundido. ¿Estaba hablando de mi Anna? ¿La había visto? Creo que aún estaba borracho, porque no entendía nada. Ella volvió a sonreír y me besó.

—Anna te está esperando en el Café Ilusión...

—¿Qué? —fue lo único que salió de mi boca. Mi estómago se sintió enfermo y de pronto sentí que el aire me faltaba. Sentí las manos de Camille en mi rostro, sus ojos honestos y su sonrisa transparente y enorme.

—Ve rápido... solo estará hasta las cinco.

Me costó asimilar lo que oía, pero lo hice. Después de besarla y de prometerle volver, me encontré corriendo desesperado hasta Anna. Una vez ahí, intenté respirar despacio para calmar mi nerviosismo, pero era inútil. La vi a través del ventanal y un dolor se alojó en mi interior. Tenía una mirada triste en el rostro que solo se esfumaba al beber lo que parecía ser un café helado. Sonreí, y me convencí de que seguía siendo la misma chica linda que intentaba salvarme de algo que era más grande que los dos juntos.

Caminé despacio hasta estar frente a ella... Anna subió la vista hasta fijarla mis ojos, para luego sonreír. Iba a saludarla, pero su reacción me enmudeció. Ella se abalanzó sobre mí, pero esta vez no me golpeó. Se quedó

colgada de mi cuello mientras mis brazos la estrechaban contra mi pecho. Supuse que sollozaba solo por el temblor de sus hombros... y me fue difícil no sucumbir ante el mismo sentimiento. Habían pasado más de tres años desde la última vez que la tuve entre mis brazos. No sé por cuanto tiempo estuvimos así, escuchándolo solo el latido de nuestros corazones y el leve murmullo de su llanto, pero estoy seguro de que no fue lo suficiente. Quería quedarme así por siempre... pero Anna se soltó, secando sus lágrimas, y volvió a su asiento. Me ubiqué frente a ella, sin dejar de observarla. Mi mente y mis ojos estaban nublados por la emoción de volver a tenerla junto a mí. No sabía que decir, o qué hacer... ¿por qué habíamos permitido que esto sucediera? Nos pertenecíamos, no podíamos estar separados. Pero ella vivía con Dominic, y en cualquier minuto yo me mudaría con Camille. Teníamos planes y vidas diferentes. Si la firma con el sello discográfico se concretaba, saldría de gira en unos meses junto a la banda y ningún esfuerzo tendría sentido si echaba todo por la borda. Anna no estaba ligada a la música... jamás lo entendería.

Volvimos a mirarnos, perdidos en la mirada del otro, hasta que Anna me recordó la forma en que podía hacerme olvidar todo lo malo del mundo.

—Te extrañé —dijo, regalándome una sonrisa cálida y bella. Toda mi angustia se detuvo.

¿Por qué permitimos que esto sucediera?

Intenté disimular bajando mi cabeza, pero lo único que había cambiado en mí era mi cuerpo y mi voz. Seguía siendo un debilucho frente a ella, y Anna lo adivinó. En segundos la tuve sentada junto a mí, conteniendo las lágrimas que se agolpaban en mis ojos.

¿Por qué permitimos que esto sucediera?

¿Puedes responderme, Anna?

¿Por qué no me esperaste?

¿Por qué volviste a Dominic?

¿No pensaste que trataba de recuperarme solo para poder amarte libremente?

Tenía tanto que decirle...

Tantas preguntas...

Tanto olvido dañando mis esfuerzos por mantenerme a flote...

Tanta desconfianza... ella, que lo sabía todo, no había sido capaz de esperarme, ¡maldición! Si ella, que había presenciado la muerte misma llevándome a su antojo no había logrado comprender lo mucho que necesitaba amarme a mí mismo... ¿por qué una desconocida lo haría?

Tal vez Camille si me amaba. Tal vez ella si entendería... como había entendido que tenía un ciclo que cerrar con Anna.

Recuperé la calma y volví mis ojos hacia ella. Ya era suficiente.

—¿Por qué? —preguntamos al unísono.

Reímos, tal vez buscando no odiar el descaro del otro al preguntar por razones. ¿Qué acaso no era obvio?

—¿Por qué desapareciste de mi vida, Andy? —murmuró Anna, pasando sus dedos por mi frente para depositar un mechón de cabello detrás de mí oreja—. Yo te amaba...

Y el pasado tácito en esa frase, fue el que nos permitió volver a hablarnos sin derramar más lágrimas por lo que sabíamos que debíamos enterrar aquella tarde.

Nuestro amor.

El más intenso que pude sentir alguna vez en mi vida.

23

Le dije que lo odiaba, y estaba arrepentida de hacerlo. No porque no lo sintiera, de hecho, estaba realmente molesta con él por haber desaparecido, por borrarle de su vida y por tener esa sonrisa tan real y cálida, y no permitirme disfrutarla. Era mi sueño verlo así, incluso podría soportar que fuera otra chica quien lo acompañara, mientras se mantuviera feliz como lo hacía.

Sin embargo, él había decidido algo distinto, y odiarlo no era la solución. Tenía que comportarme como la adulta que era y respetar su sentencia, a pesar de lo amargo que era saber que me prohibía disfrutar de su nueva mirada. Trataba de suponer sus razones, pero no lograba aceptarlo... por más días, semanas o años que pasaran entre nosotros; no podía y no quería aceptarlo. Yo lo había amado, y asumo la responsabilidad de amarlo solo como mis diecisiete años me lo habían permitido. Era una niña, él era un niño. No pude entregar más, no pude hacer más, no supe cómo hacerlo, y me había equivocado.

Aun así, lo más angustiante de todo, no era saberlo enamorado de otra chica, sino el asumir lo mucho que había necesitado que algunas palabras de consuelo salieran de su boca cada vez que me sentía morir por la culpa. Entendía, claro, que el más afectado en todo lo sucedido era él y que de seguro jamás podría llegar a ponerme en su lugar; pero al final del camino, estaba segura de que hasta que no lo escuchara decir que aquello no había sido mi responsabilidad, no estaría en paz conmigo misma.

Y pensar así me hacía sentir como una maldita egoísta.

Después de la tortura que Andy había sufrido día a día, de su intenso esfuerzo por salir adelante y de lo bien que él lo había hecho, yo buscaba algo tan simple, solo para sentirme tranquila. Al parecer, mi historia con él jamás terminaría, y me lo merecía. Debí haber intentado más, debí sacarlo de ahí en cuanto supe lo que ocurría, debía avisar a la policía, debí haber hecho tantas cosas...

Caminé hasta mi hogar sin reparar en el tiempo que tardé, solo para encontrarme con el rostro enfurecido de mi madre, un hermoso detalle para fastidiarlo todo aún más. No escuché su sermón del todo, perdida en mis recuerdos de Andy para desaparecer en busca de mi habitación. Ella repetía cada vez que fallaba en algo lo angustiante que había sido el momento en que me *mezclé* con malas personas...

Malas personas... decía ella, tan ligera de cuerpo, sin siquiera imaginar lo horrible que era para mí oírlo. Y es que, ¿podía, en algún universo paralelo, ser Andy una mala persona?

La respuesta estaba clara para mí.

Aquella noche dormí deseando que todo hubiese sido distinto. Pero desperté, y mi vida seguía igual. Mi habitación, mi relación con Dom y la sensación de vacío que sentía cada mañana al observar la casa del frente, que ahora habitaba una hermosa familia con dos alegres pequeños y un cachorro.

Gracias al cielo mi suerte comenzó a cambiar, y de la mano de quien menos lo esperaba. Acababa de salir de la ducha cuando tocaron la puerta, y aun con el cabello empapado bajé a abrir, encontrándome frente a frente a aquella hermosa chica.

—Hola —dijo, enseñando sus dientes en una amigable sonrisa. Me quedé helada observándola. Lucía tan parecida a él, que era imposible

siquiera considerar el competir contra ella—. Lo siento, pero necesitaba hablarte de algo importante—agregó, al notar que de mi boca no salía palabra alguna. La invité a pasar aún en silencio, y en el mismo mutismo subimos a mi habitación.

—¿Pasó algo con Andy?

—No, de hecho está muy bien, pero... ya sabes, luego de tu visita de ayer ha estado un poco extraño. Verás, Anna... él no me lo va a decir. Andy no habla conmigo sobre sí mismo y yo, necesito, realmente necesito saber quién eres en su vida —sentí mi rostro palidecer ante su pregunta, porque no sabía cómo responder.

No sabía qué decir al respecto... ¿quién era yo? ¿nadie? ¿una exnovia? ¿una mala experiencia que casi destruye su vida por su incompetencia? Mis ojos se nublaron y no fui capaz de mirarla a los ojos.

—No sé si lo sabes, pero... él lleva tu nombre tatuado en el interior de su muñeca derecha.

Escuchar eso, sólo provocó que mis lágrimas por fin salieran. Y para aumentar mi sorpresa, me abrazó. Me costaba creerlo, pero mi llanto era dolorosamente real.

—Perdóname... pero Andy es lo más hermoso y triste que mi vida ha tenido, y siempre tendrá un lugar especial en mi corazón. No voy a entrometerme en su relación, no sabía que tenía novia y, yo también tengo un novio ahora, es solo que... llevaba años sin verlo y estaba enfadada con él.

Ella continuó acariciándome el cabello, hasta que mis ojos se secaron. Solo ahí volvió a hablar.

—Anna, no sé qué pasó entre ustedes, pero deben arreglarlo... Louis, el mejor amigo de Andy, me hizo prometer que cuidaría bien de él, pues me aseguró que no es tan fuerte como aparenta. He visto las cicatrices de su piel,

y aunque desconozco su origen, me asustan y preocupan. Yo lo adoro, ¿sabes?, lo adoro y lo admiro... y quiero entenderlo. Aunque eso signifique dar un paso a un lado, o incluso compartirlo.

Volví a apartar mi vista de sus ojos y no hablamos más. Ella realmente lo amaba, tanto como yo lo había hecho, y verla ser capaz de renunciar a él me estremeció el cuerpo. Nos quedamos en silencio unos minutos, hasta que ella se levantó para salir. Segundos antes de cruzar la puerta de mi hogar, ella volvió a sonreír.

—Le diré que lo esperas en el Café Ilusión, el del paseo central. Antes de las cinco —dijo, a modo de despedida.

Ella quería que nos encontráramos, que nos miráramos a los ojos y habláramos... Andy y yo, ¿seríamos capaces de hacerlo sin retroceder en el tiempo y abrir viejas heridas? Quise sonreír, pero estaba asustada.

—¿Cómo te llamas? —respondí.

—Camille

—Gracias por esto, Camille.

Ella salió de mi casa de seguro a saltar a los brazos de Andy, y yo me convencí de hablar con él. Aunque horas más tarde, lo único que lograba era llorar en el pecho del hombre que había amado mientras él me abrazaba con fuerza.

Estábamos ahí, frente a frente, tratando de explicarnos lo que había pasado entre nosotros, pero sin ser capaces de hablar.

—Yo te amaba —murmuré.

Andy posó sus ojos en los míos y suspiró, antes de besar mi mejilla con dulzura y ordenar un alborotado mechón de mi cabello.

—Demos un paseo —contestó, ofreciéndome su mano para caminar.

Avanzamos despacio, disfrutando aquel momento en el que solo existíamos nosotros, con nuestras manos entrelazadas y adentrándonos en el parque hasta un asiento perdido en medio de los árboles. Nos sentamos muy cerca el uno del otro, y en el momento en que Andy levanto nuestras manos para besar mis dedos, noté el tatuaje del que Camille había hablado. Pasé mis dedos por las letras que delineaban mi nombre y él sonrió.

—Tu novia es fantástica —bromeé, soltándome de su agarre.

Él soltó una risa endemoniadamente coqueta para responder.

—Lo es... y lamento no poder lo mismo de tu novio.

Reímos, hablamos, y poco a poco, entendimos que el mundo no había jugado a nuestro favor. Aunque se trataba más bien de mi entorno. Mamá había mentido, Dom había mentido... ellos nos habían separado, sin que les importara el verme sufrir. Era triste, pero era peor estar conscientes de que habíamos caído en su juego por no confiar lo suficiente en nosotros.

—Te esperé por dos años enteros... —sollocé, al escucharlo decir que apenas a los dos meses de que había salido del hospital mi madre le había asegurado que Dom era mi novio.

Andy se volteó, sin poder creer lo que oía. Una ráfaga de viento sopló entre los árboles, anunciando que la noche comenzaría a caer. Me abracé a su espalda, y él se desmoronó.

—No puedo Anna, no ahora... tal vez nunca más pueda... por primera vez lo tengo todo, no puedo dejarlo...

Entonces comprendí lo que Camille había dicho. Intensifiqué el abrazo y Andy se volteó para corresponderme. No quería que dejara aquello que lo hacía feliz, pero su compañía se sentía maravillosa, al igual que años atrás.

Tal vez podíamos intentarlo.

—No quiero perderte una vez más...—murmuró.

Tomé su rostro entre mis manos y besé su frente.

—Seremos amigos —sentenció.

Andy rio, junto a nuestras narices, y me besó con delicadeza una vez más, cerca de mi boca, pero sin tocarla.

—Seremos amigos —repitió.

24

Camille me esperaba nerviosa, sentada junto a la mesa y la cena lista. No hizo preguntas, solo sonrió y me besó, tratando de disimular el hecho de que algo en mí había cambiado para siempre. Era simple, y ella lo sabía. Jamás podría volver a tocarla sin imaginar lo distinto que hubiese sido tener a mi lado a Anna. En cada caricia, en cada abrazo, estaría pensando en ella. Y la culpa, ese horrible sentimiento que había conseguido alejar de mi vida, volvía a mí, solo para hacer daño.

Comimos juntos, pero esa noche dormí en casa. Eileen también me esperaba ansiosa, pero ella no tuvo reparos en hacer todas las preguntas que su papel de madre creyó necesarias. Claro que intenté mentir, ocultar mis sentimientos y escapar de su interrogatorio, pero su brazo firme y cariñoso me obligó a permanecer a su lado.

—¿Cómo estás? —Esquivé sus ojos, y ella giró mi rostro hasta quedar frente a ella una vez más. Repitió la pregunta, con mi cara entre sus manos. Temblé antes de responder, pero lo hice.

—Todo lo que sentía, Eileen... todo... aún está aquí —murmuré, señalando mi pecho—. Y no sé cómo seguir. No puedo dañar a Camille, no quiero dejar ningún rastro de amargura o dolor en ella. Eileen, mi vida entera ha sido eso... y soy incapaz de provocarle lo mismo a otra persona.

—¿Y no pensarás en ti, en lo que deseas y en lo que te hace feliz?

—Yo sé vivir con el dolor, Eileen. Puedo soportarlo, aprendí a hacerlo. Por ahora, ver a Anna es más que suficiente para mí. Ella tiene a

Dominic, por lo que tampoco puedo hacer mucho al respecto.

—¿Seguirás con Camille? ¿Incluso si no la amas? —insistió. Escuché sus palabras, pero no respondí. De todas formas ¿Qué diría? ¿Iba a verbalizar el pánico que me invadía el solo pensar en quedarme solo? No podía hacerlo, aunque estoy seguro de que Eileen lo sabía. De hecho, creo que el que yo me sintiera amado y seguro era su mayor preocupación—. Andy, cariño —agregó—, que el miedo no tome las decisiones por ti.

Esa noche me acosté asustado, incluso pensé que sería necesario medicarme si realmente deseaba conciliar el sueño; pero contrario a lo que imaginé, el saber que vería a Anna en un par de días, resultó ser más eficaz que cualquier droga.

Toda esa semana la pasé evitando tener demasiada privacidad con Camille. Me excusé en los ensayos de la banda y los reproches de Eileen por pasar poco tiempo con ella. Camille no me presionó, y yo lo agradecí.

Para nuestra presentación del viernes preparamos un setlist increíble, sabíamos que en cualquier momento estarían allí los encargados de la discográfica, por lo que impresionarlos debía ser nuestra principal preocupación. Aquel Viernes estuvimos preparando todo horas antes show, ya habíamos pasado la semana completa pegando afiches y repartiendo volantes, y solo quedaba esperar a que el local se abarrotara de gente.

Camille me ayudaba con el maquillaje cuando uno de los guardias entró a los vestidores para avisar que alguien preguntaba por mí. Estaba seguro de que era Anna, con la excusa de asegurarle un buen lugar cerca del escenario, le había pedido que viniera y hablara conmigo antes del show. Traté de disimular mi entusiasmo, aunque me resultaba muy difícil, y Camille desvió su mirada.

—Ya vuelvo —dije, antes de besarla en la frente y correr en busca de

Anna.

Por desgracia, no eran sus ojos los que me esperaban. Dominic había llegado hasta el lugar del evento, y su rostro reflejaba todo el odio que sentía hacia mí. Pero yo ya no era el mismo crío de hace unos años. Él no me intimidaba, y mucho menos me alejaría de Anna.

—¿Qué quieres? —pregunté, acercándome a él.

Teníamos el mismo tamaño, aunque él se veía mucho más fuerte. Sus ojos evidenciaron la repulsión que seguía provocándole, y sus palabras sonaron tan llenas de rabia, que un escalofrío me recorrió el cuerpo. Había pasado ya mucho tiempo desde que sentía una mirada como esa. Desde que Eileen se había hecho cargo de mi vida, y menos aún desde que estaba en la banda.

—¿Nunca entenderás que no eres hombre suficiente para Anna? —dijo, desafiándome con su cuerpo.

—¿Quién dijo que lo soy? Anna es mucho más de lo que cualquiera de nosotros podría merecer —respondí.

Y él comenzó a reír.

—Andrew, es mi última advertencia. No tienes nada para darle, no eres nada. Aléjate de ella, o volverás a ser el mismo miserable de antes.

Iba a tomarlo por el cuello, pero Louis se me adelantó, lanzándolo lejos de la puerta con un solo golpe en el rostro.

—Yo te advierto a ti, hijo de puta: te vuelvo a ver por aquí, y no sales vivo —bramó.

Dominic se incorporó y me amenazó una vez más, antes de volver tras sus pasos. Louis tomó una bocanada de aire y me golpeó el hombro, para relajarme.

—Gracias —dije.

—Somos hermanos, ¿no? —contestó él—; puedes confiarnos lo que sea —agregó.

Me sentí agradecido, pero a la vez, un mal amigo. Yo era el único de ellos que jamás hablaba de su vida. Para todos, era un hombre recatado, pero estaba seguro de que sabían que la verdad era que no era más que un pobre tipo sin historia, porque lo que había vivido, no era más que una pesadilla.

Volvimos al vestidor, y Anna jamás se presentó.

Estaba tan ilusionado con verla, y la molesta presencia de Dominic solo había acrecentado mi deseo de tenerla cerca, y minutos antes de subir al escenario, le rogué a los chicos unos pequeños cambios en el setlist.

La presentación estuvo increíble, los aplausos y gritos eran ensordecedores, y perduraron por minutos eternos, incluso cuando ya no estábamos en el escenario. En el vestidor, Camille nos esperaba con el rostro iluminado por la alegría. Se colgó de mi cuello y me abrazó con tanto orgullo, que no pude hacer más que besarla. Besarla de la misma forma que habría hecho con Anna.

Los ruidos comenzaron a bajar y poco a poco el local comenzó a cerrar sus puertas. Salimos del subterráneo cuando ya nadie quedaba dentro, casi a las tres de la mañana. De ahí nos iríamos a casa de Jim y luego, ya veríamos. Todo con tal de quitarme a Anna de la cabeza. Ella no había ido, y no necesitaba saber más.

Louis abrió la pesada puerta de metal para que pudiéramos salir, nuestras risas eran altas y molestas. Estábamos incluso un poco ebrios. Pero todos nos volteamos al escuchar su voz temblorosa y suave.

—¿Andy? —Anna estaba ahí, temblando de frío, con su rostro pálido y su nariz roja.

Me deshice del abrazo de Camille y me acerqué hasta ella quitándome la chaqueta para dársela.

—¿Qué haces aquí? Es muy tarde, no era necesario... ¡Anna, estás heladísima!

—Pregunté por ti, no me dejaron verte... Pero logré entrar. Estuvieron increíbles, ustedes... ¡suenan genial! —Sonreí, y la rodeé con mi abrigo y mis brazos, sin importarme que mi novia estuviera frente a nosotros, observándonos.

Louis se acercó hasta nosotros y se disculpó.

—Pensé que el tipejo ese volvería y le dije a los chicos de seguridad que no dejara pasar a nadie... realmente lo siento.

No podía molestarme con él. Primero, porque no había sido su intención, y segundo, porque tenía a Anna temblando entre mis brazos. Camille se acercó, y con suavidad aflojó mis brazos y me apartó de ella.

—Deberías ir a dejarla a casa. Los chicos pasarán a dejarme a mí —murmuró, pasando sus brazos por mi cuello y besándome ligeramente en los labios.

Luego se despidió de Anna y los chicos se marcharon, dejándonos solos. Volví a envolverla en mis brazos, y ella volvió a temblar.

—No me llesves a casa —susurró.

Acaricié su cabello y besé su cabeza. Entonces confirmé que no estaba confundido. Yo sólo la amaba a ella. Nunca podría amar a otra persona. Quería a Camille, había recibido su cariño, pero no la amaba. Nunca la había amado. Anna era la única persona en mi mente y mi alma.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—Dónde puedas contarme qué has hecho estos años, cómo estás, y qué

planeas hacer más adelante. Quiero escucharte cantar, quiero saber quiénes son tus amigos, cómo te va con Eileen, cómo duermes, con qué sueñas... llévame a un lugar dónde pueda decirte lo mucho que te extrañé, lo mucho que te necesité. Llévame dónde podamos entender por qué no estamos juntos, si tu calor me hace temblar como hago ahora.

—Vamos a mi casa...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo tras pronunciar esas palabras. Íbamos a casa. A mi casa. Una casa segura, dónde ella no tendría que entrar por la ventana, dónde nada malo podía pasarnos, dónde mañana podría ofrecerle desayuno, donde no habría frío, donde no habría miedo.

Estoy seguro de que las mismas dolorosas imágenes del pasado pasaron por su mente; sé que me recordó hambriento y asustado, qué pudo ver mi cuerpo convertido en basura, que vio una vez más en su memoria mi desesperación, que oyó mis gritos, que sintió mi dolor en su alma como en aquellos días.

Lo sé, estoy seguro, porque nos fundimos en un abrazo desesperado y enérgico.

Y a esa noche le hicieron falta horas.

25

No volví a separar nuestras manos en toda la noche; salvo para abrir la puerta del taxi que nos llevaría a casa. Me costaba imaginar que alguna vez algo me pudiera hacer tan feliz como lo hacía el sentirla así de cerca, después de tanto tiempo. No tengo claridad sobre cuánto tiempo tardamos, pero estaba seguro de que Anna se encontraba perdida por completo. Mi casa estaba muy lejos del centro de la ciudad y en dirección opuesta al antiguo barrio que compartíamos hasta hace años atrás. Hoy habitaba un hermoso sector, mucho más acomodado que el anterior, cubierto de perfecto césped y frondosos árboles. Mi hogar era pequeño, pero acogedor. Eileen había contraído matrimonio mientras cursaba la universidad con uno de sus compañeros de un curso superior, qué lamentablemente falleció seis años más tarde. Ella jamás volvió a tener una pareja, y más de treinta años más tarde, seguía sintiéndose comprometida con su eterno amor. Eileen vivió sola por años, por lo que nunca necesitó de un lugar más grande... hasta que decidió hacerse cargo de mi vida.

Tratamos de entrar en silencio para no despertarla, pero, para nuestra sorpresa, era ella quien nos esperaba a nosotros, histérica y adormilada.

—¡Andrew, no me llamaste, estaba tan preocupada! —regañó, desviando de inmediato su mirada hacia mi acompañante—. ¿Anna? ¡Anna! ¡Dios mío estás enorme!

La abrazó con fuerza y luego repitió el gesto conmigo. La felicidad que a esa hora de la madrugada se vivía en nuestro hogar no tenía comparación

alguna, y aunque podría asegurar que Eileen gustosa se habría quedado a conversar con nosotros, en cuestión de minutos nos dejó a solas, reservándose su sermón para más tarde. Fue ahí que volví a entrelazar nuestras manos para guiarla hasta mi habitación, ubicada en el subsuelo de la casa.

Oí sus pasos tras los míos, sintiendo como mi corazón se aceleraba más y más. Ella y yo, solos, en mi alcoba...

Cuando puso sus pies en el piso, me volteé para observarla y reímos. Reímos de felicidad, mientras ella se colgaba de mi cuello. ¿No íbamos a parar nunca de abrazarnos? ¿Tanto necesitábamos de ese contacto? ¿Cómo había podido olvidar lo que era tocarla? ¿Cómo pude ser capaz de abrazar a otra persona?

—¿Estás bien, Andy? —sollozó, muy suave, en mi pecho. Pasé mis dedos por su cabello largo y enmarañado por la brisa antes de besarlo.

—Ya no vuelvas a llorar Anna, estoy bien...

La vi secar sus lágrimas y avanzar casi en cámara lenta hacia mi cama. Respiré profundo y me acerqué, hasta estar a su lado. Anna apoyó su cabeza en mi hombro, y nos dejamos caer uno junto al otro. Su mano jugueteó con mis dedos, erizándome la piel. Despacio, me giré hasta poder rodearla con uno de mis brazos, mi rostro se hundió en su cuello y el sonido de su respiración era lo único que podía oír.

—¿Desde cuándo cantas? —murmuró, con su vista clavada en el techo.

Cerré mis ojos y disfruté su aroma, su suavidad, su voz...

—Desde que salí del hospital... no sabía que podía hacerlo... — contesté.

Nuestras respiraciones comenzaron a calmarse y Anna no se movió ni

un solo centímetro.

—¿Tú escribes las canciones?

—Algunas.

—¿Escribiste para Camille?

—Escribí para ti.

—Cántame.

La sentí rendirse al cansancio y cerrar sus ojos. Continué cantándole hasta que el sueño me venció a mí también, para dormirme con ella entre mis brazos. Esa noche no hubo pesadillas ni malos recuerdos.

Desperté casi al medio día, pero Anna ya no estaba a mi lado. El vacío en mí fue automático. ¿Había imaginado la posibilidad de que ella se quedara? Sí, lo había hecho, y estaba total, y completamente decepcionado. Me despecé sin ánimo y tardé mucho más de lo habitual en subir, absorbo en las medidas que había decidido tomar: primero, debía hablar con Camille. Explicarle que Anna sería siempre la mujer de mi vida, y sin ahondar en mi historia pasada, terminar mi relación con ella. Iba a ser difícil, lo sabía, pero moría de ganas de besar a Anna, y ni ella ni yo lo haríamos si mi noviazgo no finalizaba como debía: segundo, Anna y yo nos debíamos una conversación. Las dos veces que habíamos estado juntos solo podíamos pensar en abrazarnos, y aunque adoraba hacerlo, era necesario que ambos asumiéramos que nada de lo que nos había sucedido era nuestra culpa antes de poder volver a estar juntos; y tercero, tenía que recalcarle que la amaba, y que deseaba estar a su lado para siempre.

Cuando eran casi las dos de la tarde del día sábado, abrí la puerta del comedor y me encontré a Anna sonriendo y charlando con Eileen. No sé qué tan exagerada fue mi expresión de alegría, pero mientras una se sonrojaba, la otra estallaba en risas.

—Pensé que te habías ido —le dije, ubicándome a su lado. Eileen me besó la mejilla y me sirvió el desayuno y el almuerzo, al mismo tiempo. Anna rió con ternura y beso mi otra mejilla.

—Tenía mucho que hablar con Eileen. Y yo no me dormí ebria como tú —bromeó.

Nos dedicamos a hablar banalidades, alegres y cómodos con el ambiente que se había generado. Ayudamos a Eileen con sus flores, vimos una película y visitamos un parque cercano con los perros que vivían junto a nosotros. Luego de esa tarde cursi y familiar, Eileen se marchó para su turno de hospital y Anna no mostró interés alguno en volver a casa.

Otra vez nos quedamos solos, y solo tardé unos segundos en volver a tomarla entre mis brazos.

—Mañana hablaré con Camille... ¿vas a quedarte a mi lado?

—Para siempre, Andy —contestó, y tuve que batallar por no besarla.

Esa noche, Anna hizo más preguntas. Le conté sobre mi nueva vida con Eileen y de cómo me agasajaba con mimos y cuidados, como si fuera un chiquillo de primaria. Claro que eso estaba lejos de molestarme, por el contrario, me encantaba que tuviera todos esos gestos conmigo, y no solo porque me hayan faltado durante mi niñez, sino que sentía que ambos sanábamos cuando ella entraba a su rol de madre. Hablamos de mi paso por el hospital, de lo duro que fue estar sin ella, pero de cómo esos días me habían hecho un hombre más fuerte y decidido. Ella quiso saber de la banda, de los chicos y de Camille. Y una y otra vez me preguntó si era feliz... hasta que volvimos a dormirnos, abrazados y vestidos por completo, sin besarnos ni una sola vez.

Despertamos con el sonido insistente de mi teléfono celular. Contesté somnoliento para encontrarme con la voz suave de Camille.

—Ya estoy acá, vienes con retraso —dijo.

Solo en ese minuto noté la hora. El ensayo estaba citado para las dos de la tarde, pero le había pedido a Camille que estuviera allí antes, para que pudiésemos hablar. Ya era más de la una y Anna seguía durmiendo a mi lado. La desperté con suavidad, y una vez que abrió los ojos y le expliqué lo que ocurría, comenzamos a correr. Mientras ella tomaba una ducha le preparé el desayuno, que bebió de pie, dejándose abrazar como si fuéramos una flamante pareja de recién casados. Corrimos al autobús y en la entrada del local, ella se dispuso a decirme adiós.

—¿Te quedas para el ensayo, Anna? —escuchamos tras nosotros.

Louis venía con su sonrisa implacable a interrumpir mis planes. No pudimos negarnos, y mientras hablamos unos segundos, Jim, Frank y Christian aparecieron en el lugar. Bajamos juntos, envueltos en las estridentes risas del grupo que al parecer no se extrañaba en absoluto al verme con Anna. Era un momento perfecto, nada ni nadie podía arruinarlo.

Eso pensé.

Hasta que estuvimos abajo y nos encontramos con Dominic y Camille.

Louis se acercó desafiante, pero el italiano habló primero.

—Calma, no vengo a molestar a nadie... la busco a ella —Enseñó su fingida sonrisa y apuntó a Anna.

Casi en forma instintiva me puse delante de ella, pero Anna me hizo a un lado.

—No tienes nada que hacer aquí —contestó.

Volví mi vista a Camille que parecía ajena a todo lo que sucedía.

—Si tengo, Anna... ¿sabes qué día es? No has aparecido por tu casa desde el viernes, y de seguro sabes lo que pueden estar pensando. ¿O no

recuerdas cómo terminó tu última desaparición con este?

Lo odiaba. ¿Por qué tenía que traer esos momentos a nuestra memoria? Nadie sabía de aquello, y deseaba acorralarme hasta que yo mismo lo dijera. Pero Anna notó algo que yo no. Caminó hasta Camille que se mantenía con la cabeza agacha. La sonrisa de Dominic creció, Louis y yo nos preparamos para actuar mientras los chicos de seguro eran incapaces de entender que sucedía. Entonces estalló. Anna le arrebató con furia un teléfono de las manos a Camille, quien nada hizo para detenerla. Observó unos segundos y se volteó hacia Dominic con odio puro en sus ojos.

—Eres un maldito enfermo... te odio... ¡Te odio! ¡Vete de aquí! —gritó, descontrolada—. ¿Por qué tienes esto?! ¿Quién te las dio?!

Camille se paró de su asiento y se apresuró en salir. La detuve con suavidad para saber qué pasaba, tal vez ese idiota la había molestado, pero ella se despojó de mis brazos como si el ser más repugnante de la faz de la tierra la hubiese tocado.

—¡No me toques, Andy! ¡Me das asco! —gritó.

Y mi rostro comenzó a palidecer. Anna arrojó el móvil a algún lugar de la habitación mientras Louis sacaba a empujones a Dominic de allí. Camille salió con él.

—¿Quién demonios eres, Andy? Jamás vuelvas a acercarte a mí...— sentenció, antes de abandonar el lugar.

El resto fue confuso. Anna lloraba de rodillas en el suelo, con el móvil hecho trizas en sus manos. ¿Qué había pasado? ¿Qué tenía Dominic en él? ¿Qué había visto Anna que la puso tan mal? ¿Por qué Camille se sentía asqueada con solo verme?

Me sentí enfermo. Mi estómago dolió, mi pecho se apretó y el aire se me hizo escaso.

¿Podía ser qué...?

Ni siquiera fui capaz de pensarlo.

Tan solo recordar sus rostros me hizo vomitar.

Ellos no podían volver... no ahora...

Nunca.

26

Volví a pensar que estaba soñando cuando escuché su voz despertarme con tanta suavidad. Andy acariciaba mi rostro como si se tratara de su más preciada posesión, con sus ojos brillando maravillados y llenos de la más pura ternura que alguna vez pude conocer. Y me miraba a mí... apenas podía creerlo. Cada semana, un centenar de personas se reunía en el pub para escucharlo cantar, decenas de chicas coreaban su nombre, y él... él me estaba observando a mí.

—Me quedaría aquí para siempre... pero debo resolver todo con Camille. Luego los chicos me esperan para ensayar.

Me abracé a él y aspiré su delicioso aroma antes de que aflojara nuestro abrazo. Me encantaba el hombre en que se había transformado, y no solo por lo guapo y sexy que lucía. Su voz, su olor, su seguridad, su dulzura... todo en él era mil veces mejor que en su adolescencia.

Tomamos nuestro desayuno casi corriendo, pero sin separarnos demasiado, y de la misma forma llegamos hasta el lugar de reunión de los chicos. Era el minuto de desaparecer para permitirle hablar con Camille con tranquilidad, pero Louis insistió en que me quedara. Ellos me gustaban. Era obvio que su amistad era honesta y sólida, porque me habían aceptado sin hacer preguntas, tan solo porque Andy se veía feliz a mi lado.

Así bajamos hasta el subterráneo, envueltos en un ambiente cálido y lleno de risas.

Hasta que mis ojos se cruzaron con los de Dom.

No se me ocurría qué podía estar haciendo allí, a excepción de molestar, pues toda relación entre nosotros acabó el mismo día en que comprendí que él y mi madre se habían encargado de mantenerme alejada de Andy.

Louis se apresuró a desafiarlo y Andy me ubicó tras él, para protegerme. ¿Podía amarlo más después de aquello?

Dom sonrió y se apresuró en aclarar que estaba allí en son de paz, solo para recordarnos la pesadilla que años atrás por poco me arrebató la vida de Andrew de las manos. Él intentó ignorar lo que Dominic había dicho, pero entonces noté que Camille estaba demasiado silenciosa, y con el móvil de Dom entre sus manos. Sin dudarlo avancé hasta quitárselo, para encontrarme con la cruel realidad.

Dominic era malvado, el peor de su calaña...

Una tras otra aparecieron ante mí las imágenes de aquella noche mezcladas con otras de Andy en medio de aquellas fiestas en que todos disfrutaban, menos él. Recuerdos asquerosos, inmortalizados en espantosas fotografías. Entre ellas, su rostro casi desfigurado producto de los golpes que casi lo mataron. ¿Por qué Dominic tenía algo así? ¿En dónde las había obtenido? ¿Y qué pretendía enseñándoselas a Camille? El odio comenzó a desbordarse en mi interior mientras intentaba eliminar las imágenes. Destruí el móvil y le dije, sin reparos, lo mucho que lo odiaba. Cómo si eso pudiese hacer algo para remediar la mierda en que todo se había transformado, y otra vez, por mi culpa.

Luego oí a Camille despreciar a Andrew, diciendo lo mucho que se asqueaba de solo verlo y lo entendí. Había sido una idiota al alejarme del único hombre que había amado realmente, una ingenua al confiar en Dominic y hoy lo arruinaba todo una vez más. Lo había buscado, y debido a eso, Dom

hacía todo ese daño. ¿Cómo, si solo podía amar a Andy, lo arrastraba una y otra vez al caos?

Me derrumbé, incapaz de soportar que todo aquello se repitiera una vez más, mientras Louis acompañaba a Andy, que vomitaba en el baño.

Tenía que salir de ahí, dejarlo libre, antes de que Dominic le hiciera algo peor. ¿Y si él tenía contacto con Diego y Damián? ¿Y si volvían por Andy? Guardé el móvil en mi bolso, sequé mis lágrimas y me levanté para escapar, pero Jim, Chris y Frank me detuvieron.

—No puedes salir de aquí sin explicarnos qué demonios pasa —sentenció Frank.

¿Qué iba a decirles? Ellos no entenderían, pero además, no era algo que pudiese ir por ahí contando como si nada. Frank me tomó del brazo, y en mi intento por zafarme de él, Andy notó que huía.

—¿A dónde vas, Anna? —preguntó, con sus ojos rojos y su rostro pálido. Temblé por completo, y antes de que pudiera emitir palabra alguna, las lágrimas escurrieron por mi rostro—. Tú... ¿Ibas a dejarme aquí? ¿Ibas a ir con él, una vez más?

Su voz se oía insegura y triste. Me había descubierto.

—Él va a volver, Andy... es malo... él va a volver solo para hacernos daño —contesté.

Andy caminó hasta uno de los sillones con resignación. Louis me observó furioso y los demás chicos se acercaron hasta él. Lo vi golpear el muro con fuerza tal que sus nudillos comenzaron a sangrar. Luego se sentó y dejó caer su cabeza entre sus brazos.

No podía dejarlo así.

No podía...

Porque lo amaba, y porque ya no estábamos solos.

Caminé hasta él y me ubique de rodillas entre sus piernas. Levanté su rostro y lo besé.

—Si vuelve, estaré aquí, contigo, esperándolo. Esta vez no nos van a separar y nadie te hará daño. No importa qué, no lo permitiré. Lo siento...

Andy me levantó y me sentó en su regazo para abrazarme con fuerza y repetirme que me amaba, en un débil murmullo, perdido entre nuestros sollozos. Una vez que nos separamos pudimos notar que aún estaban allí los chicos, esperando explicaciones y respuestas. No pensé que iba a hacerlo, pero Andy tomó una gran bocanada de aire y habló.

—Tengo mucho que decirles —volvió a suspirar, repasó la mirada de sus amigos, y continuó— sobre mi pasado. Espero que no me juzguen, ya que, en su mayoría... fueron cosas que no busqué ni decidí por mí mismo.

Andy narró su historia visiblemente emocionado, sin soltarse de mis manos. No contó detalles, pero toda la banda entendió lo que decía, y una vez que terminó, casi al unísono le dieron las gracias por confiar en ellos. Todos le prometieron no dejarlo solo y encargarse de que Dominic estuviera lejos de nosotros. También se mostraron preocupados por Camille y lo que él tal vez pudo decir, pero ahí fui yo quien decidió intervenir.

—Estoy segura de que ella te quiere, y que entenderá si se lo explicamos... pero no lo hagas tú, Andy —pedí—. No quiero que vuelvas a oírla decir algo como aquello. Déjame ir a mí.

No tuve que insistir demasiado, puesto que todos consideraron que lo mejor era una conversación entre mujeres, por más que ambas amáramos al mismo hombre. Finalmente, los chicos se fueron a beber a casa de Andy, y a mí me dejaron frente a la casa de Camille. Solo respiré profundo antes de golpear y encontrarme con su mirada, que había dejado de ser amable.

—Tenemos que hablar —dije, a modo de saludo.

Ella cerró la puerta sin dejarme continuar, pero abrió segundos después, para dejarme pasar. Repetí casi lo mismo que Andy, sin ningún detalle, pero dejándole en claro que él no había sido más que una víctima, pero su reacción no fue la que yo esperaba. Camille apenas se inmutó con mi relato, y aunque no lo puso en duda abiertamente, me dejó en claro que no se conformaría solo con una versión. Tras eso me pidió, de forma amable, que la dejara sola, argumentando que no estaba de humor para visitas.

Lo único que me tranquilizó, fue saber que ella lo quería, y que eso era suficiente para al menos intentar ponerse en su lugar.

Esa noche la volví a pasar en casa de Andy, pero antes me aseguré de hablar con mi padre y convencerlo de que estaba bien y que tan solo no deseaba ver a mi madre aún. Él no insistió en que regresara, y se lo agradecí, pues lo único en que pensaba era en abrazarme a Andrew la noche entera. Y no lo disimulé. En cuanto me abrió la puerta de su hogar me colgué de su cuello y lo abracé para besarlo profundamente, empujándolo hacia la pared. Él sonrió, pero su sonrisa ya no era la misma.

—Contrólate, mujer. Eileen aún está en casa —bromeó, llevándome hasta la cocina donde esa banda de rudos jóvenes bebía cerveza acompañados de la madre adoptiva de su amigo.

Un cuadro bastante peculiar para cualquier persona, excepto para ellos.

Cerca de las diez, Eileen se marchó al trabajo y los chicos comenzaron a volver a sus hogares. Louis fue el último en salir, preguntándonos una y otra vez si realmente nos sentíamos seguros quedándonos solos, hasta que obligó a Andy a contestar:

—Lou, hace más de tres años que lo único que deseo es esto... ¡por

favor déjanos solos! —bromeó. Louis rio con él y se despidió. Y nosotros... nosotros no nos dimos respiro. Bajamos a su habitación sin dejar de besarnos, arriesgándonos a caer por las escaleras. Andy me guio hasta su cama y me recostó sobre ella.

Estábamos solos.

Después de tanto tiempo, lo estábamos.

Andy besó mi nariz y se recostó a mi lado, con su respiración agitada por los besos que acabábamos de regalarnos.

—¿Qué había en el teléfono, Anna? —preguntó.

El clima volvió a ser tenso y oscuro.

Y yo no deseaba responder.

27

El silencio de Anna solo me trajo más recuerdos dolorosos. Volví a besarla y me alejé de sus labios en busca de paz para poder disfrutar de esa noche junto a ella. Respiré profundo y me senté en el borde de la cama. Mis dedos comenzaron a temblar, y a pesar de lo mucho que intenté controlarme, fue imposible desechar la sensación de que esas manos volvían a recorrer mi cuerpo, despojándome de toda mi dignidad.

Anna se incorporó para abrazarme, y sus caricias en mis brazos me estremecieron por completo.

—Te amo —murmuró a mi oído. Me amaba, nos amábamos, y el pasado no iba a dejarnos en paz nunca. Suspiré y ella se ubicó de rodillas frente a mí, para apoyar su cabeza en mi regazo—. Eran fotos, Andy. Fotos tuyas... con ellos.

Nos quedamos en silencio, tal vez esperando a que nuestra burbuja explotara, porque estoy seguro de que ambos presentíamos la oscuridad que se avecinaba una vez más sobre nosotros. Solo nos quedaba confiar en que esta vez no fuera más de lo que pudiésemos soportar, porque dudo que mi cuerpo, mi alma y mi corazón fueran capaces de pasar por todo aquello una vez más. Mil veces pediría la muerte, con tal de no revivir jamás esos días.

Acaricié su cabello, y esa suavidad hizo renacer la ternura entre nosotros.

—Te amo tanto, Andy —repitió con ternura. Levantó la mirada para observarme y sonreímos.

—Y yo te amo a ti, Anna —contesté.

Su rostro se iluminó, y recordé que solo una vez se lo había dicho. Volví a pasar mis dedos entre su cabello mientras Anna cerraba sus ojos. Éramos adultos... ella estaba ahí, la misma de siempre, pero ya no más como una niña. Su cuerpo, sus gestos, sus palabras... Por suerte, junto con todos esos malos recuerdos, también la tenía a ella y a sus dulces intentos por hacerme feliz cuando nada ni nadie podía conseguirlo. La vi saltando a mi ventana, llevarme comida, sonreírme y tratarme como si fuera lo más importante para ella. Recordé su alegría cuando intentamos ser novios normales y junto a eso, vino a mí la imagen de su cuerpo desnudo sobre su cama. Anna jamás podría imaginar cuantas veces utilicé ese recuerdo para sentir algo de entusiasmo por alguna otra chica que no era ella.

Mis manos continuaron el recorrido por su cabeza, mis ojos se cerraron para disfrutarla y Anna rodeó mi cintura con sus brazos, y su nariz tropezó con la creciente erección que su recuerdo había provocado en mí. Abrí mis ojos mientras sus labios iban a parar a mi abdomen, una y otra vez, con pequeños besos que delinearon el camino hasta mi entrepierna. Quise decirle que se detuviera, que ni siquiera había alcanzado a tomar una ducha, pero al abrir mi boca un débil gemido me dejó en evidencia. La amaba, con mi alma y mi cuerpo, y lo que estaba comenzando a ocurrir era mi jodido sueño.

Su mano deslizó la cremallera para luego besarme por sobre los bóxer hasta liberar por completo mi erección. Su lengua rozó mi sexo, levantó sus ojos para tomarme en su boca, mientras una de sus manos comenzaba a masturbarme, y mi cuerpo se entregó por completo al gozo. Quería observarla, no deseaba perderme ninguna sensación, pero me era imposible. No era mi primera vez con el sexo oral, pero eso era, sin duda, el mayor placer que jamás sentí. Tanto así, que creí acercarse el orgasmo mucho antes de lo que habría deseado.

—No puedo más —traté de murmurar entre mis gemidos, buscando alejarla de mi entrepierna.

Ella hizo más lenta su labor y se apartó para observarme, sonriente.

—¿Me detengo? —contestó, sin dejar de masturbarme.

Incliné hacia atrás mi cabeza tratando de contener un poco más el placer y volví mi vista hacia ella. Y un apenas audible *no* salió de mi boca. Ella volvió a recorrerme con su lengua, vi su cabeza subir y bajar y contra todos mis deseos, la aparté para llevarla a mis brazos y besarla, mientras mi placentero orgasmo se encargaba de arruinar su vestido negro.

Anna respondió mi beso con la misma intensidad. Era extraño... ese sabor amargo era el mío, y estaba en sus labios y en su lengua. Entonces recordé aquello que logró mantenerme con vida a pesar de todo. Amarla a ella, era amarme a mí mismo.

—Te amo... no imaginas cuanto —susurré, con hilo de voz.

Ella sonrió y se levantó de mi regazo para pararse frente a mí.

—Vas a tener que prestarme tu ropa —contestó, con una traviesa sonrisa, bajando la cremallera de su vestido para dejarlo caer a sus pies.

Mis ojos se clavaron hipnotizados en su cuerpo. Un brasier negro envolvía sus hermosos senos, del tamaño justo para mis manos; llevaba pantimedias del mismo color y bragas de encaje. ¿Ella siempre vestía así de sexy o tenía todo esto planeado? Mi Anna, hermosa y perfecta, ya era toda una mujer. Y yo, por fin, me sentía un hombre para ella.

Sentí su risa nerviosa, y noté que la observaba boquiabierto. Reí con ella, quité mi sudadera y la acerque a mi cuerpo para besarla. Despacio la tendí sobre la cama, sin dejar de recorrerla en ningún momento. Desabroché su brasier con una torpeza vergonzosa, y sus pechos desnudos me parecieron lo

más hermoso del planeta. Tomé mi tiempo, y por su respiración agitada puedo deducir que le pareció adecuado... La verdad es que necesitaba hacerlo despacio, porque deseaba guardar en mi memoria para siempre aquella noche, la primera en que toda Anna era para mí.

Ella me dejó besar cada rincón de su piel, estremeciéndose con el contacto de mis manos. Intentó controlar sus gemidos hasta que llegué a su sexo y nos olvidamos de todo. Cuando sentí su orgasmo, mi erección ya estaba al límite una vez más. Anna me atrajo hasta besarnos dulce y apasionadamente.

—Dime que tienes un condón —murmuró, deslizando una de sus manos a mi sexo.

Abrí la gaveta junto a mi cama y le entregué uno de los condones que compré pensando en Camille. ¿Debía sentirme mal por eso? Acababa de terminar con mi novia, y una mujer que adoraba estaba deslizando la protección de látex por mi pene, ansioso por unirme por fin a ella. Sonaba loco. Pero nos hacía felices. Y si había pensado que nada era mejor que la boca de Anna tomándome para ella, debía reconocer que estaba equivocado. Entrar en ella, en su cuerpo, en su calidez, era sublime. No era solo placer. Era mi cuerpo y el suyo, volviéndose uno, compartiéndolo todo. El aire, el sudor, y las lágrimas que se mezclaron al fundirnos en ese orgasmo que se nos negó por tantos años.

Mis lágrimas eran de emoción, de alegría, y de ternura.

No alcancé a preguntar el origen de las suyas, porque tras dormirnos, con el cuerpo de Anna sobre mi pecho y nuestros dedos entrelazados, nuestra peor pesadilla se materializaba.

Solo horas más tarde, todos nuestros miedos cobraron forma.

Quisiera poder olvidar ese despertar...

El pánico en los ojos de Anna...

El dolor de la traición en mi corazón...

Y esos rostros que me destrozaban con la mirada.

¿Por qué Anna y yo no podíamos ser felices y ya?

¿Por qué la desgracia me perseguía sin descanso?

¿Por qué tuve que levantar los cargos contra ellos?

¿Por qué había sido tan cobarde?

¿Por qué no había muerto aquella noche?

Solo así, habría evitado todo esto...

28

Desperté con el cuerpo de Andy entrelazado al mío, en lo que parecía un intento desesperado por mantenernos unidos tanto como nos fuera posible. Su respiración en mi cuello se sentía exquisita y el sudor de su cuerpo solo me hacía desear que despertara para repetirlo todo. Quería disfrutar de sus besos desenfrenados una vez más. Oír a su cuerpo perder el control mientras recorría su piel con mis manos para fundirnos y hacernos uno, como siempre había deseado.

Me giré para besarlo con suavidad, pasé mis dedos por sus brazos y descubrí su cuerpo para observarlo. Me deleité con lo que yacía a mi lado, y ¿cómo no hacerlo, si aquel hombre era la representación misma de la perfección? Todo en él era maravilloso, su delgadez, su piel, sus tatuajes, su cabello, sus muslos, su espalda. Suspiré con admiración, Andy emitió un leve sonido de reproche al sentir el aire frío recorrerlo, pero este fue reemplazado rápidamente por un gemido de placer al ubicarme sobre él, para besar su espalda lentamente, siguiendo el trazo que su columna delineaba, hasta llegar a sus glúteos desnudos. Andy volvió a gemir y su cadera se alzó de forma sexy y reveladora, permitiéndome acariciar bajo ella la erección que crecía entre sus piernas.

—Dame un respiro, Anna... —murmuró.

Pero aquello solo provocó que mi excitación aumentara. Continué besando su espalda, descendiendo sin que sus falsos ruegos porque me detuviera me importaran. Besé sus nalgas, y su respiración se detuvo en forma

repentina. Volví a besarlas con ternura y me recosté sobre él, que se mantuvo en silencio boca abajo. Lo acaricié un largo rato, hasta que su respiración volvió a la normalidad y su cuerpo se relajó bajo el mío.

—¿Pasa algo? —pregunté, tendiéndome a su lado para besar su nariz.

Andy volteó su rostro, aparentemente avergonzado, y guardó silencio. Besé sus hombros y volví a acariciar su espalda, en un gesto solo de ternura, que repetí una vez más en sus glúteos.

—Anna, detente —sentenció. Llevé mis manos a su cabeza y le obligué a girarse para observarme. No sabía cómo interpretar su expresión, parecía triste y avergonzado, pero con su respiración exaltada y su erección intacta. — Por favor, no sigas... eso es...

—¿Molesto? —interrumpí.

Andy sonrió y se abalanzó sobre mí, abriéndose paso entre mis piernas y apoyando sus brazos a cada lado de mi cuerpo, con su sexo rozando el mío, listo para continuar aquello que yo había empezado. Deslizó una de sus manos hasta mi entrepiernas y besó mi cuello, como si hubiese dado con su botón de encendido, descontrolado y deseoso por adentrarse en mí. Junto a mi oído, y en forma temblorosa, agregó:

—Excitante.

—¿Por qué me detienes, entonces? —deslicé mis manos hasta su trasero una vez más, y lo empujé hasta que lentamente comenzó a penetrarme.

Andy se deshizo en un gemido sexy y placentero, descansando su frente en la mía. Me besó, y un arma en su cabeza lo apartó de mí.

—Uy, ya eres todo un hombre. Mírate, primito, si hasta te afeitas la cara. —Mi rostro se desfiguró por el pánico cuando el gatillo se movió—. Vamos, continúa, no te sientas intimidado por nosotros, te esperamos, no te

apresures—. Diego tenía un arma y apuntaba su cabeza. Damián me apuntaba a mí. Andy no necesitó observarlos para saber que todo había terminado para nosotros.

—¿Cómo hicieron? —alcanzó a murmurar, pero Diego lo interrumpió con violencia.

—¡Te acabo de ordenar que termines! —gritó, empujándolo contra mí, sin dejar de apuntarlo.

Andy no podía hacerlo, y su cuerpo comenzó a temblar sobre el mío. Lo envolví entre mis brazos, con dos risas desquiciadas de fondo.

—¿Otra vez con problemitas para que se te pare? Bueno... ya sabes que podemos arreglarlo. Levántate —ordenó.

Andy se incorporó despacio, y como si nada sucediera, me entregó una sábana para que me cubriera, y sonrió.

—¿Cómo diste conmigo, cómo entraste? —inquirió, con tono firme y valiente.

Diego sacó de su bolsillo un manojito de llaves que Andy reconoció de inmediato.

—No es cierto —murmuró, con su voz quebrada.

Diego rio en voz alta y pegó su arma a la frente de Andy.

—Pues sí, lo es. Eso se llama despecho, primo. Tu novia no quiso que la cambiaras, nos pidió nuestra versión de la historia y *voilà*, entro en tu casa, te cojo, luego te vas con nosotros y esta pendeja con el italiano. Todos felices y la mierda que sea con las perdices. ¿Qué te parece?

—¿Dominic, qué... —quise preguntar, pero Damián me hizo callar con un golpe en la cabeza que hizo a Andy desesperarse por ayudarme.

Tomó mi rostro con sus manos y vi sus ojos cubiertos de lágrimas.

—Bueno, nosotros también maduramos. Estas armas están cargadas, y nos importa una mierda acabar con todo. Pero, como sabemos que te gusta hacerte el héroe con esta mujercita, la cosa será simple: O te vienes con nosotros ahora, sin oponer resistencia o la mato. Y cuando ella esté muerta, te vendrás igual conmigo, pero nada será agradable para ti. Digamos que es probable que también te mueras, y ¿a que no sabes cómo?

Una tenebrosa sonrisa invadió su rostro mientras ubicaba a Andy de frente a él, dándome la espalda, sentado entre mis piernas. Abrió sus muslos y bajó el arma hasta su sexo.

—¿Sabes que te vimos cantar muchas noches? Así es, Andy. Entramos muchas noches a oír tus gritos, y ¿sabes que me recordaron? Ajá, eso mismo. Así gritabas cuando eras mío, ¿lo olvidaste? ¿Olvidaste como pedías más cuando tenías diecisiete? ¿Olvidaste que soy el único que sabe cómo tocarte? ¿O qué, me vas a decir que esta te mete dedo mejor que yo? ¿O no le has dicho como te gusta el sexo?

Entregó el arma a Damián y removió algo entre sus bolsillos. Volvió a sonreír, abrió más los muslos de Andy y pasó su lengua por su pene, hasta llegar a su entrada. Andy gimió, y su cabeza se irguió levemente hacia atrás.

—¿Recuerdas esto? —dijo, sacando el objeto de su bolsillo. Andy intentó juntar sus piernas pero el segundo gatillo se movió junto a mi sien.

—La mato, ¿oíste? La mato —recalcó Damián.

—Entonces vámonos rápido. No hagas esto aquí, Diego... no lo hagas. Pero ya era demasiado tarde.

—Ya métesela, bro. Haz que recuerde —bramó Damián.

Andy comenzó a temblar, su cuerpo instintivamente retrocedió, invadido por el pánico, pegándose aún más al mío, permitiéndome ver lo que

yacía entre las manos despiadadas de Diego. La botella, con la que antaño habían amenazado a Andy frente a mí, estaba una vez más ante sus ojos. Él rogó, yo rogué, pero la respuesta de Diego fue definitiva.

—Grita cuanto quieras. Nadie vendrá por ti. Anna, si te mueves, te mato y bueno... ya sabes lo que le haremos a él.

—Detente, detente, detente... —murmuró Andy, pero su voz comenzó a elevarse hasta convertirse en un grito desgarrador de dolor.

Los ojos de Diego brillaban desquiciados con cada suplica. Con las armas apuntando a nuestras cabezas, grité junto a él que se detuvieran, con el cuerpo de Andy tendido casi por completo sobre el mío, temblando, apenas pude mover mis manos para intentar apartar las de Diego.

—Te lo advertí —bramó Damián.

Diego puso una mano en el de cuello Andy, él intentó sacarla de allí con el aire escaseando producto de la fuerza con que lo asfixiaba. Mis piernas lo empujaron y al mismo tiempo, dos disparos certeros irrumpieron entre nosotros.

Fue allí, donde todo terminó.

29

Seguíamos desnudos, pero nuestros cuerpos estaban teñidos de muerte. Andy había dejado de respirar y lo único que me mantenía atenta a lo que sucedía era la necesidad de saber si se encontraba bien. Levanté la vista y vi a una joven oficial de policía de pie, inmóvil en la escalera, con su vista perdida en los dos cuerpos que yacían en esa habitación. Era apenas una niña, a lo mucho tendría veinte años, y ya había asesinado a dos personas. Tras ella, Camille cubría su boca con espanto.

Sin mucho esfuerzo tomé el cuerpo de Andy que comenzaba a temblar y lo ayudé a recostarse sobre la cama. Estaba en shock, sus ojos clavados en Diego y en la sangre que emanaba de su cuello.

—Andy, amor... —murmuré, en un intento por sacarlo de aquel estado.

Había sangre en su rostro, y por sus mejillas caían lágrimas a mares. Pasé suavemente mi mano por su piel pero solo conseguí que sus temblores aumentaran de intensidad. Ocupé el espacio entre sus piernas, en dónde había más sangre, pero por desgracia, era la suya. Puse una de mis manos en su abdomen para intentar calmarlo, y mi otra mano se encargó de tirar de aquella botella para liberar su cuerpo del dolor. Traté de hacerlo con suavidad, pero Andy volvió a gritar con espanto, provocando que la policía reaccionara y junto a Camille corrieran hasta acercarse a nosotros.

Sentí náuseas, no por la sangre, no por los cuerpos muertos de Diego y Damián, si no por sus mentes podridas y deseosas de hacer daño. Andy me envolvió entre sus brazos con desesperación, oía su llanto de angustia y sus

ruegos... ruegos porque le ayudara a terminar con su vida.

—Termina con esto, Anna... mátame... mátame...

Traté de apartarlo para mirar su rostro, pero sus uñas se clavaban en mi piel y su fuerza comenzaba a dañarme a mí también. Sentí el llanto de Camille que rogaba perdón y la llamada de la oficial a sus superiores para pedir ayuda y una ambulancia. Andy seguía aprisionando mi cuerpo, a tal punto que de pronto, mi voz fue incapaz de salir.

—Me haces daño, Andy... —intenté decir, pero supuse que nadie había oído. El aire comenzó a faltarme y poco a poco me desvanecí entre sus brazos. En mi inconciencia, escuché la voz dulce y suave de una mujer tararear una canción...

—Sálvalo —murmuró, antes de que el silencio envolviera todos mis sentidos.

Desperté horas más tarde, sola en una habitación de hospital. Me incorporé un poco mareada, deseosa por saber que había ocurrido con Andy y comprobar que estuviera sano y salvo. Caminé unos pasos y la realidad me golpeó tan duro, que solo los calmantes me salvaron de no perder la cordura. Había visto mi reflejo en un espejo, para encontrarme con un rostro que ya no era el de mis veintiún años, y no lograba entender el porqué.

Cuando volví a abrir los ojos, mamá y papá estaban junto a mí, ansiosos por llevarme a casa y protegerme de cualquier mal.

—Jamás volverás a montar en bicicleta —me informaron en cuanto dejaron de besarme.

—¿Y Andy? —pregunté, y todo fue aun peor. Mis padres se miraron

confundidos, y aseguraron ignorar por completo el hecho de que tuviera siquiera un amigo con ese nombre.

Cuando me dejaron sola, corroboré rápidamente la fecha con mi teléfono celular: 2013.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Yo era estudiante de tercer año de arte, en el año 2016. No encajaba, nada de aquello tenía sentido. Busqué las noticias, incluso intenté dar con su banda y la web del local en que tocaban, pero todo parecía haber desaparecido del universo en el que me encontraba.

Estrés postraumático, indicó la doctora, al escuchar las incansables preguntas que le realizaba. Según ellos, de vuelta de la escuela, me había estrellado contra un auto en movimiento y había tenido mucha, mucha suerte. Para mis padres y esa doctora, no había indicios de lo ocurrido, según yo, la noche anterior.

Volví a mi hogar sintiéndome al borde de la esquizofrenia, buscando respuestas a cada paso que daba. Frente a mi ventana, seguía la casa de Andy, con el mismo aspecto que había tenido años atrás. Ya no me quedaban uñas para morder, mis manos no dejaban de temblar. ¿Qué ocurría? ¿Lo había imaginado todo? ¿Andy no existía más que en mis sueños?

—Buenas noches, cariño. Descansa —dijo mi madre, cerrando la puerta de mi habitación.

Me voltéé una vez más hacia mi ventana, no había rastro de luz en la casa de enfrente, por lo que en el segundo exacto en que oí los pasos de mi madre bajar por la escalera, salté hacia mi balcón para ir en busca de explicaciones, ignorando el dolor de mis piernas y mi espalda, supuestamente ocasionados por el accidente.

Trepé el árbol de la casa de Andy con dificultad para encontrarme con su ventana cerrada, impidiéndome siquiera observar algo hacia su interior. De

inmediato me encaminé hasta la vaya que separaba el antejardín de su patio trasero, y con gran esfuerzo salté del otro lado. Avancé unos pasos y pude ver una tenue luz en el fondo de la casa. Caminé segura, hasta que mi pie se encontró con un tarro vacío de pintura, provocando un ruido brusco y molesto.

—¿Qué demonios? —dijo Andy, acercándose hasta mí.

Dios mío. Esto ya nos ocurrió antes, pensé cuando me encontré con sus hermosos ojos. Retrocedí por el asombro, provocando aún más ruido.

—¡Shhhht! —susurró exigiéndome silencio.

Unos pasos se oyeron desde dentro de la casa y mi pánico se triplicó. Estaba a segundos de repetirlo todo.

No lo digas, Andy, no lo digas, supliqué en mis pensamientos, adivinando lo que sucedería a continuación.

—No importa lo que veas, no importa lo que escuches, quédate donde estás y no hagas ruido —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz de un hombre acercándose hasta él. Una voz que yo reconocí a la perfección.

Damián.

—No es nada, un gato tal vez —contestó Andy, apoyándose en uno de los pilares de la terraza.

Damián avanzó hasta él, tomó su rostro y acarició su cabello. Luego bajó hasta su pecho y se ubicó tras él, atrayéndolo hasta su cuerpo con violencia.

No lo hagas, no lo hagas.

—¿Un gato? —repitió, deslizando su mano por el pantalón de Andy, mientras sujetaba su cuello con fuerza.

Quise hacer algo, al igual que años antes cuando esa misma escena me presentó la horrible vida que Andy llevaba, pero él me observó fijamente y me obligó a mantenerme en silencio. Damián desabrochó su pantalón y volvió a apretar a Andy contra su cuerpo.

—¿Es necesario que sea aquí? —dijo él, en tono despreocupado.

Damián, entonces, quitó su mano de la parte delantera y esta vez la metió en la parte trasera del pantalón.

—Yo decido dónde y cuándo —sentenció.

Inclinó a Andy hacia adelante, tiró su cabello y comenzó a tocarlo, introduciendo en él sus dedos en forma violenta. Andy lanzó un pequeño gemido de dolor y recordé aquella voz femenina tarareando la canción y pidiéndome que lo salvara.

Tomé una botella de cerveza vacía del patio y me abalancé sobre Damián, para golpearlo con todo el odio que sentía. Cayó de inmediato al suelo, inconsciente, ante la mirada atónita de Andy.

—Tenemos que irnos de aquí —supliqué, acercándome hasta tomar uno de sus brazos. Andy se soltó rápidamente y me observó como si quien le hiciera daño fuera yo, y no los abusadores que tenía por primos.

—¿Qué rayos crees que haces? —contestó, inclinándose para comprobar el estado de Damián.

Me ubiqué a su lado y volví a intentar dialogar con él, pero Andy no me oía. Parecía aterrado por lo que ocurría, y lo entendía perfectamente. Em cambio yo, que acababa de tener una estúpida pesadilla, ya iba por ahí destruyendo vidas ajenas. Bajé la mirada hasta Damián, y noté las marcas que emergían de las muñecas de Andy.

No, no había sido un sueño. Por alguna extraña razón se me había

hecho parte de todo aquello. Por algo, que se escapaba a la lógica, se me había enseñado el destino de Andy si no actuaba ahora. ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?

—Te amo, Andy —murmuré.

Y ahí encontré la respuesta. Yo lo amaba, lo había amado siempre. Cada día, desde que su tímida sonrisa apareció en la escuela, lo había pasado vigilándolo, intentando conectar con él, hablarle, acercarme, cuidarlo.

—Andrew, te amo. Realmente te amo, desde el primer día que te vi —repetí, con voz firme, para asegurarme de que me escuchara.

Andy se volteó confundido y apartó sus manos de Damián.

—¿Qué dices? No me conoces...

—Lo sé todo, Andy... Sé lo que Damián y Diego...

—¿Diego? ¿Cómo sabes de él? —me interrumpió.

—Escúchame, Andy. Sé todo lo que pasa, sé lo que te hacen y sé que deseas que termine. Ven conmigo, llamemos a la policía, eres menor de edad y esto es un puto delito.

Andy abrió sus ojos nublados por la emoción y el asombro. Se giró por completo y tomó una de mis manos.

—¿Me has estado espiando?

—No vas a creerme... Huyamos por favor...

—No puedo —respondió, volviendo una vez más a Damián—. Diego volverá en cualquier momento, y va a matarme cuando se dé cuenta de esto.

—No si lo esperamos —agregué.

Con más convicción de la que alguna vez imaginé tener, tomé mi sudadera y la utilicé de mordaza, ante la mirada de horror de Andy. Con los

cordones de mis botas até las manos y pies de Damián, para dejarlo boca abajo sobre el cemento. Andy no alcanzó a preguntar qué seguía cuando escuchamos el motor del auto aparcar frente a su hogar.

—No te hará daño, Andy, nunca más —prometí.

Entramos a la casa y me escondí tras la puerta. Diego entró silbando, y Andy se apresuró en aparecer frente a él. Escuché la risa odiosa de Diego mientras se acercaba lentamente hasta él. Tomó su cabello y hundió su rostro en el cuello de Andy, para apartarse saboreando el delicioso aroma de su piel. Fue ahí que intenté golpearlo con la misma intensidad que a Damián, pero sin el mismo efecto.

Diego se volteó con su rostro contorsionado de furia y me tomó por el cuello, dispuesto a asfixiarme sin piedad, con Andy observando todo como si no estuviera presente. El aire se hizo escaso, y volví a escuchar aquella canción mientras cerraba mis ojos.

Solo allí Andy reaccionó, golpeándolo con mucha más fuerza y apartándolo de mi cuerpo. Los segundos que tardé en incorporarme fueron suficientes para que Andy vaciara su furia acumulada en el rostro de Diego, dejándolo inconsciente en el piso.

Marqué a la policía y me acerqué a él para abrazarlo. Andy temblaba con sus manos empuñadas aún.

—Está bien ahora... todo está bien —murmuré, con su delgado cuerpo entre mis brazos.

Andy, despacio y con calma, relajó sus manos y me correspondió. Lentamente comenzó a llorar, con su frente descansando en mis hombros.

—Anna... —dijo, segundos antes de que la policía entrara a su hogar y nos separara.

30

No podía creer que toda esa historia de mierda pudiera tener un final así de rápido. La policía entró, y con mucha delicadeza separaron a Andy de mi cuerpo, aún en shock por lo ocurrido. Conté a toda prisa lo que sucedía y la información que tenía mientras uno de los oficiales se encargaba de Diego y Damián. Salimos de la casa escoltados, mis padres y todos los vecinos del sector estaban frente a nosotros, observando la escena como si de un teatro se tratara.

—¿Qué sucedió?! —gritó mi madre acercándose a zancadas hasta nosotros, y mientras ella y mi padre hablaban con los oficiales, aproveché para volver al lado de Andy, que era subido a una ambulancia para constatar lesiones y rastros de abuso.

—No puedes venir, cariño —indicó la paramédico que se hacía cargo de él, pero Andy me devolvió una mirada extraña que mezclaba la súplica y el miedo, tan angustiante, que la profesional no pudo hacer más que permitirnos estar cerca.

Acaricié su rostro pálido y nos abrazamos con fuerza, con su cuerpo aún tembloroso entre mis brazos, oí su voz:

—Tengo miedo... —murmuró, y yo lo besé.

Andy sonrió extrañado, pero no me apartó. La ambulancia partió, pero en el hospital nos separaron. Una doctora desconocida me realizó un chequeo completo, luego me reuní con mis padres y los oficiales y comenzó el interrogatorio: Qué sucedió, cómo sucedió, cuándo lo supe, cómo lo supe,

cómo conocí a Andy, qué hacía en su casa, qué me unía a él, qué sentía por él, quién era Diego, quién era Damián y qué le hacían a Andy, entre muchas otras preguntas que se extendieron por toda una tarde. Cuando salí del despacho de la policía, mis padres discutían acaloradamente sobre mi relación con Andy debido al especial énfasis que mi madre ponía en que no lo visitara y me alejara de él cuanto antes y para siempre.

Intenté dialogar con ellos infructuosamente, pero estaba segura de que no iba a quedarme en casa. Nadie iba a separarme de Andy, ni en este mundo o en otro, por lo que entré furiosa a mi habitación entre gritos y reprimendas sin lógica alguna de parte de mi madre, y me encerré ahí hasta que todo estuvo en silencio. Obviamente me arrojé fuera en cuanto estuve segura de que dormían, y en plena madrugada corrí hasta el hospital. Era evidente que nadie me dejaría entrar a ver a Andy a esa hora, pero si aquel sueño premonitorio de la vida de Andy había sido cierto, aún albergaba una esperanza, y esa esperanza tenía nombre y bata blanca, y acababa de aparecer en el pasillo frente a mí.

—¡Eileen! —grité, desesperada.

Ella se volteó antes de entrar a la habitación de Andy y se acercó hasta mí. Su rostro estaba igual, y eso me dio aún más confianza. Le expliqué quién era, que amaba a Andy, que necesitaba verlo y que sabía que él me necesitaba a mí, qué por favor intercediera por nosotros para que no nos separaran y que me permitiera verlo, al menos para saber si estaba bien. Eileen sonrió y me invitó a sentarme junto a ella, hablamos por un largo rato mientras ella me explicaba a grandes rasgos lo que iba a suceder ahora.

En términos generales, a menos que apareciera algún familiar, Andy sería derivado a servicios sociales hasta que cumpliera la mayoría de edad, para lo cual faltaban algunos meses. Lo que más preocupaba a Eileen era la situación de violencia y hacinamiento que se vivía en estos lugares, y sobre

todo el hecho de que Andy ya presentaba un nivel de adicción a las drogas que habían encontrado en su cuerpo, por lo que era muy probable que esta condición se agravara al convivir ahí con jóvenes provenientes de los más bajos mundos. Yo sabía lo que pensaba, sabía que deseaba llevarse a Andy a casa junto a ella, sabía de su vida, sabía que con el tiempo le entregaría a Andy una vida hermosa y llena de amor.

Su celular vibró, me permitió pasar a ver a Andy un momento, al menos mientras ella resolvía algo urgente, y se marchó. Andy dormía tranquilo gracias a los calmantes que le habían suministrado. Se veía hermoso... él era hermoso. Acaricié su cabello, sus brazos, su rostro pálido y besé su mejilla. Le repetí mil veces que lo amaba por sobre todo, que lo necesitaba a mi lado y que no apartaría de él. Me senté junto a su cama con una de sus manos entre las mías, hasta que escuché una voz conocida junto a la puerta.

—Necesitaremos hacer las pruebas de todas formas, esto no es tan fácil, más aún tras la historia de abandona que él chico tiene.

—Lo sé, y no hay inconveniente en ello. Yo realmente no sabía nada de esto, ella nunca me lo dijo, jamás lo sospeché... si hubiese sabido, lo habría evitado... Dios mío, no puedo creerlo... —La puerta se abrió despacio y Eileen atravesó primero. —Él debe venir a casa conmigo. Si efectivamente es mi hijo, no permitiré que su pesadilla se repita. Amy jamás me lo perdonaría... —Sus pisadas atravesaron el lugar mientras recorría su cuerpo por completo con mis ojos, asombrada. Su mirada se fijó en la mía. Él tampoco entendía que yo estuviera ahí.

—¿Papá? —murmuré. Él quiso responder, pero solo oí el susurro de una disculpa.

¿Mi padre diciendo que era padre de Andy?

¿Mi padre, considerando la posibilidad de que Andy, el hombre al que

amaba, fuera mi hermano?

—Vuelve a casa, Anna —ordenó. Y no tuve valor para negarme.

Caminé a oscuras hasta llegar a mi barrio. La casa de Andy estaba cubierta de bandas policiales que impedían el paso, y mi casa, sombría y en silencio. Subí por la escalerilla de emergencia hasta mi ventana, segura de que mi madre no había notado mi ausencia. Salté hacia adentro y encendí la luz de mi mesa de estudio para avanzar en silencio hasta mi cama.

Pero mamá me esperaba ahí, sentada en la penumbra. Palidecí por el asombro, iba a disculparme, pero ella extendió ante mí un antiguo sobre abierto. Lo tomé entre mis manos, temblando, para sacar de allí una carta dirigida a Tim, mi padre. Observé a mi madre, que lloraba en silencio y sin secar sus lágrimas de su rostro.

Siento tener que hacer esto, Tim, pero estoy muriendo y Andy no tiene a nadie más. Espero que tu esposa me perdone alguna vez por arruinar tu matrimonio, pero el amor que siento por ti y los hermosos ojos de Andy, son la prueba misma de que no me arrepiento de lo que vivimos.

Con mis últimos ahorros he comprado la casa frente a la tuya, no para molestarles, si no para que Andy tenga un lugar cerca de su familia cuando sea mayor.

Sé que lo cuidarás, porque sé que eres un buen hombre. Espero que tu hija pueda aceptarlo como hermano alguna vez, y amarlo. No pediré que tu esposa le tenga afecto, pero solo espero que no le haga su vida más difícil. Él es un niño, Tim... un niño que se ha quedado sin su madre, sin su única persona dispuesta a darlo todo por él. Protégelo.

La única persona que sabe de esto es mi hermana Clara, pero es muy mayor para hacerse cargo de nuestro pequeño y además, es madre de dos perversos niños.

Ella te estará esperando, esta es su dirección y su teléfono. Contáctala... y hazlo pronto, ya no me queda mucho tiempo.

Solo necesito pedirte un último favor. Recuérdale a Andy cuando esté creciendo, cuando se sienta solo o perdido, que creo que todos caemos a veces...

Cuando leí el último párrafo, mi cuerpo se desplomó en el suelo.

Aquella melodía que oí en mis sueños, esa hermosa voz en mi cabeza rogándome que lo salvara, que salvara a mi propio hermano...

—Es mi culpa, Anna... guardé esta carta y... yo... yo provoqué todo esto...

Levanté la vista y la odié.

La odié con toda el alma.

—¿Sabes todo lo que ha pasado Andy por tu culpa? ¿Sabes todo lo que ha vivido? ¡Tiene mi edad, maldita sea! ¡Tiene mi edad y su cuerpo está cubierto de heridas! ¡Era un niño y arruinaste su vida! Y ahora... ahora arruinas la de tu propia hija...

—¿De qué hablas, Anna?

—¿De qué? Pues de que lo amo, de eso hablo... lo amo, y me importa una mierda que sea mi hermano. Ni tú, ni nadie me apartará de él.

Mamá se cubrió la boca con espanto y se alejó de mi cuarto. Agudicé mi oído, y la oí vomitar.

Andy y yo éramos hermanos.

No la culpó realmente.

Eso ya suena bastante asqueroso.

Fin